



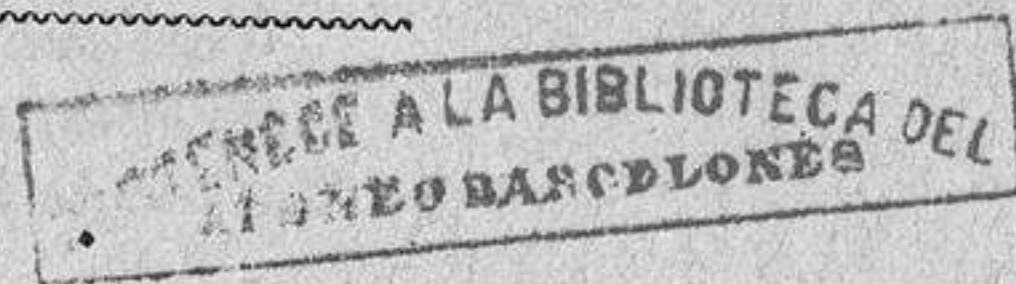


AÑO 12.

NUM. 143.

LA

ESPAÑA MODERNA



**Director: JOSE LAZARO**

—  
**NOVIEMBRE, 1900**  
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

*Calle de Blasco de Garay, núm. 9.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# LOS PLACERES EN CHINA

---

## PLACERES SERIOS

### EL ESTUDIANTE

Cuando un niño llega á la edad de cinco ó seis años, sus padres, cualquiera que sea su fortuna, piensan desde luego en proporcionarle un profesor para que empiece sus estudios. Aunque la instrucción no es obligatoria en China, no sé de ningún niño que no asista á la escuela, en la que, como es natural, permanecen más ó menos tiempo, con arreglo á la posición de la familia y á la inteligencia del muchacho.

Se escoge, á principios de año, un día fasto para que el niño inaugure sus estudios de la primera enseñanza, que consiste en aprender las tres primeras líneas de un libro intitulado *San-Tse-King*, cuyas frases son todas de tres sílabas y que resume la historia de China y los deberes del hombre.

Terminada esta labor, el alumno entra en la escuela, donde comienza la verdadera enseñanza, pues la que acabamos de mencionar no es, por decirlo así, sino una formalidad de introducción, llenada por un profesor honorario.

Una vez que se ha completado el estudio del *San-Tse-King*, se pasa á otro libro, el *Tsien-Tse-Weng*, obra que encierra mil caracteres, de los que ninguno se repite. Al propio tiempo, el

maestro traza en rojo letras que el alumno debe copiar en negro. Al principio el maestro tiene al niño sentado en las rodillas y le guía la mano; poco á poco se la va soltando.

Más adelante, le dan un modelo para que lo calque mediante un papel transparente.

A este curso preparatorio sigue pronto una enseñanza más seria, la de los cuatro libros de Confucio y de Meng-Tse, y la de los cinco *King* ó libros sagrados.

Alternando con estos estudios, los alumnos asisten á cursos de poesía. Para ejercitarlos en el arte poético, se les entrega diariamente un verso, compuesto de una á siete palabras, al que han de hallar otro que forme un pareado. Cuando los muchachos están ya en disposición de combinar un verso de siete palabras, es señal de que la inteligencia ha alcanzado ya suficiente desarrollo, como se va á ver.

Recuerdo que un día, cuando yo iba á la escuela, el profesor dió á uno de mis compañeros la siguiente frase, que se compone en chino de siete palabras, y sugerida por un hecho que acababa de presenciar:

*El flexible talle de la abeja*

*Ondula sobre la flor en torno de una gota de rocío.*

El alumno reflexionó algún tiempo sin hallar respuesta, cuando de repente vino la Providencia á sacarle del apuro: mi compañero reparó en una escena que se desarrollaba en el jardín contiguo á la clase, y exclamó:

*Los oblicuos ojos del gorrión miran solapadamente á la oruga que se arrastra por una hoja.*

No hay para qué decir que fue muy aplaudido por sus compañeros y perfectamente recompensado por el profesor.

Una vez terminada la lectura de los libros ya indicados, así como la de trozos escogidos de literatura é historia, el estudiante se dedica á varias composiciones, que vienen á ser en nuestro país los estudios preparatorios para los cursos generales.

Sirve de pauta para dichas disertaciones el método de Ba-

Kou, que contiene ocho procedimientos de demostración aplicables en todos los casos. Los temas son filosóficos, históricos ó políticos, pero siempre acordes con los autores clásicos citados y especialmente con Confucio. Alternan estos trabajos con composiciones poéticas de altos vuelos.

Los estudiantes se presentan todos los años en la subprefectura, y después en la prefectura que les corresponda, para sufrir un examen escrito de lo que se llama primer grado, equivalente al bachillerato. La aprobación definitiva no se verifica sino mediante oposición ante el examinador imperial, delegado al efecto. Los exámenes de segundo grado, ó licenciatura, y los de tercero, ó doctorado, se verifican cada tres años, pero en distinto lugar y en año diferente; se sufren los primeros en la capital de la provincia, en otoño, y los terceros en Pekin, en la primavera siguiente.

No es raro ver á un joven que haya aprobado los tres exámenes, volver triunfalmente á su país donde poco tiempo antes vivía modestamente con su familia. Porque, en China, las oposiciones están abiertas para todos, excepto para aquellos que hayan desempeñado oficios deshonorosos. La familia más humilde, como tenga la suerte de tener un hijo que salga bien de los exámenes, pasa á ser aristocrática por ese solo hecho, y los padres reciben los mismos honores que su hijo.

Para que se comprenda bien el alcance de las halagadoras simpatías del público y la emulación que ha de despertar en los estudiantes el deseo de ser aprobados, es preciso ver los honores que se tributan á los que salen victoriosos.

En cuanto se promulgan los nombres de los agraciados, los empleados públicos se dirigen con gran pompa á la casa del nuevo doctor y pegan á la puerta cartelones rojos con el nombramiento impreso. Cuando llega el victorioso estudiante se disparan petardos á su paso y se quema incienso en honor de los antepasados del mismo, como acción de gracias por la merced otorgada.

Se señala un día para la celebración de la victoria, y con-

curren á la fiesta todos los estudiantes que hayan obtenido también el anhelado diploma.

Las familias de los agraciados engalanan sus casas, en cuanto amanece, para recibir en ellas las felicitaciones de todo el mundo.

Los héroes de la fiesta salen en palanquines para visitar á deudos y amigos, ataviados con lujosos trajes, regalo de sus suegros, si son casados, ó de sus parientes más cercanos, si son solteros.

Los bachilleres llevan una túnica azul celeste; la de los licenciados es de color azul obscuro, y la de los doctores, violeta. Sobre los hombros usan una especie de talma, bordado en oro, y dos ramas con flores del mismo metal adornan el sombrero. Delante de los palanquines marchan hombres con banderas de seda encarnada, izadas en cañas de bambú á las que no se ha despojado de sus hojas, y de acompañamiento caminan músicos que ejecutan alegres piezas.

A esto se llama el *Día de recepción de las flores*, porque parece ser que en otros tiempos las damas arrojaban flores al paso de los jóvenes «escolares». La procesión despierta la envidia en muchos corazones.

¡A cuantas madres he oído decir, dirigiéndose á sus hijos: «Ya te llegará la vez si trabajas!»

El buen éxito en los exámenes abre todas las puertas; lo único que se teme es no lograrlo, pues en cuanto aquello sucede, se hace fortuna. El soltero encontrará en seguida familias ricas que le propondrán bodas brillantes. Se comprenderá con esto que en un país donde los estudios pueden transformar en un instante la posición de una familia, no sea necesaria una ley para la enseñanza obligatoria. Basta con la ambición para que las gentes procuren dar instrucción á sus hijos.

Entre nosotros, el estudiante es serio: no tiene, como en París, un barrio especial, donde abundan atractivos demasiado seductores; no se ocupa en la política activa y no tiene más distracciones que los certámenes poéticos y las excursiones



campestres. Lleva, en suma, una vida laboriosa y retirada, pero no se queja ni tendría razón para ello, pues se le presenta un porvenir risueño al través de los libros, los cuales le ofrecen, según un dicho familiar entre nosotros, «los mayores honores, las mejores mujeres y la vida más feliz.»

#### CERTÁMENES POÉTICOS

Hacer versos es uno de los pasatiempos más apreciados en nuestros círculos de letrados. En vez de cazar, de ejercitarse en el *lawn-tenis*, en el *croquet* ó en otras de las diversiones preferidas en Europa, las personas distinguidas, en China, en cuanto cualquiera de ellas se encuentra libre de ocupaciones, gusta de reunir amigos en su casa y entablar justas poéticas. Como en nuestro país no existen recepciones públicas, ni reuniones políticas, ni conferencias, la literatura es la única que proporciona medios para que se dé rienda suelta á todas las fantasías de la inteligencia.

Estos certámenes poéticos se celebran en toda China; pero donde están más generalizados es en la provincia de Tu-Kien. En cuanto al difunto comisario imperial de Tu-Tchen, que luego fue virrey de Nankin, le dejaban unos instantes de descanso sus funciones, se apresuraba á convocar en su palacio á todos sus subalternos, con objeto de componer versos.

Como hay muchas clases de versos, se determina antes de que la reunión empiece, las formas que han de ser empleadas. Se dá, por ejemplo, un asunto histórico ó de imaginación, sobre el que cada uno de los concurrentes ha de hacer una composición de cuatro ó de ocho versos: otras veces se dan dos asuntos que han de ser desarrollados en pareados, en los que cada verso ha de tratar de uno de los temas dados. Por último, en otras ocasiones se dan dos palabras, que deben ser colocadas en determinado lugar de cada verso en dos frases pareadas.

Más adelante presentaré algunos ejemplos que harán comprender mejor ese procedimiento.

Cuando están dispuestos todos los concursantes, se les presenta una urna, que encierra unas bolas de papel, en dos de las cuales se ha escrito la palabra *examinador*, y las restantes unas dicen *copista* y otras *candidato*, en número igual. De esta manera se eligen dos examinadores y tantos copistas como candidatos haya.

Terminado el escrutinio, uno de los examinadores coge un libro y lo abre al azar, y el otro juez dice una cifra cualquiera, nueve, por ejemplo; se lee entonces la línea nueve de la página y se toma de ella una frase, una sentencia ó una palabra que pasa á constituir el tema del certamen.

En seguida se coloca sobre la mesa otra urna, en la cual se fija un timbre, que lleva en el extremo de un largo hilo una brinza de incienso encendido; á la media hora, pues se ha calculado el tiempo, arde toda la brinza y al quemarse el hilo, deja caer una toña que sirve de contrapeso al timbre: suena éste y se cierra la cubierta de la urna, con objeto de que no entren ya las composiciones de los que se retrasaron.

Los copistas sacan las composiciones depositadas en la urna y las transcriben en una misma hoja de papel para someterlas á los examinadores; de esta suerte se conserva el más riguroso anónimo. En cuanto los jueces terminan la elección, pregonan el resultado desde un balcón, transformado en una especie de tribuna. Todo candidato puede presentar varias composiciones sobre el mismo asunto, pero ha de pagar una corta cantidad por cada una de aquellas. Con este dinero se adquiere el papel, las plumas, la tinta y los premios que se otorgan á los vencedores.

Una vez que se han distribuído los premios se celebra otro certamen, en el que actúan de examinadores los dos que obtuvieron en el anterior los primeros premios, y así sucesivamente hasta cuando se quiera.

La fiesta termina por la noche con una comida.

Voy ahora á transcribiros algunos versos de los que se usan en tales certámenes.

MEDIA NOCHE

(Octava.)

*A la media noche brilla la luna,  
En lo alto de un blanco muro,  
Sobre el que se balancean hojas de bambú,  
Que proyectan su imagen en el suelo;  
Mientras que las persianas aparecen oscuras y silenciosas,  
Y solamente, las agujas de los cabellos brillan en la noche  
perfumada.*

*No vayais á pasearos por el estanque,  
Porque podríais despertar á los cisnes enamorados.*

LA VUELTA DEL LABRADOR

(Cuarteta.)

*Camina con la capa hecha de fibras de palmera y el sombrero de bambú, salpicados de barro.  
Gotas de agua resbalan por el arado.  
Es la época mejor de la primavera:  
Las flores de almendro brillan en los ángulos de los muros y los cucos cantan.*

LA PEONÍA NEGRA Y LA BUJÍA

(Pareado.)

*Su naturaleza es rica, ¿qué le importa ser negra?  
Su voluntad decae, ¿cuánto tiempo le queda por lucir?  
Hay en estos versos un doble sentido: la negrura de la*

peonía alude á la modestia de su situación, pero tiene encantos suficientes para no afigurarse. El brillo de la bujía representa el lustre de los honores; por mucho que se enorgullezca la bujía se apagará en breve y volverá á la más completa obscuridad.

Otra composición:

#### LAS CAÑAS SECAS Y LA MUERTE DEL SOBERANO

*En dos cañas, plantadas en el suelo, se secan las vestiduras rojas.*

*Mil familias suspiran mirando al cielo y se ponen vestiduras blancas.*

En China, para secar las ropas que se lavan en casa, se cuelgan en cañas plantadas en el suelo.

Cuando muere un soberano son muchas las familias que se ponen de luto (y en China el blanco es el traje de luto).

He aquí ahora otro género de composiciones: se trata de combinar palabras que, de antemano, tienen un lugar indicado en el verso.

Son, por ejemplo, las palabras PALACIO y BATALLA, y es preciso colocarlas al final de cada verso; por la traducción siguiente se comprenderá el sistema:

*El nombre de los antiguos servidores es familiar á los loros del PALACIO,*

*Los méritos de los grandes generales son conocidos por los caballos de BATALLA.*

Se hallará que estos placeres son muy inocentes, demasiado inocentes tal vez; pero desde luego son preferibles al juego. Por lo demás, también Europa tiene placeres inocentes, y, por tanto, no censurará los nuestros.

## LOS ARTISTAS

La China ha tenido época de gran brillantez artística, pero como la educación es puramente literaria, desde hace algunos siglos, el arte parece haber perdido terreno. Sin embargo, pronto se convencerán de que no se ha perdido todo, aquellos que estudian las cosas detenidamente. Aunque los artistas no han progresado de algunos siglos á esta parte, aun cuando se limiten á reproducir los antiguos modelos, aunque, en una palabra, no se inventa ya nada, es preciso confesar por lo menos que se han conservado cuidadosamente las tradiciones.

La época de mayor florecimiento artístico fue el reinado de los Thang. El poeta Tu-Fu era al mismo tiempo artista; y el pintor Nang-Wei era poeta: se encontraba pintura en las poesías de aquel, y poesía en la pintura de éste.

Aun cuando nuestros antiguos pintores no estudiaban perspectiva, sus obras han sido siempre muy apreciadas, y algunas de ellas tienen en la actualidad un valor tan grande como el de estas dos composiciones poéticas de Tu-Fu.

## I

ANTE UN CUADRO QUE REPRESENTA UNOS CABALLOS, EJECUTADO  
POR EL GENERAL TCHAO

*Desde el advenimiento de vuestra dinastía,  
Ha habido muchos pintores de caballos,  
Entre los cuales, el más célebre era el Príncipe Kiang-Tu.  
Vuestra fama de artista data desde hace treinta años,  
Y, gracias á vos, volvemos á ver hermosas cabalgaduras.  
El difunto Emperador apreciaba ya vuestro talento.*

*Y vuestro nombre corría en la capital como un reguero de pólvora.*

*Los decretos y la Gaceta no cesaban de hacer vuestro elogio*

*Los generales victoriosos,*

*Y las personas ricas que rivalizaban en lujo,*

*No se consideraban completamente satisfechos,*

*Si no poseían alguna obra vuestra.*

*Anteriormente, el Emperador Tai-Thung era aficionado á los caballos,*

*Y en la actualidad lo es también la familia Ko.*

*Los dos caballos de vuestro nuevo cuadro*

*Dan envidia á todos esos sportsmen.*

*Tienen el aspecto de caballos de guerra*

*Que pueden lanzarse uno contra mil.*

*Sus blancas crines flotan al viento;*

*Sus finos remos parecen correr á lo largo del bosque de pinos,*

*Entre los aplausos de los espectadores alineados.*

*Llevan la cabeza erguida, y su mirada expresa á la vez orgullo y sumisión:*

*¿Quiénes otros que Oui-Fung y Isse-Tong*

*Podrían apreciar tan hermosos caballos?*

*Recuerdo que cuando el Emperador fue al palacio de Sin-Fung,*

*Cubrían el cielo las banderas y los quitasoles que venían del Este.*

*En aquella ocasión, treinta mil caballos, que unas veces trotaban y otras galopaban, se parecían todos á los de este cuadro,*

*Aquella cabalgada se esfuma en el mundo de los recuerdos,*

*Y en el bosque por donde cruzó el imperial cortejo*

*No se escucha hoy sino el canto de los pájaros,*

*Que se armoniza con los rumores del viento.*

## II

*Sois un descendiente del Emperador Ouei-Ou,  
Reducido al estado de simple ciudadano.*

*El esplendor de vuestros antepasados se ha desvanecido,  
Pero la sangre y los rasgos se perpetúan.*

*Habéis llegado á la perfección*

*Y vuestro cuadro os hace olvidar honores que no ambicionáis.*

*El emperador Kai-Iung ha conocido vuestra gloria y os ha  
recibido varias veces en audiencia.*

*Gracias á vuestro pincel, en el palacio de Ling-Ien todos  
nuestros célebres hombres de Estado reviven en sus retratos.*

*Los ministros llevan brillantemente una corona de sabios;*

*Los generales, sus flechas en el carcax.*

*Diríase que sus excelencias Pao y Mo van á mover sus ca-  
bellos y su barba,*

*Como si volviesen del campo de batalla, ó peleasen con bra-  
vura.*

*En cuanto al magnífico caballo del Emperador difunto, nadie  
sapo darle parecido.*

*Ordenaron que le trajeran ante el palacio, á fin de que le  
trasladasen á vuestra seda (1).*

*Cuando terminasteis la obra, se eclipsaron todos los caballos  
del universo.*

*La Corte poseía ya los caballos más hermosos:*

*Ahora posee el cuadro máspreciado.*

*Admiró á todos la recompensa que con tal motivo recibisteis.*

*Vuestro discípulo Han-Kang llega también á la perfección,  
pero los caballos que pintó no tienen más que piel y nada dentro,*

*Está lejos de tener vuestro genio.*

*He aquí un entusiasta ditirambo en honor de la pintura an-*

---

(1) En China se pinta sobre seda.

tigua. En nuestro país son muy numerosos los pintores aficionados, especialmente entre la clase de letrados, que pintan cuadros para regalárselos á los amigos.

Son muy apreciados tales cuadros, porque siempre van acompañados de algunos versos.

Recuerdo haber visto dos cuadros célebres que por nada del mundo quisiera enajenar un aficionado.

Uno de ellos es una marina, con una barquilla de pescador cubierta de nieve; le acompaña una composición que no desmerece de la de Víctor Hugo, titulada *Pobres gentes*. El otro cuadro representa una montaña, cuya cima se pierde entre las nubes. Por el centro de la montaña descende un arroyo que arrastra una hoja de lechuga. Los correspondientes versos terminan de esta manera:

*Tras la blanca nube, habitan hombres.*

Y, en efecto, la hoja de lechuga acusa palpablemente la presencia del hombre, único ser capaz de tener lechugas... hasta en la nebulosa cumbre de las montañas.

La alusión no es muy directa, pero como en China hay mucha afición á velar el pensamiento, la pintura no deja de hacerlo. Frecuentemente proponen á los pintores asuntos como este: «Un punto rojo en medio de lo verde.» Uno interpretará el asunto pintando en una rama, en medio de un bosque, una cigüeña solitaria; otro pintará el mar verde con el sol poniente, y un tercero, una mujer con labios rojos, en un bosque de bambúes.

Los artistas no venden sus obras, pues se trata siempre de aficionados que las regalan á sus amigos; únicamente acuden al comercio los artesanos que se dedican á objetos decorativos.

Menos cultivada está la escultura, la cual ofrece, frecuentemente, sorpresas para las que uno no está preparado. Un día me propusieron hacer mi busto. Llegué á casa del artista, el cual me hizo sentar enfrente de él; estábamos separados



por una mesa, cubierta con un tapete que llegaba hasta el suelo.

Entablamos una conversación muy animada, pues mi interlocutor tenía mucho ingenio é ideas muy originales. Aunque le escuchaba con mucha atención, no pude menos de observar que no sacaba las manos de debajo de la mesa, cosa que me intrigó bastante, y especialmente porque noté que no dejaba de moverlas febrilmente.

Al cabo de una hora, y como me levantase para retirarme, mi interlocutor sacó de repente un molde de arcilla y me dijo: «¿Le encontráis parecido?»

No fue poca mi sorpresa al encontrarme con mi busto, esbozado con tanta rapidez como soltura, y que se me parecía mucho, cosa tanto más extraña cuanto que el artista no miró á la arcilla y y sí únicamente al modelo: ¡qué habilidad no se necesitará para trabajar así, á ciegas, haciendo los dedos el oficio de cinceles y de ojos, y reemplazando á la vista con el tacto!

#### EL JUEGO DE AJEDREZ

Es muy diferente del que se conoce en Europa.

El nuestro tiene trescientos sesenta y un peones, repartidos en dos campos; blanco el uno y negro el otro, y de figura redonda como en el juego de damas. Se juega sobre un tablero cuadrado, que tiene diez y nueve casillas en cada lado. Los contrincantes juegan peón á peón, y el que consigue encerrar á los de su adversario sin dejarles ninguna salida, es el vencedor. Así, pues, toda la habilidad del juego consiste en envolver al enemigo, en coparle el mayor número de peones posible y en penetrar en sus posiciones, sin dejarse envolver á la vez.

Se dice que este juego, en el que los peones figuran ser los trescientos sesenta y un astros, que giran en el globo celeste, representado por el tablero, fue inventado por el Empe-

rador Iao para instruir á sus hijos y desarrollar en ellos el hábito de reflexionar. Al mismo tiempo es un juego militar, que representa el campo de batalla donde dos ejércitos se disputan la victoria. Más bien es un juego de paciencia, pues cada partida dura mucho tiempo y á veces es preciso reflexionar un cuarto de hora y más antes de mover un peón. De aquí también, que se le llamase «juego de conversación», pues el jugador que espera el movimiento del otro, tiene sobrado tiempo para conversar mientras dura su inacción.

Tampoco está mal llamado «juego de la meditación de la soledad».

Es el juego favorito de los letrados, de las damas, y sobre todo, de las personas que no tienen que hacer. Se considera como muy poético el ruido que hacen los peones al avanzar en el tablero, que está á menudo grabado en una mesa de mármol, á la sombra de árboles frondosos.

Las tres cosas que se han de escuchar, cuando uno quiera procurarse pensamientos puros y delicados, son: la cascada, el viento entre los árboles y el ruido del ajedrez.

Se cuenta que en tiempos de la dinastía de los Tching, encontró un carbonero, en la cima de un monte, á dos hombres que jugaban al ajedrez. Les miró y uno de ellos le dió una fruta, una especie de juyuba, que se apresuró á comer. No había terminado aún una partida cuando ya estaba podrido el mango del hacha del carbonero, el cual volvió más que de prisa á su aldea, donde no conoció á nadie, porque habían transcurrido varios siglos desde que faltaba de ella.

Nos refiere la historia que un estadista, llamado Li-No, era de genio muy impaciente, pero que era otro en cuanto se ponía á jugar. Así fue, que en seguida que se encolerizaba le proponían una partida y al punto recobraba su serenidad.

Como el Emperador le preguntase un día por qué perdía en el juego un tiempo que podía ser empleado de mejor manera, respondió que los momentos más preciados para él eran aquellos en que le era dado olvidar sus cuidados y preocupaciones.

En las memorias de Su-Tung-Pao, leí una anécdota muy curiosa:

El Emperador Tai-Tsung jugaba al ajedrez con uno de sus ministros. El soberano le daba tres peones de ventaja, pero aun así el ministro perdía siempre. Ahora bien, como el Emperador comprendiese que le dejaban ganar, concluyó por decir: «Si perdéis esta partida os quitaré el puesto.»

El juego fue tablas.

«Otra partida, dijo el Emperador. Si ganais os conferiré el honor de llevar la túnica roja. En caso contrario os haré arrojar al agua.»

De nuevo fue tablas la partida.

Encolerizado su majestad, le empujaba ya hacia el estanque, cuando exclamó el ministro: «Poco á poco señor; todavía tengo un peón en juego.»

Sonrió el soberano y entregó al complaciente jugador la prometida túnica.

Cuando más se juega al ajedrez es, generalmente, en los días de verano para estar al fresco, ó en las veladas de invierno para matar el tiempo.

No creais que se puede jugar al ajedrez en cualquier sitio: se necesita un lugar poético ó agradable, bajo los árboles, sobre una roca que ofrezca pintorescas vistas ó en un salón elegantemente alhajado, con té y vino para los intermedios. Exige el buen tono que los *mirones*, los cuales aseguran divertirse mucho, no den consejos.

Tenemos, además, otro juego de ajedrez más parecido al que se conoce en Europa. Consta de un tablero con dos campos de 16 piezas cada uno, dispuestas en tres hileras, cinco peones, dos cañones, un jefe, dos consejeros, dos elefantes, dos caballos y dos coches. Los dos campos tienen cada uno 45 casillas (9 por 5), y están separados por un espacio vacío.

Las reglas y la marcha son poco más ó menos las mismas que las del ajedrez europeo. Los peones avanzan sin que puedan retroceder; los cañones deben saltar siempre, en línea

recta, por encima de una pieza; los coches van también hacia adelante; los consejeros en sentido diagonal; los elefantes se mueven en todas direcciones; los caballos como los del ajedrez europeo, lo mismo que el jefe que ofrece lances idénticos á los del rey.

Las piezas no están representadas por figuras; llevan su nombre escrito. Nuestra industria, tan esencialmente artística, no ha contribuído nada al juego en cuestión; pero, en cambio, exportamos ajedreces de marfil labrado.

## LA MESA

### EL PLACER DE LA BEBIDA

El primero que fabricó vino en China, por medio de arroz fermentado, fue un funcionario llamado I-Ti, en tiempos del Emperador U. (2200 a. de J. C.)

El primero que probó el nuevo brebaje fué el Emperador, que lo halló exquisito y dijo: «Seguro estoy de que en las futuras generaciones habrá gentes que perderán su dinastía por el vino.» A pesar de su tono profético, no se realizó la predicción y los letrados continuaron empinando el codo; no hay reunión sin vino, ni vino sin versos, pero no por eso nos embriagamos más. El pueblo no bebe casi nunca.

Recuerdo que hace algunos años, un diputado alemán, combatiendo la ley contra la embriaguez, pronunció esta frase: «Si se vota esta ley, el pueblo será su única víctima; pues los ricos, después de haber vaciado las botellas de Champagne en los gabinetes particulares, siempre tendrán el recurso de volver á su casa en coche, sin caer en manos de la policía.

No se votó la ley, la cual en China no hubiera tenido razón de ser, puesto que no se emborracha el pueblo.

El hábito de encontrar la felicidad en el fondo del vaso

data, en nuestro país, de dos célebres composiciones de Li-Tai-Pe (de la dinastía de los Thang).

*¿No véis que las aguas del río Amarillo parecen descender del cielo*

*Y lanzarse al mar sin volver á sus fuentes?*

*¿No véis también que el espejo del salón se duele de nuestros cabellos*

*Negros aún por la mañana y encanecidos á la noche?*

*Cuando uno está contento debe evitar que se le escape el placer:*

*También es necesario que el cántaro de oro no permanezca inmóvil a la luz de la luna;*

*El cielo nos ha dado el talento para que lo utilicemos;*

*Y, por lo tanto, ya volverá el dinero que gastemos.*

*¡Matemos el cordero, hagamos cocer la vaca para el festín!*

*¡Cuando nos reunamos vaciaremos trescientos vasos!*

*Vos, maestro Kien, vos letrado Ten-Kiu,*

*¡Levad los vasos sin deteneros!*

*Quiero cantar para vosotros y os ruego que me escuchéis:*

*—Desde los antiguos tiempos no son nada los honores;*

*Prefiero estar embriagado que despierto.*

*Los sabios y los filósofos están siempre muy tristes,*

*Mientras que los bebedores son alegres.*

*El príncipe Tcheng no gustaba de la música;*

*Prefería gastar en vino diez mil escudos.*

*No digais que no tenéis dinero:*

*Proveeos de él:*

*Tomad mi caballo y mi pelliza y trocadlos por buen vino.*

*Pues me propongo olvidar, con vosotros, los cuidados de la eternidad.*

#### SEGUNDO POEMA

*El viento esparce flores que embalsaman la sala toda,*

*Y la hermosa señorita U nos invita á gustar su vino.*

*Las gentes de Nan-King están presentes para despedirse de sus amigos,*

*Que deben marchar pero no acaban de hacerlo,*

*Y continúan vaciando sus vasos.*

*Preguntad. pues, á las aguas que corren hacia el Este*

*Si son más profundas que el dolor de nuestra separación.*

Poco después, Lin-Ling, otro poeta, se entregaba también al placer de beber sin ninguna moderación, y como su mujer le aconsejara que se moderase, pidió cinco cántaras como premio de su sacrificio. Las vació y se durmió. Al despertarse, pidió otras cinco cántaras y, después de bebérselas, escribió esta cuarteta dedicada á su mujer:

«Yo nací para beber  
pues que sin vino no vivo;  
de aquí que me muestre esquivo  
á consejos de mujer.»

En China no existe el vino de uva. Sin embargo, de él se habla en los siguientes versos, escritos por un guerrero del Norte de China, en tiempos de la dinastía de los Yang:

*El vino de uva brilla, de noche, en los vasos;*

*Quisiera beber, pero la guitarra nos mete prisa para marchar.*

*No os burleis de mí, si me duermo en el campo de batalla,*

*Pues ¿cuántos son los guerreros que vuelven de la guerra?*

Li-Tai-Pé abusó del vino. En todas partes encontraba amigos, aun cuando estuviese solo, puesto que su sombra y la luna eran amigos suyos. Por lo demás, asociaba frecuentemente al placer de beber sentimientos delicados y gran altura de miras filosóficas; así lo prueba el siguiente poema:

#### A BORDO

*¡Qué se ha hecho de las torres y pabellones del Rey de Tson, que en otro tiempo se alzaban sobre esas desiertas colinas!*

*Cuando la embriaguez me exalta, empuño la pluma y ante mis cantos se conmueven las cinco montañas sagradas.*

*Soy feliz, me enorgullezco y me río de todas las grandezas. Poder, riqueza, honores... cuando seáis dignos de mi estima, Se verá al río Amarillo brotar del Occidente para correr hacia el Norte.*

Hay un juego que tiene por base la bebida. Se coloca sobre la mesa un tubo de forma cilíndrica, que contiene unas cuantas varitas de marfil, cada una de las cuales lleva inscrito un verso antiguo.

Los jugadores sacan alternativamente una varita y, según el verso, decide la mayoría quién es el que ha de beber.

He aquí algunos ejemplos:

- 1.º *¡Ay! ¿Dónde se encontrará aquel hermoso rostro?*  
(El jugador más barbudo es el que ha de beber.)
- 2.º *Enamorado de una sombra ó de un son.*  
(Bebe el más miope.)
- 3.º *Os vemos sin oídos.*  
(Bebe un sordo.)
- 4.º *Aún falta la mitad para la contemplación (eclipse de luna).*  
(Corresponde beber al que use gafas.)
- 5.º *Las persianas de perlas ocultan la vista de las rosas.*  
(Le toca la vez al que esté picado de viruelas.)
- 6.º *El amante de las flores se duele de que no hablen.*  
(Bebe el taciturno.)
- 7.º *Los gritos de los modernos aparecidos se mezclan á los de los aparecidos antiguos.*

(En esta ocasión le corresponde beber á un médico por derecho propio.)

Como se vé, el placer de beber no deja de ofrecer en China esos alegres instantes que acompañan al vino habitualmente.

## EL TÉ

Sabido es que el té es nuestra bebida favorita, pero se ignora tal vez el importante papel que desempeña en nuestra existencia. No hablaré aquí ni de su cultivo ni de su fabricación, por ser bastante conocidos. Me limitaré á hablar del modo de tomar esa exquisita y aromática planta.

Desde que se conoció el té en China, las autoridades de las regiones productoras envían anualmente al Emperador las primicias de la recolección.

Se conoce este envío con el nombre de «Tributo del té». Antiguamente la corte distribuía té á sus funcionarios, y los regalos usuales consistían también en té. Otro hecho pondrá de manifiesto la importancia que damos á ese producto: así como tenemos superintendentes de la sal, tenemos también superintendentes del té, altos funcionarios encargados exclusivamente de ese asunto.

Los cafés de Europa están sustituidos en China por casas de té, en las que se citan las gentes para charlar, descansar y tomar el fresco. Vais á casa de un amigo y lo primero que hace es servirnos una taza de té. Quereis ofrecer hospitalidad á alguien, le rogais que vaya á pasar una temporada en vuestra casa, y le escribiréis á manera de invitación: «El té está preparado.»

En las tiendas, cuando esperais que os entreguen vuestros pedidos empezarán por daros una taza de té para que tengais paciencia. En las calles, durante los grandes calores del verano, las familias caritativas acostumbran á colocar ante las puertas de sus casas una gran tetera que se renueva á cada momento y con la que pueden apagar su sed los transeuntes. Allí donde trabajan los obreros, no falta nunca el té. El pueblo no bebe otra cosa. La alta sociedad cuenta con



muchos aficionados al té, pues se cree que esta bebida tiene el dón de despejar las ideas.

El té que se toma entre las clases elevadas, es siempre el verde, es decir el que procede de los primeros brotes de las plantas, y que se seca al sol. Es nuestro Jeréz: las hojas que han llegado á toda su madurez y que se secan al fuego, son las que dan el té negro; esta es la diferencia que hay entre los dos, pero sin que jamás se coloree artificialmente á ninguno de ellos. La calidad del té varía según la localidad en que se recoja, como sucede con los vinos. El mejor es del árbol que posee un Monasterio situado en la montaña de Ou-I, en el interior de la provincia de Tu-Kien. Los monjes no lo venden y lo reservan para ofrecerlo á los visitantes distinguidos. Os ponen unas diez hojas en una tacita, cuya cabida no excede á la de una huevera; se echa encima agua cogida en el excelente manantial que brota de la montaña; se tapa la taza durante algunos minutos para que se verifique la infusión, y en seguida se esparce un perfume exquisito. Después de beber ese té selecto, se experimenta no solamente un bienestar físico, sino una grata sensación moral.

He tenido la curiosidad de echar en la taza de dicho té unos granos de arroz cocido, los cuales se disolvieron inmediatamente. Entonces comprendí los enérgicos efectos de esa bebida, su bienhechora acción en el cuerpo humano y la imposibilidad de tomarlo en gran cantidad.

El té forma parte tan esencial de la alimentación china, que autores, tales como Lu-U, han publicado libros enteros—nuestro *Perfecto Cocinero*—acerca de la manera de prepararle.

En efecto, el té no puede ser bueno sino con estas condiciones: el agua ha de ser de lluvia ó de manantial y ha de co- cer hasta un cierto punto; la ebullición no debe durar más que algunos minutos; en cuanto aparecen burbujas en la superficie, basta. La tetera debe ser de materias determinadas; los verdaderos aficionados se sirven únicamente de teteras de Ni-Hing, que son de barro cocido sin baño interior. El té, así pre-

parado, constituye una bebida excelente, sana y económica.

Se puede beber á pasto, hasta cuando uno se va á acostar, y sin azúcar siempre; jamás excita.

A propósito de esto, me ha dicho un compatriota mío, que los europeos, y sobre todo los ingleses, no saben hacer té: 1.º, lo hacen hervir; 2.º, lo aditamentan con alcoholes que destruyen el aroma; y, por último, el azúcar hace que pierda el sabor. El té debe ofrecer un color claro, ligeramente amarillo.

El Monasterio de U-Tchien (manantial de Jade) está situado en la provincia de King-Tin, entre rocas y cascadas; le rodea una plantación de té, cuyas hojas son del tamaño de la mano y que reciben el nombre de «Té de la mano de los Inmortales». Un octogenario, que habitaba en aquellos lugares, parecía completamente un joven y gozaba de excelente salud; decía, á quien quería oírle, que al té debía su salud y juventud.

No es extraño que bebida tan bienhechora haya inspirado á los poetas. Son innumerables los versos que celebran las virtudes del té.

He aquí algunos:

*Para hacer que los amigos pasen alegremente la noche, el pobre les ofrece té.*

*Hacer el té con nieve, es gustar algo celeste.*

*Cuando se hace el té en el bosque, la humareda espanta á la cigüeña.*

La época de la recolección varía según el país; en unos se recoge antes de la estación de las lluvias, en otros al primer trueno y en otros al primer canto del cuco.

Se refieren muchas patrañas acerca de nuestro té, entre otras, que el que enviamos á Europa ha sido ya usado y vuelto á secar: no es exacto; el té destinado á la exportación es de calidad media y existe en tal cantidad que no hay para qué recurrir al poco halagüeño expediente que acabamos de mencionar. Añadiré que la exportación se hace por casas europeas, Además, las hojas que han servido ya, se utilizan en China,

después de desecarlas, para rellenar almohadones, colchones, etcétera.

De esta suerte, después de habernos fortificado durante el día, el té nos ofrece aún descanso para la noche.

#### LAS VARITAS Ó PALILLOS

No se trata de varitas mágicas que, manejadas por la reina de las hadas, evocan el mundo de los espíritus. Nuestros palillos tienen una misión infinitamente más prosaica, pero de mucha más utilidad; son los auxiliares con cuya ayuda ingerimos en el cuerpo el alimento reparador, el carbón indispensable para el funcionamiento de la máquina humana.

Cree el público que nos servimos de dos palillos—uno en cada mano—para coger los manjares y llevarlos á la boca: es un error, y el procedimiento es menos complicado.

Se colocan los palillos en la mano derecha, sujetos por el pulgar y el anular y manejados por el índice y el medio para coger los trozos de carne ó los granos de arroz, de los que ninguno escapa á esos dedos artificiales; uno de éstos permanece inmóvil y recibe los objetos recogidos por el otro.

Cuando se trata del arroz, nuestro pan cotidiano, se acerca el plato á la boca á muy corta distancia.

Se cree que se necesita una gran práctica para servirse de los palillos, pero esto no es más que un prejuicio del que está acostumbrado al tenedor; los niños los llegan á manejar tan pronto como los utensilios europeos. Por lo demás, usamos también el tenedor para el asado, y la cuchara para los líquidos.

El *Libro de los Ritos*, que trata de todos los actos de la vida, prescribe que se usarán los palillos para los manjares sólidos, pero no para la sopa. Como se vé, desde los tiempos más remotos estaba resuelta ya la importante cuestión de la cuchara.

Los palillos no son informes, ni de madera vulgar. Se hacen de bambú, de las maderas más preciadas, de marfil y de plata. Cuadrados en la parte superior, de 20 á 25 centímetros de largo por 10 ó 15 milímetros de ancho, son redondos en la parte media é inferior: en uno de los lados cuadrados hay grabados versos ó dibujos.

Desde el punto de vista histórico, los palillos han desempeñado frecuentemente un gran papel. En tiempos de la dinastía de los Ilan, en ocasión de estarse celebrando un banquete político, ofrecido por el Emperador á sus ministros, uno de éstos, Tchang-Liang, se levantó de repente, exclamando:

«Está perdida la causa de vuestra majestad, pues acabo de consultar á los palillos.» Y, en efecto, fracasaron los proyectos de conquista del Emperador. Aún hoy se admira la habilidad de aquel estadista que supo disimular sus propias reflexiones bajo la pretendida adivinación motivada por los palillos, y que supo hacer pasar por inspiración divina los consejos de su razón.

Algunos siglos después, el famoso dictador Tchao-Tsao comía con su rival, el cual trataba aún de ocultar su ambición bajo modestísimas pretensiones; pero Tchao-Tsao queriendo mostrar en público los ocultos designios del otro, se puso á hablar de los hombres más valientes de la época. Todos citaron un nombre, y al fin dijo Tchao-Tsao: «Los únicos valientes verdaderos somos vos y yo.» Al verse directamente aludido, Lin-Peí—que tal era el nombre del rival—dejó caer sus palillos, precisamente en el momento en que estallaba un trueno.

«Trató de ocultar su emoción, exclamando:

«¡Ah, qué grande es el poder del cielo! ¡Me he asustado extraordinariamente!» Pero no pudo desvanecer las sospechas justificadas por su espanto.

Bajo la dinastía de los Tchang, Kai-Yang regaló al ministro de Estado Soung-King un par de palillos de oro, diciéndole que no le hacía tal regalo por el valor del objeto, sino por la forma de éste, «que es recta como vuestro carácter.»

Dice la historia que un gastrónomo, llamado Ho-Tseng, gastaba un dineral en comer y que casi nada le apetecía; se alimentaba como los príncipes, pero que, á pesar de gastarse diez mil escudos en manjares, no juzgaba á ninguno digno de sus palillos. En fin, las anécdotas históricas relativas á los palillos son demasiado numerosas para que puedan ser enumeradas.

Citemos una más:

«En China es muy apreciado un caracol alargado en forma de mango, al que se llama *solan* ó navaja de afeitar, y que tiene una huella en la valva. Se cuenta que un Emperador cogió un *solan* entre sus palillos y lo echó á un lago, en donde se multiplicó el molusco, pero aún conserva la señal que imprimieron en la concha los palillos del Emperador Han-On-Ti.»

Terminaré con estos cuatro versos á los palillos, debidos á un filósofo:

*Muchas veces se me ha ocurrido preguntar su parecer á los palillos,*

*Que siempre prueban antes que nosotros lo dulce y lo amargo.*

*Pero me responden que el sabor está en los manjares,*

*Mientras que ellos no hacen más que ir y venir.*

#### LA COCINA

Se cuentan tantos horrores de la cocina china, que me parece indispensable consagrar un capítulo á la rehabilitación de nuestro arte culinario.

No tengo la pretensión de que se os haga la boca agua; pero sí, por lo menos, la de demostrar que mis conciudadanos no comen las extraordinarias cosas que se complacen en decir ciertos viajeros..... con prevenciones.

Las comidas ordinarias se componen generalmente de ocho

platos: dos de legumbres, uno de huevos, otro de pescado, uno de mariscos, uno de ave y dos de carne: cerdo y carnero en el Mediodía, cordero y vaca en el Norte. Además, un gran plato de sopa, acompañado todo de arroz, que hace las veces de pan; como mis compatriotas, salvo en contadas ocasiones, no toman vino ni té al comer, y como se necesita algo de líquido, se toma sopa.

Como la vida es muy barata, el presupuesto para las tres comidas diarias, análogas á la que hemos dicho, no pasa de cincuenta céntimos por persona. La libra de carne cuesta de veinticinco á treinta céntimos, y una buena ave vale de sesenta á setenta céntimos también.

En 1882 me embarqué en Hong-Kong en un buque chino para volver á mi casa. Como no me pudiese habituar al trato de á bordo, dije á un criado que me sirviera pollo para mi almuerzo, y le entregué cinco francos, precio ordinario de un pollo en Francia. Momentos después vino el criado á preguntarme qué condimento prefería.

—Asado—respondí—y cortado en pedazos.

Pasó un rato y me trajo una mole inmensa, algo así como la mitad de un tonel, lleno de pollos, divididos en pedazos pequeños y humeantes.

—¡Cómo! ¿Qué es esto?

—Sí, señor. Con los cinco francos, he comprado doce pollos, que he preparado conforme á vuestras instrucciones.

Tuve bastante con la vista de aquella enorme cantidad de carne y con el plato pantagruélico que la contenía; mandé que se llevasen todo y que lo repartiesen entre los criados.

Con esto tendréis una idea de lo poco que cuestan las cosas en nuestro país. Un obrero que gane un franco diario puede sostener á su mujer y á dos ó tres hijos y ahorrar la mitad del jornal.

Cuando estuve en la Escuela militar, en la que los alumnos reciben el trato de los oficiales, pagaba cuarenta céntimos diarios, y jamás tuve por qué quejarme de la alimentación.

Es muy sencilla la explicación de tal baratura. Según la estadística, cada habitante del Imperio del Medio paga, poco más ó menos, dos francos de contribución, y todo lo que se refiere á la alimentación se halla libre de impuestos.

Los europeos que se quejan de lo mucho que gastan en China, es porque conspiran contra sus intereses, por no querer someterse á nuestro régimen, y hacen mal; pues, aparte de que los platos de París, caros ya de por sí, han de alcanzar en China precios fabulosos, hay que tener presente que toda cocina es propia de su clima respectivo. De mí sé decir que en cuanto llegué á Europa, me habitué á la cocina francesa, reputada como la mejor de todas; pero que, cuando de regreso en China fuí á comer con franceses, que tuvieron la bondad de invitarme, me sentaban mal los manjares: el café me irritaba el estómago y el cigarro me hacía sangrar por la nariz. Y, sin embargo, cosas son esas dos últimas de las que no puedo prescindir en Europa. ¿Cómo ha de extrañar entonces que los europeos no puedan acostumbrarse á nuestros climas, aferrándose en conservar sus hábitos de alimentación exótica?

Cuando se presentan de improviso algunos amigos, los invitamos al *restaurant*, ó traemos á casa la comida. Estos banquetes cuestan generalmente seis dollars, ó sea treinta francos para ocho personas. Y son muy completos, como puede verse por la siguiente enumeración:

Cuatro platos de entremeses.

Cuatro de frutas secas.

Cuatro de frutas de la estación.

Cuatro grandes fuentes, compuestas cada una de un pato, aletas de tiburón, nidos de golondrinas y una carne cualquiera.

Cuatro fuentes más pequeñas, con aves, mariscos y carnes.

Cuatro fuentecitas, con setas, hongos (llamados entre nosotros *orejas de los bosques*), *arroz de los inmortales* (otra especie de hongo) y retoños tiernos de bambú; cuatro grandes platos compuestos de pescado, carne de cerdo, estrellas de mar y cordero.»

Estos cuatro últimos platos, de los que generalmente no se sirve nadie, dan fin á la comida.

El precio de las comidas de etiqueta no excede nunca de 20 dollars, ó sea 100 francos, para ocho personas. Aquí son más numerosos los platos: hay dos asados reglamentarios que se sirven en medio de la comida, salteados con pedacitos de pan cocidos en el baño de maría.

Un criado, provisto de un cuchillo bien afilado, quita la piel del asado (lechoncillo y pato ó ganso) y pone un poco en un platillo delante de cada uno de los convidados, y otro criado les sirve en tazas aguardiente de arroz. Se me olvidaba decir que antes de servir el asado, se alza la mesa como si se preparase para otra comida ó se fuese á servir el café, como se hace en Europa.

En toda comida los pasteles alternan con los platos fuertes. Con los pasteles salados, y que tienen carne, se presenta una tacita de caldo de gallina, y con los dulces, leche de almendras. Debo añadir también que toda comida empieza por los entremeses y las frutas, y termina con una fuente de arroz que casi nunca se prueba.

Al levantarse de la mesa, los convidados se dirigen á tomar el te, y se les entrega una servilleta humedecida con agua caliente.

Los convidados se sientan dos á dos, en torno de una mesa cuadrada, de manera que el primero y el tercero hagan frente al segundo y cuarto; el sexto y el quinto, de frente al patio, al que vuelven la espalda el séptimo y el octavo. Este es el anfitrión que, entre otras, tiene á su cargo la misión de escanciar el vino á sus huéspedes. Cuando los convidados son más de ocho, se colocan otras mesas, y si se necesitan cuatro, la tercera y cuarta están cerca del patio, y la primera y la quinta próximas á la sala.

Los entremeses, entre los que se cuentan las frutas, suelen ser jamón, mollejas de ave, langostinos y huevos en conserva, los cuales, merced á su envoltura de cal, se conservan indefi-



nidamente; á los veinticinco años están exquisitos, habiendo sufrido una especie de transformación: el amarillo de la yema se ha vuelto de un color obscuro, y el blanco de la clara parece gelatina de carne, muy obscura también.

He tenido ocasión de hacer que algunos europeos probasen esos huevos, así como algunos otros manjares chinos y, desprovistos de prejuicios, les han gustado muchísimo.

Sin embargo, en una ocasión una dama alemana, después de hallar deliciosa á nuestra cocina, preguntó el nombre de cada uno de los manjares; uno de nuestros intérpretes, no conociendo el nombre técnico del escombros, le respondió en sentido figurado, que era un See-Igel, literalmente, *erizo de mar*. Bastó este nombre para que no volviese á probar bocado la amable convidada, la cual me dijo, pues estaba á mi lado, «que le parecía que aquello la andaba aún por la garganta». ¡Qué poderosos son los prejuicios!

El Marqués de Harvey, de Saint-Denys, dió, cuando la Exposición de 1867, una comida china cuya lista fue redactada por el célebre caricaturista Cham, y en la que había cosas espantosas. Había que ver los visajes de los convidados cuando la leyeron. Seguramente no hubieran probado nada, y si el piadoso anfitrión no les hubiera tranquilizado á tiempo, estaban dispuestos, antes que á comer, á..... indisponerse de antemano.

Sin duda que hay en China, como sucede también en otras partes, personas de gustos excéntricos, pero no es lo general. Repito aquí que desde que tengo uso de razón jamás he conocido ni visto á nadie que coma gato ó perro, de cuya extravagancia nos acusaba, no hace mucho todavía, un escritor en el *Figaro literario*.

A propósito de esto he de referir una anécdota bastante curiosa. Cuando la legación de China se instaló por primera vez en París, en la primavera de 1878, recibí la visita de un lacayo con librea que deseaba hablarme de parte de una condesa polaca.

E. M.—*Noviembre 1900.*

Cuidaba ésta en su casa una docena de perrillos chinos, de esos falderillos sin pelo, que todo el mundo conoce; los quería entrañablemente, y temerosa de que la colonia china se comiese sus animalitos, me anunciaba (tratándonos como bestias feroces ó salvajes) que si llegaba á faltar uno de sus perros, prendería fuego al edificio de la legación. Tranquilicé á aquella buena vieja diciéndole que ninguno de mis compatriotas era cinófago, y que, si por casualidad llegase á faltar algún día uno de sus animales, valdría más que antes de ser incendiaria con premeditación, se dirigiese, en la prefectura de policía, á los perreros correspondientes.

En suma, comemos lo mismo que vosotros, con alguna mayor variedad, pues para ello nos favorecen nuestras tierras y nuestros mares. Pero jamás se presentan cosas repugnantes ni extravagantes siquiera en nuestras mesas. Preparamos, cierto es, nuestros platos de diferente manera; cortamos los alimentos en trozos pequeños, lo que no permite distinguir la naturaleza de los mismos, pero no por eso son menos exquisitos. Podría invocar aquí el testimonio de todos los europeos que han vivido en nuestro país.

Por lo demás, la cocina está en razón directa de la civilización de los pueblos; cuanto más desarrollada está la segunda, más refinada y perfecta es la primera. Francia es el país de Europa de más antigua civilización y su cocina es la mejor de Occidente. Así, en lugar de interrogarnos para saber si condimentamos de tal ó cual manera, debería preguntar el europeo qué edad cuenta la civilización china. La contestación á esta pregunta le diría en seguida que el atribuirnos platos tan poco apetitosos, como tan á menudo se hace, es sencillamente gratuito: obra de imaginación muy viva, tal vez, pero de pura imaginación al fin.

EL GENERAL TCHENG-KI-TONG.

*(Concluirá.)*

# DISCURSOS Á LA NACIÓN ALEMANA

---

## CONTINUACIÓN DE LAS PRECEDENTES CONSIDERACIONES

Al final del discurso anterior declarábamos que tan sólo la participación de pensamientos frívolos y de doctrinas erróneas tocante á los intereses de los pueblos, impide á los alemanes formarse idea clara de su situación presente. De momento, tales errores gozan de la consideración pública y ocupan el lugar que han dejado vacío las cosas desaparecidas de entre nosotros, por lo cual conviene examinarlas con más detención todavía de la que por sí mismas merecen.

En primer lugar, no tiene duda que los límites primeros, originarios y verdaderamente naturales del Estado son sus límites internos. Todos los que hablan un mismo idioma..... hállanse unidos entre sí desde el principio por un cúmulo de lazos invisibles, porque pueden comprenderse unos á otros y se comprenderán cada vez con mayor claridad formando, naturalmente, un todo homogéneo. Siendo así, le es imposible al Estado aceptar de ningún otro pueblo noción alguna de abo- lengo y de idioma diferente, sin perjudicarse á sí mismo y á su propia formación. De esos límites internos, constituídos por las propias fuerzas de la naturaleza espiritual humana, se origi-

nan luego los límites ó fronteras materiales, de modo que los hombres no forman una nación porque vivan en este ó el otro lado de una cadena de montañas ó de un río, sino que viven juntos—protegidos, si la suerte les ha favorecido hasta tal punto, por montes y ríos—porque primitivamente, y en virtud de leyes naturales de orden superior, formaban ya un pueblo.

Así la nación alemana, gracias á poseer un idioma y una manera de pensar comunes, hallábase suficientemente unida y se distinguía con claridad de los demás pueblos en la vieja Europa, constituyendo el muro de separación entre razas heterogéneas, bastante numerosa y esforzada para poder defender sus fronteras contra los ataques del extranjero y, bastándose á sí misma, inclinada naturalmente á no preocuparse de las naciones vecinas ni á mezclarse en los asuntos de éstas, y todavía menos á turbarlas ó convertirlas en enemigas suyas. Sus felices destinos en el transcurso de los siglos la excluyen de toda participación directa en el pillaje realizado por otros pueblos, que es precisamente lo que, en primer término, ha orientado el desarrollo de la Historia moderna, los destinos de las naciones y la mayoría de sus ideas y anhelos. Después de esto, la Europa cristiana, que no perdió su unidad al través de una serie de transformaciones sociales, aunque le faltó la plena conciencia de ello, dividióse en gran número de nacionalidades, y Alemania se convirtió en una presa á todos ofrecida y de todos ambicionada con igual ardor, porque cada cual podía servirse de ella del mismo modo; y esa mutua envidia de unas naciones respecto de otras, las arrastró á vivas hostilidades y apetitos belicosos. Fue también ventajoso por de pronto á esos pueblos el unirse, mediante conquistas ó alianzas, á otros pueblos de origen ó lenguas diferentes. El pueblo que permanece fiel á su propia naturaleza, puede, sin duda, caso de que sus fronteras lleguen á ser demasiado estrechas, desear agrandarlas mediante la conquista del país vecino, para contar así con mayor espacio, y, para lograrlo,

arrojará de él á los primitivos habitantes; puede querer cambiar un clima triste, duro y estéril, por otro más dulce y más favorecido, y en este caso también arrojará á los antiguos pobladores; puede, incluso, si degenera, acometer simples empresas de pillaje, sin el intento de apropiarse la población ni el suelo, que abandonará una vez dueño de las riquezas; puede, en fin, transportar á los habitantes de ese país para utilizarlos como esclavos y repartírselos; pero nunca tendrá el menor interés en absorber una nacionalidad extranjera tal como se halla constituída, y jamás se le ocurrirá la idea de hacer semejante cosa. Si, por ventura, hallase en la persona de un pueblo vecino un rival bastante fuerte—ó aun muy fuerte—entonces variaría el caso; ya que el pueblo vencido podría unir sus energías á las nuestras contra el enemigo y ser una fuerza más para el Estado. Más prudente hubiese sido, sin duda, desear la paz y el reposo, pero la ambición no podía hallar límites ni reflexionar que las cosas superfluas no sirven para nadie; la presa á todos ofrecida tentaba á todos, y, por otra parte, esa ambición no podía imponerse sus propios límites, porque quien limita sus deseos es fatalmente aniquilado por los que toman para sí todo lo que pueden. Cada cual quiere arrebatarse al vecino lo que éste posee, si cabe hacerlo..... Sólo reposan los que no se sienten bastante fuertes para luchar, y en cuanto se conceptúan fuertes, es seguro que emprenderán la lucha. Para conservar la paz es, pues, necesario que nadie pueda turbarla en ningún momento, viendo del otro lado una fuerza igual á la suya, capaz de resistir con la misma energía; y este equilibrio de fuerzas aseguraría á cada pueblo el mantenimiento de sus actuales fronteras y la paz general. Pero ese sistema supone la afirmación del poder que se ofrece como presa á la ambición de las naciones, que tienen todas igual derecho á su posesión, y en ello estriba el verdadero medio de conservar la paz, á condición de que exista el elemento necesario para tal equilibrio.....

Pero ¿es acaso irrealizable esta aspiración? ¿No tenemos

acaso, en el seno de la misma Europa, la poderosa nación alemana que nunca realizó conquistas, que no las desea y que es casi incapaz de mostrar la más ligera pretensión de este género? Si hubiese sabido conservarse en el estado de potencia autónoma fuertemente unida, los demás pueblos europeos hubieran podido desear destrozarse mutuamente en todos los mares, en todas las islas del mundo, pero en la misma Europa, la firme muralla del pueblo alemán les hubiera impedido atacarse unos á otros; nadie hubiese violado aquí la paz, y los alemanes hubiesen conservado su bienestar y su reposo, al propio tiempo que aseguraban los de los restantes pueblos europeos.

Pero al extranjero egoísta, atento únicamente al interés del momento, no podía satisfacerle semejante estado de cosas, y le pareció que la bravura alemana merecía ser utilizada en sus guerras para arrancar el botín á los adversarios; para ello necesitaba, sin embargo, un motivo, y sus artificios engañaron fácilmente la buena fe alemana. Las profundas divisiones que las rivalidades religiosas habían creado en el carácter alemán, sirvieron por de pronto al extranjero para destruir la unidad de la Europa cristiana y disgregarla en una multitud de Estados pequeños.....; y aunque todos los procedentes de una misma nación no tenían otro enemigo que el propio extranjero, ni otro interés que una alianza común contra los embustes y añagazas de ese mismo enemigo, éste supo colocarlos frente á frente como enemigos naturales contra los que cada cual debía estar en guardia, y supo igualmente hacerse pasar por aliado natural de ellos, destinado á protegerlos contra los ataques de sus compatriotas; y con ese aliado era preciso vencer ó morir, contribuyendo con todas las fuerzas disponibles á sus empresas. He ahí los artificios que se impusieron á los alemanes, llevándolos á mezclarse en todas las tradicionales contiendas del mundo antiguo y el moderno; y desde entonces, toda guerra nacida de estas causas hubo de empeñarse en tierra alemana y con sangre alemana, alcanzan-

do el menor choque contra ese famoso equilibrio, á la única nación realmente extraña á los orígenes de semejantes discor- dias, con lo cual los Estados alemanes, así divididos contra- riamente á todas las leyes de la nacionalidad y de la razón, viéronse obligados á mantener el equilibrio en la balanza de Europa, cuyas empresas seguían á ciegas y sin voluntad pro- pia. . . . .

Ved aquí los orígenes y la significación, así como las con- secuencias para Alemania y para el mundo entero, de ese fa- moso sistema de equilibrio entre las potencias europeas. Si la Europa cristiana hubiese continuado siendo una, como debía ser y como lo fue en sus orígenes, jamás hubiera habido oca- sión de realizar tales proyectos; la unidad reposa en sí mis- ma y no se divide nunca en fuerzas heterogéneas cuyo equi- librio sea preciso mantener; cosa es esta sólo necesaria para la injustamente dividida Europa, de la cual no formaba parte Alemania. Si á lo menos hubiese permanecido unida en medio de naciones sueltas, como el sol en medio de los planetas, hu- biera podido conservar su reposo y asegurar á todos un equi- librio perfecto sin la ayuda de artificio alguno. Pero el extran- jero logró, engañándola, mezclarla á sus ajenas querellas, ha- llando ventaja en mantenerla en sus ilusiones. El fin que así perseguía hubo de cumplirse, y ante los ojos tenemos el resul- tado. Mas si no podemos destruir lo hecho, ¿por qué no cegar su fuente en lo íntimo de nuestra razón, único bien que nos resta? ¿A qué conduce conservar ante nuestros ojos el ensueño antiguo, ya que la desgracia nos ha despertado? ¿Por qué no mirar ahora cara á cara la verdad y el único medio de obtener nuestra salvación? Nuestros sucesores podrán quizá realizar lo que nosotros entrevemos; ahora sufrimos las consecuencias de las ilusiones de nuestros padres. Comprendamos, al fin, que el extranjero puede dejarse llevar por el ensueño de un equilibrio artificioso, pero que semejante idea no puede hallar raíces en un carácter alemán, y nunca debería habersele dado entrada; veamos claramente su inconsistencia, y sepamos reconocer que

la felicidad universal debe asegurarse, no por tal medio, sino merced á la unidad de los alemanes.

Igualmente son extraños los alemanes á la libertad de los mares, tan ensalzada en nuestros días, ya se trate de esta libertad en sí misma, ya tan sólo de la posibilidad de derivar de ella todas las demás. Durante siglos, cansado de la fiebre comercial que se apoderó de todas las naciones, el alemán no mostró nunca gran deseo de tomar en ella una parte activa, ni lo hará así jamás. No le hace falta. Su propio suelo, suficientemente rico, le asegura la posesión de todas aquellas cosas que necesita para vivir el hombre civilizado, y no gusta de trabajar en cosa distinta; y en cuanto á esas ventajas especiales que el comercio internacional asegura—la extensión de la ciencia geográfica y del conocimiento del mundo—ya sabrá participar de ellas, merced á las cualidades de su espíritu. ¡Oh, si su buena estrella pudiese preservar al alemán de toda participación directa en los bienes de los demás pueblos, como en otro tiempo fue preservado de toda indirecta participación! ¡Ojalá que una credulidad vergonzosa y el deseo de vivir de manera distinguida no nos hagan necesarias las cosas superfluas que fabrican los demás pueblos! ¡Ojalá hubiésemos preferido otorgar condiciones más beneficiosas á un conciudadano poco favorecido por la fortuna, en vez de buscar la ganancia al otro lado de los mares, utilizando el sudor y la sangre de un infeliz esclavo! Á lo menos, no parecería que tenemos merecido nuestro estado actual... Hace unos diez años, cuando nadie podía sospechar lo que iba á ocurrir, se aconsejó á los alemanes que se hiciesen independientes del comercio internacional, convirtiéndose, por sí propios, en una potencia comercial. Este proyecto chocaba con nuestras costumbres y particularmente con ese diabólico amor al oro amonedado, y fue combatido y abandonado al fin (1). Más tarde, una potencia extranjera nos

---

(1) Alude al libro de FICHTE, *El estado comercial cerrado*, que se publicó en 1800.



ha obligado á prescindir de eso y de otras muchas cosas. ¡Ojalá que esta circunstancia nos haga más discretos en punto á otros deseos! ¡Ojalá, en fin, comprendamos que todos los sistemas que se basan en el comercio internacional convienen sólo á los extranjeros y forman parte de los medios que usan para combatirnos; que ninguna utilidad encierran para nosotros, y que la independencia interior y el comercio nacional, dentro de la unidad, son los dos medios capaces de fundar nuestra felicidad y, con ella, la de toda Europa.

¡Véase al fin en toda su fealdad y en todo su absurdo ese fantasma de la Monarquía universal expuesto á la admiración pública, ahora que la idea de un equilibrio político general se hace de cada vez más improbable! El espíritu puede afirmar que los caracteres esenciales de la especie humana se realizan en los individuos mediante modalidades cada vez más variadas y progresivas, en los pueblos por una unidad completa y definitiva. Pero cada pueblo obra conforme á su personalidad, y cada sujeto conforme á su modalidad nacional, ante todo, luego según su propia individualidad. De este modo la manifestación divina se muestra tal como debe ser, y sólo el hombre sin idea de la legalidad y del orden divino, ó el enemigo jurado de una y otro, puede atreverse á sustituirlo. Únicamente esos caracteres personales, invisibles, que unen la nación á la fuente misma de la vida primitiva, garantizarán su dignidad presente y futura, sus virtudes y cualidades; y si esa personalidad desapareciese por cualquier mezcla extraña, se efectuaría entonces la separación de la naturaleza espiritual y la corrupción sobrevendría al punto. Algunos escritores, para consolarnos de todos nuestros males, dicen que nos convertiremos en factores de esa nueva Monarquía universal. Mas, ¿podremos creer que haya alguien capaz de reunir en una sola familia todas las distintas razas extrañas unas á otras, ni acaso es posible que en nuestro tiempo se cumpla semejante ultraje á la especie humana? Pero supongamos que queremos prestar fe á esa cosa increíble. ¿Quién sería capaz de realizar

este plan, ni qué pueblo podrá, en medio de la actual civilización europea, conquistar el mundo para la nueva Monarquía universal? Siglos hace que los pueblos de Europa han dejado de ser salvajes, y de devastar por puro gusto de la devastación. Todos buscan, tras de la guerra, una paz definitiva; tras el esfuerzo, el reposo; tras el desorden, un orden completo; y todos quieren ver coronada su carrera por la calma de una vida doméstica tranquila. Durante algún tiempo, ciertas ventajas nacionales pueden hacerles aceptar la guerra con entusiasmo; pero si ven renacer constantemente las mismas exigencias, acaban por olvidar las ventajas conquistables y la fuerza febril que los animaba; la pasión por la paz vuelve á apoderarse de ellos..... Hoy día, sería preciso que el conquistador destruyera previamente tales sentimientos, y convirtiese de nuevo en salvajes á los pueblos que están civilizados. Todavía hay más. El hombre habituado desde su juventud á ver países civilizados, en los que reinan por todas partes el buen orden y el bienestar, contempla siempre esas cosas con placer y se afligiría de perderlas..... Sería preciso, pues, llegar á contrapesar esa tendencia casi innata en el corazón del hombre civilizado, y destruir ese sentimiento de tristeza que nace en presencia de los males que la guerra produce en los países conquistados. Esto, únicamente puede conseguirlo la pasión de amontonar tesoros en el saqueo de los pueblos florecientes, pues entonces sólo se piensa en reunir el mayor número de riquezas posible en provecho propio y al través de los males comunes, con lo cual desaparece todo sentimiento de compasión y de piedad. El conquistador universal de nuestro tiempo debería, pues, acostumbrar á los suyos á devastar con bárbara crudeza el país enemigo; y debería, en vez de castigar las vejaciones que causaran, excitarlas más y más. Entonces se convertiría el pillaje en prueba de un espíritu hábil y se contaría en el número de las acciones brillantes que abren la puerta á los mayores honores. ¿Hay acaso en la moderna Europa una nación tan olvidada de su propio honor que pueda hacer

semejante cosa? Aun suponiendo que lograrse éxito un conquistador semejante, no le sería dado realizar su fin personal. Un pueblo de tal carácter no vería en los hombres y en los territorios conquistados más que un medio de adquirir riquezas prontamente, para seguir adelante y adquirir otras nuevas; derribará el árbol cuyos frutos apetece, realizará todas las vejaciones posibles, y arrojará al azar, lejos de sí, el fruto violentado; el conquistador, puesto al frente de tales soldados, vanamente recurrirá á todos los artificios imaginables para tentar, persuadir, ó engañar á los hombres; sus ejércitos podrán deslumbrar á distancia, pero de cerca su audacia de bestia salvaje, su desvergonzada pasión por el botín, se mostrarán á los ojos de los más ciegos, y bien pronto surgirá contra ellos el desprecio de todo el género humano. Con semejantes tropas es posible devastar la tierra entera y convertirla en un caos, pero jamás se podrá fundar la Monarquía universal.

Tales pensamientos, y todos sus análogos, dan muestra de una inteligencia que juega consigo misma, y á cada paso queda prisionera en sus propias redes. Algunos de ellos, verbi gracia, el del equilibrio político, pueden ayudar á sostenerse en medio del oleaje de los acontecimientos; pero creer en la natural posibilidad de todo eso y acometer su realización, equivale á trazar sobre la tierra con un lápiz, los polos, el meridiano ó la línea de los trópicos. Si nuestro pueblo pudiese adquirir la costumbre de reflexionar, no en broma, sino buscando las consecuencias y las deducciones lógicas, sería inútil prevenirle de este modo contra las imágenes falsas de una política de origen extranjero, hecha para sorprender nuestra simpatía.

Esa cualidad fundamental que consiste en pensar seriamente y con fundamento, entrará bien pronto en nuestra propia vida, si llegamos á poseerla. Somos los vencidos; de nosotros dependerá, en adelante, merecer el desprecio y perder, tras tantas otras desgracias, hasta el honor. La lucha con las

armas ha terminado; pero ahora comienza el combate de los principios, de las costumbres, de los caracteres.

Ofrezcamos á nuestros huéspedes el espectáculo de una amistad fiel á la patria y á los aliados, de una honradez intachable, del amor al deber, el cuadro, en fin, de todas las virtudes civiles y domésticas, y ese será el amistoso presente que les demos para que lo lleven consigo á su vuelta. Guardémosnos bien de atraernos su desprecio, lo cual ocurriría si les temiésemos más de lo justo, si abandonásemos nuestra propia manera de vivir esforzándonos por parecernos más á ellos, adoptando sus costumbres. Arrojemos fuera de nosotros la maligna idea de provocar una guerra ó disputas fratricidas; lo más conveniente será continuar nuestro camino como si estuviésemos solos con nosotros mismos, no tolerando más relaciones que las obligadas; y el medio para llegar á este fin, consistirá en que cada cual se satisfaga con sus relaciones familiares, soportando el peso de las desdichas comunes sin ajeno auxilio y mirando como una vergüenza todo favor procedente del extranjero. Desgraciadamente, la costumbre general en Europa, y aun en Alemania, consiste en preferir rebajarse á parecer, como vulgarmente se dice, *imponente*, y tal vez sea preciso buscar en este principio la razón de todo ese sistema de bien vivir tal como hoy día lo acepta todo el mundo. ¡Ojalá vayamos los alemanes contra semejante sistema, antes que chocar con principios bastante más elevados! ¡Ojalá, podamos, á pesar de todo, permanecer tal como somos naturalmente, y, si cabe, todavía más firmes, más resueltos, para llegar á lo que debemos ser! Exhórtasenos á ser más activos, menos serios, menos severos en nuestras empresas: ¡procedamos de tal modo que cada día seamos más merecedores de tales reproches! Obremos así persuadiéndonos de que nunca, á pesar de todos los esfuerzos imaginables, lograríamos ser completamente tales como ellos desean, á menos de renunciar á nuestras costumbres nacionales, lo cual equivaldría á perder nuestra personalidad propia. Pero existen pueblos incapaces, en virtud de la limitación de

su *yo*, de contemplar fría y tranquilamente las condiciones de existencia de las naciones vecinas..... Véanse los tales obligados á creer que sólo hay un método para llegar á ser un pueblo civilizado, que de ese método el azar les ha hecho únicos poseedores, y que todos los demás habitantes del mundo no tienen más destino que formarse á semejanza de ellos, agradeciéndoles, además, la molestias que se toman para educarles de ese modo.

Entre los pueblos de la primera clase existen recíprocas influencias de ideas referentes á la cultura; humana mutua penetración en que cada cual queda siempre idéntico á sí mismo, gracias al desinterés del vecino. Los de la segunda clase nada pueden fundar, pues son incapaces de comprender las cosas en sus relaciones verdaderas, queriendo tan sólo destruir todas las relaciones que actualmente existen y crear, fuera de ellos, un vacío en que les sea posible reflejar indefinidamente su imagen; su iniciación en las costumbres extranjeras no es más que una prueba de condescendencia y amistad hacia un sujeto futuro, todavía débil, pero que promete; aun las mismas formas de la antigüedad, de la hermosa antigüedad, no serían capaces de satisfacerles á no venir disfrazadas á su manera, y si les fuera posible, hasta resucitarían á los muertos para educarlos á su modo. Lejos de mí la audacia de acusar de semejante exclusivismo á ninguna nación determinada, toda ella y sin excepción alguna. Digamos solamente que no son los mejores los que se exteriorizan. Pero si quisiéramos citar á los que de entre nosotros se han pasado así al extranjero, habría que buscarlos en las clases cultas. Esta manifestación tiene sus causas... de las que sólo quiero mencionar la siguiente: hemos hecho la guerra y somos los vencidos; los otros son los vencedores. Sin duda, podrán quedar contentos con semejante confesión. Algunos de entre nosotros pueden todavía creer que el derecho está de nuestra parte, que merecemos la victoria y somos dignos de lástima; mala cosa sería que no fuese así. Pero los que desde su punto de vista especial lo ven todo á su

gusto, ¿pueden acaso irritarse contra nosotros? Mas no queremos alimentar tales pensamientos. Confesamos, sí, que sería malo querer pensar de otro modo que ellos y resistirles; antes al contrario, debemos considerar nuestra caída como lo mejor que podría ocurrir, y bendecirla de acuerdo con nuestros libertadores. No puede ser de otro modo, y así se espera de nuestro buen sentido. Y al hablar así, ¿acaso no me expreso de igual modo que, por ejemplo, se expresaba Tácito en su historia hace dos mil años? Los romanos, en sus relaciones con los bárbaros á quienes combatían, pensaban—y tales pensamientos fundábanse en pretensiones plausibles—que toda resistencia á sus armas era una rebelión criminal, un ataque á las leyes divinas y humanas, que sus armas no podían llevar á los pueblos vencidos sino la ventura, y que el yugo que les imponían era cosa honrosísima; de igual manera se piensa hoy día respecto de nosotros. Me resisto á ver en esto una muestra de espíritu mofador y arrogante; quiero más bien suponer que sea posible pensar de este modo poseyendo un espíritu demasiado exclusivo y personal, y hasta cabría ver cierta confianza en el vencido, semejante á la que, v. gr., veían los mismos romanos; pero me inclino á reservar mis reflexiones sobre este punto, y deseo saber si aquellos de entre nosotros que son incapaces de plegarse á tal creencia harán lo propio.

El extranjero nos despreciaría altamente si nos quejásemos ante él de nuestros compatriotas, acusándolos, á ellos y á nuestros gobernantes, de las desgracias sobrevenidas. Ante todo, hay que desaprobado semejantes acusaciones por injustas é infundadas. Más arriba hemos indicado las causas originales de las desdichas que pesan sobre Alemania; tales causas existen hacen siglos, y en todas las razas alemanas sin excepción, y los últimos acontecimientos no son más que las consecuencias de la falta particular cometida por una rama aislada ó por sus gobernantes; estaban preparadas desde hacía larga fecha, y como tienen su fuente única en nuestra naturaleza íntima, lo mismo que han ocurrido ahora podían haber sobrevenido

tiempo ha. Aquí, todos tienen igual culpa é iguales excusas, siendo imposible hacer la cuenta exacta. El rápido examen de las últimas consecuencias ha demostrado que muchos de los Estados alemanes no conocían suficientemente sus propias fuerzas y su verdadera situación; y, considerando esto, ¿habrá nadie que se atreva á formular un juicio seguro apoyándose en bases firmes?

Quizá entre todas las razas alemanas hay una que merece particularmente censura, no por haber visto mejor y por haber preparado las desgracias cuya responsabilidad á todos incumbe, sino por haber querido aparentar que las veía antes que nadie y que contribuía á ellas mayormente, tras haber despojado á los demás Estados de la gestión de sus negocios. Caso de ser fundada semejante acusación, ¿quién osaría formularla ni á qué conduciría publicarla en alta voz con tanto aplomo? Vemos, sin embargo, que algunos escritores lo hacen así. Pero cuando esta clase social era dueña de todo su poder y de toda su fuerza, cuando gozaba de ambos con la aquiescencia plena de la mayor parte del género humano, ¿hablaban acaso de ese modo sus miembros, ni por ventura han confirmado los hechos sus discursos de entonces? Creemos que intentan llevar á la barra á ciertas personas que entonces se hallaban al frente de los negocios públicos, reprochándoles su incapacidad, su cobardía, y proclamando que, con semejantes directores, era forzoso que ocurrieran los actuales sucesos. Pero cuando los acusados ocupaban el poder y les era posible impedir los malos efectos de su gobierno, ¿vieron acaso esos mismos escritores lo que ahora ven y dicen? ¿Proclamaron acaso con el mismo ardor que ahora su culpabilidad, ni omitieron medio alguno para arrancar á la patria de las manos de esos traidores, consistiendo su único error en no haber sido suficientemente escuchados? Caso afirmativo, hacen bien en recordar sus advertencias, despreciadas entonces. Pero si su sabiduría data solamente de los últimos sucesos, al igual que el pueblo mismo, ¿á qué decir ahora lo que todo el mundo sabe? Aun en esa época, quizá

desempeñaron el papel de aduladores con la esperanza de ganar en ello; el miedo les hizo callarse ante los poderosos á quienes ahora, por estar caídos, tratan de manera tan baja. ¡No olviden poner en la lista de las causas de nuestras desdichas, y al lado de las faltas de la nobleza, de los Ministros y de los Generales incapaces, á los escritores políticos que adivinan lo futuro después que ha ocurrido, ni más ni menos que el pueblo, á los escritores que adulan á los poderosos y arrastran á los caídos por el fango!

Pero al acusar los errores pasados, ¿quizá esas gentes quieren tan sólo lograr que se eviten en lo porvenir, y limitan su papel á pretender crear mejores relaciones entre los hombres, ocupándose apenas de las reglas de lo conveniente y discreto? Fácilmente les concederíamos esa buena intención si apareciese comprobada en sus actos. Nuestros males presentes no han sido producidos tan sólo por las pocas personas colocadas al frente de los negocios, sino por las miras y los errores del todo: el total espíritu de la época, las equivocaciones, la ignorancia, la debilidad, la timidez, las generales costumbres del tiempo, todo ha sido igualmente causa; los Gobiernos han sido quizá menos culpables que las mismas ciudades, y todo ciudadano, aun de los que más violentamente acusan ahora, debería reconocer que, probablemente, su conducta hubiera sido igual á la de aquellos en las mismas circunstancias. ¡Dejémosnos de soñar con tantas traiciones y con maldades tan excesivas! Bastan para explicar los sucesos ocurridos la falta de razón y de valor, faltas de las que nadie puede librarse completamente sin un severo examen, pues cuando una colectividad posee en alto grado la fuerza y el poder, cada uno de sus miembros es igualmente fuerte. Añadamos que el atribuir á cada ciudadano su parte de responsabilidad individual, no bastaría para que en lo porvenir se evitase toda falta. Cuando se conoce bien el pecado cometido, es posible evitarlo; pero si cada cual no se corrige á sí mismo, la esfera infinita de la pecabilidad trae pronto otras nuevas. Sólo mediante una completa trans-



formación podemos esperar salvarnos. Si los escritores nos quieren ayudar en esta tarea, les agradeceremos su buena voluntad y proclamaremos que poseen una razón justa y amante del bien.

Las acusaciones recíprocas son en gran manera imprudentes, injustas é inútiles, y nos envilecen á los ojos de los extranjeros, ilustrándolos en punto á nuestra situación y nuestro valor moral, que, de otro modo, nunca creerían ser tan escaso. Si de tal manera nos mostramos tan faltos de experiencia en la vida práctica, creerán que no sabemos cómo agradecer los beneficios de su dominación..... Se ha llegado á afirmar que el extranjero nos ha traído sus riquezas y una patria, haciendo desaparecer la esclavitud personal, que se había hecho lícita entre nosotros. ¿Trátase acaso de burlarse de nosotros, ó más bien no habrá en esto más que resabios de nuestras antiguas lisonjas? Ninguna nación europea ha procedido como procedemos los alemanes, acusando, desde los comienzos de la dominación extranjera, á los antiguos gobernantes, nuestros compatriotas, y alabando con exceso á los recién llegados, nuestros dueños y vencedores.

¿Cómo apartar esa falta de nosotros, los que somos inocentes de ella, dejándola sólo á los culpables? Hay un medio. No volver á imprimir esos deshonrosos escritos y quitar á los autores y editores todo ese público, á quien atraían la ociosidad, la curiosidad vana, el deseo de murmurar, el maligno gozo, en fin, de ver derrumbarse el poder dominador de otros tiempos. Rechacemos, pues, con desprecio y disgusto esos escritos llenos de ultrajes que nos ofrecen, y obremos así aunque nos creamos solos, hasta tanto que realmente se haya formado entre nosotros tal costumbre; con lo cual, bien pronto habremos logrado arrojar de nuestra literatura todas esas vergonzosas producciones.

Por último, nos atraemos el desprecio más profundo del extranjero cuando nos empeñamos en prodigar lisonjas á los poderosos de hoy día. Muchos de entre nosotros se hicieron pro-

fundamente indignos en otro tiempo no respetando las voces de la razón, ni el gusto, ni las buenas costumbres ó las conveniencias, cuando creían poder aplicar una lisonja. Hoy día esta costumbre ha pasado de moda, y las palabras lisonjeras se han convertido en frases acusadoras. El humo de nuestro incienso lo hemos dirigido hacia otro lado, donde se halla el poder actual. Ya, la primera vez, esa necesidad irresistible de adular debió entristecer el carácter naturalmente serio de los alemanes; pero menos mal que todo quedaba entre nosotros. ¿Queremos acaso, ahora, hacer testigo al extranjero de nuestra mala pasión, y sobre todo de la triste vulgaridad con que le damos rienda suelta? Hacerlo así equivaldría á complicar nuestra bajeza de carácter con una gran medianía de espíritu, porque jamás sabemos poner en esas lisonjas la finura que los extranjeros poseen, hallándonos inclinados siempre á exagerarlo todo y á deificar á nuestros héroes para que nadie nos exceda en la alabanza. Aparte de lo que, nuestras lisonjas parecen siempre inspiradas por el miedo ó el terror, y nadie es más ridículo que el que por miedo alaba ó lisonjea la belleza y las gracias de lo que en su fuero interno tiene por horroroso.

Mas, por ventura, lejos de estar inspiradas nuestras lisonjas por una adulación baja, ¿procederán tan sólo del respeto y de la admiración que hemos puesto en el gran genio que dirige la marcha de la humanidad? Si así fuera, ¡cuán poco demostraríamos conocer la señal de la verdadera grandeza! El grande hombre no puede gustar de las estatuas ni de los homenajes de sus contemporáneos, sino que más bien rechaza con desprecio tales adulaciones, esperando el juicio de su persona, de su propia conciencia y de la posteridad. Honra y teme continuamente el destino futuro en su marcha misteriosa y fatal, y nunca se estimará realmente grande hasta haber llegado al fin. Si los hombres tuviesen, pues, una idea verdaderamente grande del objeto de su admiración anticipada, se contentarían con declarar modestamente que es superior á sus alabanzas, y lo honrarían mucho mejor con su silencio respetuoso. Cre-

yéndose obligados á adular sin medida, muestran que lo creen bastante pequeño y vanidoso para gustar de sus lisonjas, que consideran capaces de moverlo á otorgarles una recompensa ó apartar de sus frentes un peligro.

¿Qué significan, pues, miradas atentamente, esas exclamaciones entusiastas de: ¡qué gran genio! ¡qué profunda sabiduría! ¡qué proyectos tan amplios? (1). Significan en realidad que ese genio es tan grande, que podemos comprenderlo plenamente; esa sabiduría tan profunda, que alcanzamos á ver toda su extensión; esos proyectos tan vastos, que podemos abarcarlos hasta en sus menores detalles. Y significan, además, que el hombre así adulado no excede en rigor de la talla del que lo adula, puesto que éste, ya que es capaz de comprenderlo plenamente, podría hacer todavía más si á ello se consagrara por entero. Preciso es tener una gran opinión de sí propio para creer que así se hace la rueda á los poderosos; pero estos se estimarían bien poco si aceptasen con gusto tales lisonjas.

No; ¡vosotros los alemanes, compatriotas, hombres leales, serios, experimentados, arrojad lejos de vuestro espíritu tales insensateces!... Dejemos á los extranjeros el cuidado de crear así, cada diez años, una nueva forma de lo grande y nuevos héroes; es blasfemar de los dioses alabar de este modo á los hombres. Nosotros continuaremos juzgando la verdadera grandeza como en otros tiempos: para nosotros sólo será grande quien produzca ideas capaces de salvar á los pueblos, y no olvidemos que por encima de los juicios de los contemporáneos debe siempre prevalecer el severo juicio de la posteridad.

\*  
\* \*

---

(1) No hay para qué decir que Fichte alude en todo esto á Napoleón.

## CONCLUSIONES GENERALES

Los discursos que he pronunciado ante vosotros solos, dirigiéndose, en realidad, á toda la nación alemana, aludiendo por encima de esta reducida población á todos los que pueden comprender nuestro idioma..... Quizá he logrado encender en alguno de los corazones que han latido en este sitio, una chispa capaz de inflamar su vida entera; pero no se reduce á eso mi propósito, sino que deseo que ese caso no sea aislado, dando origen en toda la extensión de nuestro territorio á entusiasmos idénticos, encendiéndose por do quiera la llama del más generoso patriotismo. No persiguen estos discursos el fin de divertir al ocioso y presentarle cuadros que halaguen sus ojos; quiero, por el contrario, y todo el que como yo piense querrá lo mismo, saber si fuera de nuestro círculo hay quienes participen de nuestras ideas. Muchos alemanes creen aún que son miembros de una sola y misma nación, formándose á propósito de ella ideas grandes y hermosos y atreviéndose y soportándolo todo por la confianza que en ella tienen; y es preciso decir á esos hombres, con toda claridad, si su creencia es justa ó si no es más que una vanidosa tontería, tras de lo cual podrán ya seguir su ruta con toda seguridad, ó bien les será lícito abandonar toda esperanza en la patria terrenal, consolándose mientras les llega la patria celeste. Vosotros todos, no como simples particulares en la limitación de vuestra vida presente, sino como representantes de la nación entera, escuchad las verdades que mis discursos proclaman.

Hace muchos siglos que no se ha celebrado una reunión parecida ni tan numerosa como la presente, en lo que toca á los intereses generales de la nación alemana. Nunca os han sido dirigidas órdenes semejantes. Si no queréis prestar aten-

ción á ellas, volved á vuestras casas como después de un simple pasatiempo ó de un espectáculo hermoso, y en adelante nadie contará con vosotros para esta obra. Pero si queréis, por el contrario, escuchar hasta el fin mis advertencias y reflexionar acerca de ellas, no salgais de aquí sin haber tomado una resolución firme. Vosotros todos, los que oís mi voz, tomad esa decisión en vosotros y por vosotros mismos, como si cada cual se hallase solo y debiese obrar por sí, porque de esas aspiraciones comunes nacerá una fuerza imponente y dueña de sí misma. Si, por el contrario, cada cual descuida su iniciativa propia para reposar en la del vecino, nadie se moverá y las cosas continuarán como hasta aquí. Tomad, pues, al momento esa decisión. No digais: «dejadnos todavía reposar un poco; dejadnos dormir y soñar algún tiempo, hasta la espontánea realización de un estado mejor.» Jamás se producirá el cambio por sí solo. Quien haya dejado pasar ayer el momento propicio para la reflexión, no volverá á encontrarlo hoy, y mucho menos mañana..... Quien no venza su apatía ante la situación presente, es que ha perdido todo género de sentimientos. Estais reunidos aquí para tomar una resolución definitiva. No se trata en manera alguna de transmitir á otros una orden, una comisión ó tales ó cuales exhortaciones. Cada cual de vosotros deberá tomar una decisión que le sea posible realizar por sí solo en su fuero interno; porque no basta esa voluntad indecisa que apetece ciertas mejoras á condición de que se realicen por sí mismas, sino que es preciso una voluntad firme, capaz de dirigir toda nuestra vida real hasta el cumplimiento del fin supremo.

Pero, ¿acaso toda voluntad de este género no ha desaparecido de vosotros? ¿No es vuestra vida entera como un desierto árido en el que nada crece, un sueño henchido de puros fantasmas? Nuestra época ha oído formular más de una vez juicios semejantes; pero los portaestandartes creyeron siempre que se trataba de una broma, y han respondido á ello bromeando. Y nunca ha sido posible descubrir la menor se-

ñal de mejoramiento..... Armaos, pues, de valor; mostrad á vuestros detractores, conduciéndoos de otra manera, que se engañan. Quizá han hablado mal de vosotros tan sólo para provocar de vuestra parte un solemne mentís, creyendo que no había otro medio de excitar vuestro ardor. ¡Cuánto más no vale su conducta que la de esos hombres que os adulaban para dejaros perpetuamente á merced de la indolente é irreflexiva pereza!

A pesar de vuestra debilidad, nuestra época os ha hecho más fácil que nunca la reflexión. Nuestros desórdenes y nuestra irreflexión se derivaban precisamente de esa dulce satisfacción de nosotros mismos, de esa admiración á nuestra propia conducta. Cuando se nos exhortaba á reflexionar, contestábamos con aire de triunfo que el azar se encargaba por sí solo de dirigir nuestra existencia. Pero todavía no habíamos sido puestos á prueba. Ahora que la prueba ha sobrevenido, ¿no debemos, acaso, rechazar todas las mentiras, todas las imágenes engañosas, todos los vanos consuelos que nos llevaban á nuestra ruina? Aquellos prejuicios naturales que obscurecían nuestra vista como una niebla y nos hundían en las tinieblas mismas, han desaparecido. Ahora estamos como desnudos, sin ningún socorro extraño, reducidos á nuestras propias fuerzas. Es preciso mostrar lo que es nuestro *yo* y lo que no es.

Alguno de vosotros pudiera decirme: ¿Quién te ha escogido á ti entre todos los hombres y escritores alemanes para confiarte la tarea especial, y el derecho de reunirnos y exhortarnos? ¿Acaso no tiene igual derecho cualquier otro de los escritores de Alemania? Responderé á esto que todo escritor tiene, efectivamente, los mismos derechos que yo, y que si yo os he hablado, es porque nadie lo ha hecho antes; que, en otro caso, yo hubiese guardado silencio. Era preciso que alguien diese este primer paso hacia el mejoramiento de la raza. Fui yo el primero en comprenderlo así, y por ello soy el primero y el único en realizarlo, ya que el primero está siempre solo.....

No nos preocupemos más de ese detalle y consideremos,

como ya os lo he dicho antes, cuán feliz suerte cabría á Alemania y al mundo entero si tuviese la dicha de utilizar su situación presente y hacer uso de sus naturales ventajas. Contemplad seriamente la situación actual y moveos á compasión ante ese espectáculo. Entrad en vuestro interior y considerad que sois vosotros los hombres llamados á corregir los errores de siglos pasados, á ver claramente la verdad, á destruir el mal realizado y á borrar de la historia alemana todas las páginas deshonrosas.

Considerad los diversos géneros de conducta que podéis adoptar ahora. Si continuais en vuestra ciega irresolución, tendréis que soportar todos los males de la servidumbre: privaciones, humillaciones, el desprecio y la insolencia de los vencedores; seréis relegados al último lugar, hasta que conquistéis un sitio ínfimo merced al sacrificio de vuestra nacionalidad y de vuestro idioma. Si, por el contrario, os convertís en hombres reflexivos, encontraréis, por de pronto, una perpetuidad (inmortalidad: *Fortdauer*) soportable y honrada, y veréis nacer de vosotros una raza que os asegurará, á vosotros y á vuestro pueblo todo, un lugar señalado en la historia del mundo. Veréis en espíritu cómo esa raza eleva el nombre alemán á un rango glorioso entre todos los pueblos, y á esa misma nación convertida en regeneradora y libertadora del mundo entero.

De nosotros depende el ser los últimos vástagos de esa despreciable raza, á quien despreciarán los pueblos futuros en grado inexplicable; y su historia, si es que acaso la hay en el seno de la barbarie, dirá á las edades venideras que ha hecho bien en cerrar su ciclo y que su destino fue enteramente justo. Del mismo modo depende de nosotros mismos ser los primeros hijos de un nuevo pueblo, del que ha de nacer la felicidad del porvenir. Reflexionad que sois los últimos á quienes será dado realizar tan grande acontecimiento. Habéis oído todavía proclamar la unidad de todos los alemanes, y de ella tenéis una noción clara; habéis oído resonar entre vosotros, aquí y allí, voces entusiasmadas por ese patriótico sentimiento de

orden superior. Los que vengan tras de vosotros, se acostumbrarán á ver un espectáculo muy diferente y aceptarán las costumbres extranjeras; y si esto ocurre, ¿cuánto tiempo será necesario para que no se vea un solo alemán ni se hable siquiera de ellos?

Lo que se os pide es bien poca cosa. Debéis recogeros, velar sobre vosotros mismos durante algunos años y reflexionar acerca de vuestra presente situación. Debéis formaros á ese propósito una opinión firme, permaneciendo luego fieles á ella y divulgándola entre los que viven próximos á vosotros. Supongo, y estoy persuadido de ello, que el resultado de esas reflexiones será igual en todos vosotros si cultivais vuestro espíritu en vez de abandonaros á la irreflexión. Entonces se producirá por sí misma la unidad y no tardarán en sobrevenir los demás acontecimientos.

Pero es necesario que cada uno de vosotros, todos aquellos á quienes sea esto posible, se formen una idea clara de los sucesos actuales. Disponéis de tiempo para ello; no os cogerán las cosas de improviso; los asuntos de las conferencias pasadas están presentes á vuestra vista y no debéis abandonarlos sin haberos antes familiarizado bien con ellos. Guardaos de confiar este cuidado á manos ajenas... No os abandonéis á esa sabiduría irreflexiva de nuestra época que pretende que todo se verifica espontáneamente, sin la menor intervención humana y á impulsos de una fuerza desconocida. Estos discursos han sido escritos precisamente para demostraros que no hallaréis ayuda alguna fuera de vuestras propias fuerzas, y preciso es repetíroslo hasta el último momento. Una fuerza desconocida puede producir la lluvia, el rocío, los años estériles ó fructíferos; pero la vida humana, propiamente dicha, y las relaciones que median entre los hombres, hállanse reguladas por el hombre mismo, á menos que todos, ciegamente, caigan en poder de lo desconocido... Sin duda, pueden sobrevenir ciertas calamidades procedentes de esa fuerza desconocida, y en parte de la razón y de la voluntad de aquéllos cuyos súbditos somos.



Pero si alguna vez os alcanza la felicidad, tened por seguro que vendrá por vosotros y de vosotros mismos.....

He ahí trazada vuestra línea de conducta; mis discursos os conjuran á seguirla sin tardanza.

Os conjuran, ante todo, á vosotros, jóvenes. Hace ya tiempo que no pertenezco á vuestra edad; pero creo, y así lo he dicho á menudo en estos discursos, que vosotros sois los que más fácilmente podéis comprender los pensamientos elevados y os podéis entusiasmar con los proyectos nobles y buenos, porque vuestra edad está más próxima que otras de los años de inocencia y naturalidad. Los hombres maduros miran de muy diferente manera ese arranque natural en vosotros. Os echan en cara una excesiva inclinación al honor y á la novedad, y acogen con risas esa falta vuestra. Dicen que procede de vuestra escasa experiencia del mundo, es decir, de la corrupción, que es todo lo que ellos ven en el mundo. En vez de hallar en tales gentes los auxiliares devotos que esperais hallar, encontraréis una terca é inesperada resistencia; armaos de valor contra ella. Si se extinguiera vuestro entusiasmo; si os durmieseis en ese egoísmo universal, en ese espíritu de cobardía y de desprecio del trabajo; si os dejaseis llevar del placer de vivir, como hace todo el mundo, entonces perderiais ese deseo de ser mejores que los demás. La hermosa esperanza que en vosotros tenemos no es infundada; también la hallaron aquellos hombres en el fondo de su propia personalidad. Deberían acordarse de que en los días de su juventud soñaron, como ahora soñais vosotros, un mejoramiento universal; sino que con los años se han ido conformando y calmando, convirtiéndose en tales como vosotros los véis. Ciertamente, mi experiencia me ha hecho ver ya jóvenes de grandes esperanzas que luego han adoptado las ideas de esos viejos prudentes. No hagais como ellos; porque si lo hicieseis, ¿cómo os sería posible crear luego una raza mejor? Las fuerzas de la juventud os abandonarían, y la llama de vuestro entusiasmo cesaría de alumbrar. Atizad, por el contrario, ese sagrado fuego;

poetizad con él vuestro pensamiento, y adquiriréis así la más hermosa cualidad de los hombres: el carácter. En ese pensamiento claro y preciso hallaréis la fuente de vuestra eterna juventud; y cuando vuestro cuerpo envejezca y vuestras piernas se doblen, todavía reverdecerá vuestro espíritu en perpetua frescura y vuestro carácter permanecerá firme, sin ninguna vacilación. Si llegais á ver con evidencia una sola de las ideas que se ofrecen á vuestra meditación, no tardaréis en asimilárosla con igual claridad.

También conjuran estos discursos á los hombres de edad madura. Acabais de oír lo que se piensa de vosotros, lo que de vosotros se dice en presencia vuestra; y el orador pretende que, aparte algunas excepciones tanto más dignas de estima cuanto más raras son, la mayoría de vosotros es como aquí se dice. Recorred la historia de estos últimos veinte ó treinta años; todo está conforme en mostrar que todos vosotros, hombres de ciencia ó de acción, os habéis dejado guiar por el egoísmo más duro y la incapacidad más completa, con muy escasas excepciones. Todos los contemporáneos han podido verlo así; el que deseaba un mejoramiento, necesitaba combatir, no solamente sus propias vacilaciones y las de aquellos que le rodeaban, sino también, y en mayor grado todavía, vuestras resistencias mismas. Estábais persuadidos de que nada podría cambiarse sin vuestro consentimiento y vuestra ayuda; mirábais toda manifestación del pensamiento ajeno como un ultraje hecho á vuestra razón, y debíais emplear toda clase de medios para aseguraros la victoria. Érais un perpetuo obstáculo contra toda tentativa de mejora, hasta que, al desaparecer, vuestro puesto era ocupado por vuestros descendientes tan corrompidos como vosotros en vuestra escuela, después de haber intentado luchar vanamente en contra. Podéis continuar obrando como hasta aquí; podéis seguir prefiriendo vuestro interés particular, vuestro amor propio pueril, al bien general; una última victoria os dispensaría de otro combate en lo porvenir haciendo imposible toda mejora, y vuestra corrup-

ción, corrompiendo á los demás, os aseguraría nuevos días felices.

No vaya á creerse que quiero despreciar y rebajar las generaciones maduras. Si alguna vez la libertad hiciese brotar la fuente de la vida original, la clara evidencia nos serviría de guía mientras durase la vida. Mejorándose por sí misma nuestra existencia, desaparecerían las señales del origen terrestre y la vida se ennoblecería al espiritualizarse. Entonces tendríamos una vejez que, lejos de pactar con el mal, haría más claros y precisos los medios para vencerlo. Ahora bien, el mal de nuestra época consiste precisamente en que los hombres se corrompen á medida que envejecen, y donde quiera que la sociedad esté degradada, así ocurrirá siempre. No es nuestra naturaleza, sino la sociedad quien nos corrompe. Quien se abandona enteramente á su influencia, se hará tanto peor cuanto más tiempo esté sometido á ella. Valdría la pena de estudiar desde este punto de vista la historia de otros tiempos de corrupción, para ver, por ejemplo, si los espíritus ya maleados no se han hecho cada vez peores bajo el gobierno de los Emperadores romanos.

Estos discursos os conjuran especialmente á vosotros, hombres de edad madura, hombres experimentados, que formais una reducidísima minoría. Y os conjuran también á vosotros los que sois mayoría y que, caso de no estorbar nuestros proyectos, no sabríais prestarles ayuda. No constituais un obstáculo como hasta aquí con vuestra falsa sabiduría y vuestro espíritu indeciso. No podéis comprender nuestros proyectos, pero sabed al menos que si vuestra sabiduría fuese capaz de salvarnos, hace tiempo que lo estaríamos, pues vosotros habéis sido hasta ahora nuestros consejeros. Pero todo esto es ya cosa pasada, y no hay para qué volver á ella. Aprended de una vez á conoceros á vosotros mismos y guardad silencio.

También os conjuran á vosotros, hombres de Estado, estos discursos. Con muy pocas excepciones habéis sido francamente hostiles á la libertad de pensamiento y á toda ciencia

que trataba de formarse por sí misma, no obstante aparentar que la estimábais sobremanera; rechazábais á los que la cultivaban y sus proyectos; les acusábais de ligereza de espíritu ó aconsejábais que los encerrasen en un manicomio, única merced que les otorgábais; nadie osaba bajo vuestra dominación expresarse francamente sobre vuestras personas, pero los más íntimos pensamientos os diputaban por charlatanes, por impúdicos sabios de relumbrón, discípulos ciegos de la escuela antigua, mal instruídos de prisa y corriendo. Apresuraos á demostrarnos que estamos en un error; aprovechad la ocasión que se os ofrece; dejad á un lado ese desprecio que sentís hacia todo pensamiento serio, y aprended lo que ignorais, sin lo cual vuestros acusadores tendrán plena razón.

Estos discursos os conjuran también á vosotros, pensadores, letrados, escritores que aun sois dignos de tales nombres. Las censuras que os dirigían los hombres de Estado eran á veces fundadas. Os perdíais á menudo ciegamente en la esfera del pensamiento puro, sin preocuparos del mundo actual ni buscar los medios de ligar á la realidad todas esas elucubraciones de vuestro espíritu; y describíais vuestro mundo propio, dejando el otro á un lado. Sin duda, la vida debe regularse por nociones superiores de la vida suprema, eterna verdad fuera de la que no es posible el progreso... Pero entre esa noción y su aplicación á la vida ordinaria, media un abismo. El colmarlo es tanto un deber del hombre de Estado, que de antemano aprendió á comprenderos, como de vosotros mismos que no tenéis derecho á olvidar la vida á fuerza de pensar. En vez de investigar siempre muy alto, sin ocuparse de ligar el ideal á la realidad, es preciso trabajar para unir ambas cosas. Comprended de una vez que los políticos y los pensadores, como los brazos y la cabeza, se necesitan mutuamente.

Estos discursos os conjuran todavía desde otro punto de vista, á vosotros los pensadores, sabios y literatos dignos de ese nombre. Vuestras recriminaciones sobre la debilidad general, sobre el espíritu de irreflexión é indecisión, sobre el des-

precio de las cosas serias y el amor de una charlatanería sin pudor, pueden ser ciertas, y lo son sin duda. Pero, ¿de quién es la falta, quién ha convertido en juego la ciencia toda, quién ha inculcado en la juventud, desde sus más tiernos años, esa verbosidad y ese espíritu de indecisión? ¿Quién se ha encargado de la educación de los jóvenes salidos de la escuela primaria? Si nuestra época está sumida en las tinieblas, consiste en que se ha hablado obscuramente en los libros propuestos á la reflexión, libros escritos por vosotros. ¿A qué acometer á cada paso la instrucción del pueblo ocioso, si sabéis que nada ha aprendido ni nada quiere aprender? Bien podéis llamar al público, adularlo, excitarlo, buscar por todos los medios que esa multitud ciega, desordenada, se coloque á vuestro lado; podéis darle en vuestras críticas y en vuestros periódicos los materiales y ejemplos con que alimentar su prurito de juzgar ligeramente; ¿pero acaso el último de vuestros lectores podrá conducirse de otro modo que vosotros mismos? Si todos vosotros no pensais de ese modo, si existen entre vosotros hombres mejor intencionados, ¿por qué no se juntan para poner fin á esa desdicha? En cuanto á los políticos, todos han pasado por vuestras escuelas, según confesais vosotros mismos. ¿Por qué no os habéis aprovechado de ello para inspirarles alguna estimación hacia las cosas científicas, para arrancar á los jóvenes de buenas familias su espíritu egoista y demostrarles que en el orden del pensamiento nada valen la cuna ni el rango social? Pero más bien les habéis adulado sobremedida, y justo es que soportéis ahora las consecuencias de vuestra falta. Estos discursos tratan de excusaros, suponiendo que no habéis comprendido la importancia de vuestra misión; familiarizaos, pues, desde ahora, con esa importancia, y considerad esa obra como algo más que un oficio. Aprended á estimaros á vosotros mismos, demostradlo mediante actos, y el mundo os estimará. La primera prueba de ello será vuestra influencia sobre los proyectos y las resoluciones que se han indicado aquí.

Estos discursos os conjuran también, Príncipes alemanes. Los que se conducen con vosotros como si no se atrevieran ó nada tuvieran que deciros, no son más que aduladores despreciables y vuestros propios calumniadores; arrojadlos lejos de vosotros. La verdad es que vosotros nacéis tan ignorantes del mundo como cualquiera de nosotros, y que necesitáis oír y aprender, si queréis salir de vuestra ignorancia natural. Mis discursos han demostrado, con moderación y con exactitud, cuál sea la parte que os corresponde en las desgracias que han caído sobre vosotros y vuestros pueblos, y no debéis quejaros de esta franqueza si es que deseáis oír, al lado de las adulaciones, la voz de la verdad. Pero olvidemos esa participación vuestra en la falta común. Para vosotros y para nosotros todos comienza ahora una existencia nueva. ¡Ojalá llegue mi voz hasta vosotros, á pesar del círculo de gentes que de ordinario convierte en inaccesibles á los príncipes! Confiada en su propio valer, ella os dice: Sois directores de pueblos, con una fidelidad y una lealtad como ninguna nación y ningún tiempo han visto antes de ahora, y sois dignos por tanto de lograr pleno éxito. Poseéis el sentimiento de la libertad, y vuestros pueblos os han seguido á una guerra sangrienta contra lo que creían ser la libertad, sólo porque vosotros lo habéis querido. Alguno de vosotros ha querido luego otra cosa, y sus pueblos le han seguido también. Ahora soportan la pesada carga de las desgracias comunes sin dejar de seros fieles; y, como respetuosos hijos, se congratulan de perteneceros y de amaros como tutores puestos por Dios mismo. Justo será que los consideréis como merecen, y que desligados de vuestra corte, compuesta á menudo por hombres de la peor condición, descendais al hogar de los ciudadanos, á las chozas de los labradores, para admirar la vida tranquila y reposada de esas clases sociales en que parece haberse refugiado la fidelidad y la lealtad, harto más raras en las grandes poblaciones! De hacer esto, es seguro que tomariais la firme resolución de pensar más seriamente en prestarles ayuda. Los presentes dis-

ursos os han indicado un remedio que consideran decisivo. Reunid, pues, vuestros Consejos, preguntadles si conocen un remedio mejor ó si adoptan el que yo propongo; pero, de un modo ú otro, que tomen un acuerdo definitivo. Hay que emprender algo resueltamente, es absolutamente necesario; pasó ya el tiempo de los tanteos y de los términos medios; preciso es que participéis de esta opinión, puesto que tenemos confianza en vuestro espíritu de lealtad.

A vosotros todos, ciudadanos alemanes, cualesquiera que fuere vuestra condición social, os conjuran estos discursos para que penséis en las reformas pedidas y las realicéis en la medida de vuestros propios medios.

Nuestros antepasados vienen también á conjuraros á todos por medio de estos discursos. Pensad que sus voces se unen á la mía, voces de valientes guerreros de antaño que pagaron con su sangre la independencia reconquistada de los romanos, la libertad de estas llanuras, de estos montes, de estos ríos que hoy están dominados por el extranjero. Ellos os gritan: Sabed guardar nuestros sitios, trasmitid á la posteridad nuestro recuerdo tan honrado, tan puro como lo habéis recibido vosotros, y con él os glorificaréis. Hasta hoy, nuestra resistencia ha sido juzgada como grande, discreta, noble; parecíamos los elegidos en el plan divino del mundo. Si nuestra raza desaparece con nosotros, nuestro honor se trocará en vergüenza, nuestra discreción en locura. Si la raza alemana se ha de fusionar algún día con el Imperio romano, más valiera haber formado parte del antiguo Imperio que del nuevo. Resistimos á los invasores y les vencimos. Vosotros no podéis ya vencerlos por las armas, bien claro está; sólo vuestro espíritu puede aún resistirles y hacerles cara. Pero lo más importante que existe en el mundo, la esfera del pensamiento y del espíritu, eso está en vuestro poder; merced á ello podéis arrebatár á la fuerza bruta la dirección de los destinos humanos. Si así lo hacéis, todavía seréis dignos de vuestros antepasados.

A esas voces mézclanse también las de otros ascendientes

menos lejanos, que sucumbieron en las sagradas luchas mantenidas por la libertad religiosa de nuestras creencias. Salvad nuestro honor, os gritan; nosotros no veíamos con claridad el por qué combatíamos; poseíamos tan sólo la firme resolución de no dejarnos imponer por la fuerza una fe religiosa, pero al propio tiempo nos impelía un móvil más elevado, que estuvo siempre oculto para nosotros. Ese móvil, vosotros lo conocéis ahora, si es que vuestra conciencia del mundo del espíritu es bastante clara. Preciso es que cese la mezcla confusa de las aspiraciones materiales con las espirituales, pues sólo el espíritu, desnudo de todo lo que puede perjudicarlo, debe poseer el gobierno de los intereses humanos. Libertado así el espíritu, podrá desenvolverse y elevarse hasta una existencia independiente. Para eso se vertió nuestra sangre..... A vosotros os toca ahora justificar ese sacrificio y realizar lo que esperamos, puesto que vuestro espíritu ve las cosas con claridad, y sabe cómo conducirse. Si no se alcanzase ese resultado, fin supremo á que tendía todo el desarrollo anterior de nuestra nación, nuestras luchas habrán sido como juegos inútiles, y la libertad de conciencia que obtuvimos será una palabra vacía de sentido.

Vuestros descendientes os conjuran, en fin, de igual modo. Os gloriais con vuestros antecesores—dicen—y os mostrais orgullosos de pertenecer á una raza tan noble. Cuidad de que la cadena no se rompa en vosotros; haced de manera que también nosotros podamos gloriarnos de nuestros padres, que la serie gloriosa de las generaciones nacionales se continúe de vosotros á nosotros. No nos obliguéis á avergonzarnos más tarde de ser hijos vuestros, hijos de bárbaros ó de esclavos, á ocultar nuestro origen para que nos rechacen desde luego sin más examen. Vuestro recuerdo será en la Historia lo que vuestros descendientes sean: honrado, si vuestros hijos dan testimonio honrado de vosotros; despreciado, si no tenéis realmente descendencia y si es el vencedor quien dirige vuestros destinos. Nunca se han sentido inclinados los vencedores á juzgar



bien al veneido. Cuanto más lo rebajan, más afirman su dominación. Ignorados quedarán los actos hermosos, las nobles empresas, las costumbres delicadas de muchos pueblos antiguos; olvidados, porque su historia quedó á merced de los vencedores.

Los mismos extranjeros os conjurarán, si se comprenden bien á sí propios..... Sí, en todos los pueblos hay hombres que ven algo más que imágenes vanas y engañosas, para los cuales esas promesas de hacer que reinen el derecho, la razón y la verdad, no son vanos fantasmas destinados á engañar al género humano. Esos hombres piensan que la edad de hierro actual (1) es una época de transición que conducirá á un estado mejor de cosas. Esos, y toda la humanidad con ellos, confían en vosotros. En gran parte descenden de nosotros mismos, y los demás participan de nuestra religión y de nuestra cultura. Nos conjuran en nombre de la patria común, en nombre de la civilización que han recibido de nosotros como garantía de una felicidad superior, y nos conjuran á conservarnos tales como somos, tales como siempre fuimos: á no arrancar del tronco esta rama importante, á fin de que si algún día tuviesen necesidad de nuestros consejos, de nuestro ejemplo, de nuestra acción, se verían reducidos á dar fe, desesperados, de nuestra ausencia.

Todas las épocas, todas las generaciones de sabios que han respirado sobre esta tierra, todos los pensamientos y todas las aspiraciones hacia un fin superior, todo, en suma, mezcla sus voces á las mías y tiende hacia vosotros sus manos suplicantes; y aún añadiría, si á ello me atreviese, que la Providencia y el plan universal del desarrollo del género humano—plan que sólo existe para ser pensado por hombres y ser realizado por los esfuerzos de éstos—también os conjuran á salvar su dignidad y su vida.

Hay entre los hombres quienes entienden que la humanidad deberá siempre ir mejorándose; que el ideal no es una

---

(1) Véase *Las épocas de la Humanidad*, de Fichte. Introducción  
E. M.—Noviembre 1900.

palabra vana, sino la garantía y el anuncio de lo que ha de hacerse en el porvenir; otros, por el contrario, se adormecen en su vida animal y se burlan de toda aspiración hacia los ideales. A vosotros toca dar, sobre unos y otros, sentencia definitiva. El mundo antiguo, con su poder y sus grandezas, de igual modo que con sus defectos, ha caído por causa de la iniquidad y la violencia de vuestros padres. Si estos discursos no se equivocan, es nuestro pueblo, entre todos los pueblos modernos, el que mejor ha conservado el germen de la perfectibilidad del género humano, y á vosotros queda confiada la tarea de progresar en ese camino. Si desaparecieseis, la humanidad perdería toda esperanza de salvación; no tratéis, pues, de consolaros esperando de una nación medio bárbara una nueva civilización fundada sobre las ruinas de la primera. Si el mundo viejo hubiese conocido un pueblo bien preparado para esa función, y si hubiese podido prever su ruina, ciertamente se hubiera confiado á él para reconstituir su independencia. Conocemos sobradamente toda la superficie del globo y los pueblos que la habitan; ¿podríamos acaso señalar uno solo capaz de producir esa regeneración? Seguro estoy de que los hombres sensatos responderán que no. No hay otra salida posible: si sucumbís, la humanidad entera caerá con vosotros, sin esperanza alguna de salvación.

Tales son las verdades que yo deseaba grabar profundamente en vuestro espíritu al terminar estos discursos, y espero que por mediación vuestra llegarán á toda la nación alemana.

# DOMINACIÓN Y GUERRAS DE ESPAÑA

## EN LOS PAÍSES BAJOS

---

### GOBIERNO DEL COMENDADOR REQUESENS

Don Luis de Requesens y de Zúñiga, Comendador mayor de la Orden de Santiago y nuevo Gobernador de los Países Bajos por Felipe II, era hijo de D. Juan de Zúñiga, Comendador mayor de Castilla, y de doña Estefanía de Requesens, heredera única de la noble casa de este nombre en Cataluña. Varón aquél muy adherido á la persona del Emperador-Rey Don Carlos, quien le hizo su Mayordomo mayor, Capitán de sus guardias, Ayo, Maestro y Gobernador de su hijo Don Felipe, otorgándole además grandes distinciones y mercedes; dama ésta perteneciente á tan alto linaje, que emparentados con la familia de Requesens, halláronse los Valois de Francia y la casa reinante de Aragón. Los Requesens habían también ejercido los más elevados cargos en el Gobierno, Ejército é Iglesia de Aragón; y su enlace con los Cardonas hicieron de esta casa una de las más ilustres y poderosas de Cataluña. Extinguida paulatinamente dicha familia, llegó á no tener otra heredera que la cónyuge de D. Juan de Zúñiga, y con objeto de que el apellido se perpetuara, hizose un convenio por virtud del cual el hijo primogénito de este matrimonio

debía llamarse precisamente *Requesens y Zúñiga*, convenio al que dió nueva fuerza el testamento otorgado por D. Juan y doña Estefanía en Madrid el año 1546. Con citar los cargos que desempeñó Zúñiga cerca de Carlos I, sobre todo el de Ayo y Maestro del Príncipe D. Felipe, comprenderáse que concurrían en él aquellas condiciones de inteligencia, carácter y cultura que requería cargo tan delicado. Y esto por sí solo da á entender que la educación de D. Luis fue cual correspondía á su clase, y á su director y padre. Instruyóse en los clásicos antiguos, con preferencia en los que tratan de historias militares, y adquirió también de los tratadistas de su tiempo aquellos conocimientos de Derecho, guerra y política indispensables al que debía ocupar por las condiciones de su nacimiento cargos de alguna representación. Fuera de esto, los ejercicios de destreza alternaron en su educación con los estudios literarios, porque los nobles del siglo XVI educábanse como para la guerra, y daban á las prácticas militares la importancia que debían tener en un país, como era entonces el nuestro, esencialmente guerrero. Y siguiendo con ello la tradición de sus ascendientes maternos, célebres en la Marina catalana por sus proezas, la educación de D. Luis de Requesens fue militar, y sus primeras prácticas militares las marítimas.

Pero como nuestro personaje no consagró sólo á la milicia sus actividades, como tampoco hizo de la profesión militar el principal objeto de su vida, y como por excepción, mandó ejércitos; de aquí que, al ser elegido por el Rey Don Felipe II su Gobernador en los Países Bajos, dijérase con harta ligereza por los allegados al Duque de Alba, que era *un caballero particular de capa y espada* (1). No lo era, ni podía serlo el que después de haber hecho su aprendizaje en el

---

(1) «Empiézase á murmurar de que el Rey tenga en tan poco á los Países Bajos que envíe á ellos un caballero particular de capa y espada tal como el Comendador mayor, etc.»—(Carta del Secretario Albornoz al Secretario de Estado Zayas. Amsterdam, 23 Octubre de 1573.)

mar, fue elevado por el monarca á cargos tan difíciles como su Embajador en Roma, caudillo de un ejército contra la rebelión de los moriscos granadinos, Lugarteniente de Don Juan de Austria en la famosa batalla de Lepanto, y Gobernador del Estado de Milán; cargos que desempeñó con gran lucimiento, y en el último de los cuales se hallaba, cuando fue nombrado por el Rey Gobernador de los Países Bajos. Examinando los escritos privados y oficiales de este personaje, órdenes, edictos, informes é instrucciones, échase desde luego de ver una inteligencia perspicaz y reflexiva, gran variedad de conocimientos, y tal sinceridad y rectitud, que hacen de su figura una de las más simpáticas de su tiempo. Frisaría, cuando fue elegido por el Rey, en los cincuenta años. Los retratos de la época nos lo representan sin bélicos arreos. Y bien se adivina en el rostro grave y reposado, y en la mirada serena y melancólica, que era aquél más hombre de estudio que de guerra. Como antítesis del Duque, ha querido presentársele así, y en realidad de verdad, á Flandes lo destinó el Rey, no tanto para dominar por las armas, cuanto para pacificar por la política. No fue mala la elección, puesto que Requesens era hombre hábil, prudente y moderado; pero fue tardía, y para el elegido funesta. Por el momento, el Comendador supo hacerse perfecto cargo del estado de cosas, y plantear el problema de los Países Bajos como nadie hasta entonces, es decir, en los verdaderos términos en que podía ser resuelto.

Llegó D. Luis de Requesens á la capital del Brabante el 17 de Noviembre de 1573, y salió de ella el Duque en 18 de Diciembre del mismo año. En este intervalo no cesaron las conferencias entre los dos, ya para enterar Alba á Requesens del estado de las costas, ya para discutir la aplicación de las nuevas órdenes y proyectos del Rey.

El resultado de estas conferencias, ó por mejor decir, el balance general hecho por Requesens, de los asuntos de la guerra, está contenido en cuatro cartas dirigidas al monarca español el 30 de Diciembre. No se puede pedir cuadro más

acabado. Para conocer á fondo la situación política, económica y militar, es preciso conocer estos documentos. Son prólogo obligado de este nuevo período de la guerra y á la par juicio imparcial de los resultados obtenidos en el anterior. En ellas está la clave de los negocios de Flandes. Gran ocasión aquella para que vieran claro en su porvenir el monarca y sus ministros; porque los tumultos y las rebeldías eran ya guerra formal de independencia, guerra inacabable por lo lejana, por lo costosa y por lo tenaz. Empero, el terrible dilema planteado por el soberano iba á hacer estériles los esfuerzos de Requesens, puesto que «le ataba de pies y manos» colocándole entre los efectos tristes de la realidad y los mandatos irrealizables de su soberano.

Cuatro graves cuestiones plantean las cartas de Requesens, que en extracto se darán á conocer. La económica, la militar, la relativa al perdón general y la concerniente al Tribunal de los Tumultos. Ponía la falta de recursos en el más grave conflicto al nuevo Gobernador; pues todos á una reclamaban sus atrasos, siendo lo más sensible el estado de miseria á que habían llegado los soldados, muchos de los cuales perecían de hambre y de frío. Y esta falta de recursos era también impedimento para el socorro de Middelburgo, cada día más apurada. Beauvoir, encargado de ponerse al frente de la flota, escribía á Requesens que, pese á sus deseos de sacrificarse en servicio del Rey, carecía de marineros, víveres, artillería y de muchas otras cosas, aparte la superioridad incontestable del enemigo, cuyas naves tenían cerradas á las nuestras en Berghen-op-zoon, y se hallaban á tiro de mosquete. Informes recibidos á última hora hacían saber que la mayor parte de los marinos habíanse desertado porque no se les pagaba, y tal vez también por ser más afectos al enemigo que al Rey. Habíanse averiado los víveres embarcados desde el mes de Junio, y era preciso renovarlos. Sin contar este gasto, el aprovisionamiento de las flotas de Amberes y Berghen se calculaba en 36.000 escudos mensuales y las deudas dejadas por el último *proveedor*

(y que debían pagarse con preferencia), estimábanse en 30.000 escudos; *empero, como es imposible hacer frente á tantos gastos á la vez* (dice el Comendador), *los que se hacen sucesivamente, no sirven para nada, y se pierde el dinero empleado, así como el tiempo y la ocasión de obrar.* Otra cosa pudo observar Requesens, y es, que la manera de equipar las flotas en los Países Bajos es muy distinta que en las costas del Mediterráneo. En estas se embargan las naves, pagándose á los propietarios el flete por toneladas, mediante lo cual, éstos deben proveerlas de marinos, artillería y otros aprestos, bastando con surtir de víveres á los soldados embarcados; en cambio, en los Países Bajos, el equipo, artillería, municiones, sueldo y víveres corre por cuenta del Rey. Pero si contrariedades ofrecía la organización de la flota, dudas graves inspiraba la conducta del mismo Almirante. El Duque de Alba, añadía Requesens, «siente mucho haber confiado á Beauvoir el mando de la expedición destinada al aprovisionamiento de la isla de Walcheren, porque sospechaba que éste y sus amigos (que forman entre sí una gran liga, en la que entra el Duque de Arschot), habían de regocijarse con estas dificultades, pensando que, perdido Middelburgo, el Rey se vería obligado á entrar en arreglos con el Príncipe de Orange y los demás rebeldes, pero que no sabía á quien pudiera dar este cargo, *ni cómo quitárselo á Beauvoir.*» Pero como la situación de Middelburgo fuese cada vez más apurada, Requesens hubo de acudir al embargo de 17 naves bretonas que, procedentes de España, se hallaban en Dunquerque, y dando el mando de ellas á Juan Martínez de Recalde, trataba de hacer llegar socorros á la plaza por el canal de Flessinga, y de no ser esto posible, de que se dirigiesen á Amberes para reforzar la escuadra de Beauvoir. Atento á evitar el socorro de Middelburgo, el Príncipe de Orange, no solamente reforzó la flota de Zelanda con el mayor número de naves holandesas, sino que se dirigió en persona á Flessinga, y aún presentóse frente á Berghen. Cuando con tales dificultades luchaba el nuevo Gobernador, millares de marinos preséntanse

á Orange ofreciéndole sus servicios *sin sueldo alguno*, y se daba el caso de que para tripular algunos barcos se le ofrecieran 12.000, de los que sólo utilizó 4.000, datos que dan la medida de la inferioridad marítima en que se encuentra Felipe II frente á su adversario. Y no era esto lo más grave. Los mismos tenientes de Requesens, Noircarmes, Barlaymont y otros señores andaban remisos, excusando todo sacrificio, al extremo de creer el Comendador *que en el odio á nuestra nación son tan conformes los que están sirviendo, como los rebeldes*. Deduce de esto, que el daño mayor *está en la gente principal*, pues *lo que toca al común del pueblo, tiénela por gente fácil de llevar*.

Tal situación inspiraba á Requesens algunos expedientes, no todos de seguro resultado: uno de ellos, que fueran embarcados en los puertos de España los navíos procedentes de Eukhnizem, la Brielle y Flessinga y otras villas rebeladas, navíos que traficaban con pasaportes expedidos en Emdem; otro que el Rey pidiera á las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa y otras villas marítimas 500 marineros para enviarlos á los Países Bajos, donde podrían prestar servicio mezclados con los flamencos. También consideraba necesaria artillería, pues los rebeldes habíanse apoderado de 250 piezas de artillería gruesa, y un número mayor de pequeño calibre, existentes en Flessinga, Vere, Arnemuiden, Enkhuizem, la Brielle, y en las naves de que se habían hecho dueños. Tal era la situación por lo que á las operaciones marítimas concernía.

Por lo que afectaba al continente, amagaban á España peligros no menos graves. Avisos recibidos del Duque de Baviera y de los Arzobispos de Colonia y Tréveris, dábanle conocimiento de que se reunía en Alemania gente de guerra, con intenciones hostiles al gobierno del Rey. Luis de Nassau y el hijo menor del Conde Palatino, habían conferenciado con el monarca de Polonia, hermano de Carlos IX de Francia. Orange continuaba en sus propagandas por tierra de Holanda, atento á lo que ocurría en las inmediaciones de Leyden. Estos avisos determinaron la contrata de 3.000 caballos alemanes, y



el levantamiento de otros 3.000 de las bandas llamadas de ordenanza (á los que debían darse seis pagas á cuenta de los atrasos)..... Pero llegado á este punto de su misiva, Requesens advierte que es preciso una gruesa suma de dinero. Ha hecho ya un anticipo de 350.000 escudos sobre la primera asignación que llegará de España, tiene ordenado el tomar á cuenta de esta misma asignación 250.000 escudos más, de manera que los 500.000 escudos anunciados no alcanzan á lo necesario. Advierte que para que puedan hacerse á la mar las escuadras de Berghen y Amberes, son indispensables 63.000 escudos, y se lamenta de que en el reparto de dinero exista bastante desorden. Y seguidamente da noticia de haber concedido el mando de tres bandas de ordenanza al Barón de Hierges (hijo del Ministro Berlaymont), al señor de Rassenghien y al señor de Havré, así como de haber mandado á otros señores á cumplimentar á los monarcas y príncipes de los países vecinos. Como se ve por lo extractado, Requesens se preocupa, ante todo, del problema económico y militar.

En su segunda carta dirigida al Rey el mismo día, concrétase al perdón general, y plantea con perfecta claridad el problema de la rebelión. Tiene, por lo mismo, este documento tanto ó mayor interés que el anterior. Requesens da cuenta de la conferencia que, días antes de marchar el Duque de Alba, tuvo con éste, D. Fadrique, los licenciados Vargas y Rodas, y el Doctor del Río. Los dos primeros opusieronse abiertamente al perdón, fundados en que jamás príncipe alguno perdonó á sus vasallos rebeldes en tanto éstos se hallaran en armas y no hubieran solicitado la clemencia real, y asimismo en el escaso fruto que dió el perdón de 1570, y muchos otros particulares ofrecidos á las villas rebeladas. Añadieron que la religión había sido la causa de la rebeldía, y que si no se otorgaba á los sediciosos, como no era posible otorgarles, la libertad de conciencia, éstos no se someterían. Por el contrario, de poder obrar contra ellos con fuerzas respetables, obligaríaseles á entregarse incondicionalmente. Otro inconveniente

ofrecía el perdón general, y era colocar en iguales condiciones las villas que abrieron sus puertas voluntariamente, y las que resistieron y fueron tomadas por asalto ó admitieron guarnición enemiga. Tampoco creían que debían incluirse en el perdón los delitos cometidos á partir del primer levantamiento en 1566. Por todo lo cual, opinaban que, para dominar la rebelión, era preciso emplear única y exclusivamente la fuerza. Tal era el modo de pensar, la política del Duque, cuyos resultados, harto conocidos, permitían juzgar de antemano de sus efectos. Frente á estas opiniones presentaba Requesens las suyas, totalmente opuestas. No sólo el perdón le parecía indispensable, sino que entendía haberse diferido demasiado. Sin duda que, en el caso de poderse imponer por la fuerza la autoridad del Rey, esto hubiera sido lo preferible; pero la rebelión había tomado tales vuelos, que, aun suponiendo no recibiera apoyo de Alemania y Francia (como era de temer), todavía era harto difícil el vencerla. Importaba, pues, recurrir á otros medios. E importaba tanto más, en cuanto los mismos vasallos fieles que aún tenía el monarca en los Países Bajos estaban descontentos y ganosos, no sólo del perdón general, sino de que las cosas volvieran al ser y estado anteriores á los tumultos. Además, hallábanse descontentos del perdón de 1570 por las numerosas excepciones que contenía y aun de los perdones especiales otorgados por el Duque, no aceptados por el pueblo á causa de las sospechas que inspiraba su exacto cumplimiento. Así, pues, aun cuando no pudieran predecirse los efectos del perdón general, estimaba indudable que no había de empeorar el estado de las cosas.

Lo esencial para Requesens consistía en saber si la causa de la rebeldía era ó no religiosa. El Duque opinaba afirmativamente. Él tenía sus dudas porque no había presenciado el origen y progresos de la rebeldía. «Bien veo que en cuanto al Príncipe de Orange y á muchos de los cabezas que le siguen, fue el principio la religión, y aún lo es agora, pero en la generalidad del pueblo no creo que ha sido ésta, sino las imposi-

ciones que ha tenido, y el maltratamiento que han padecido de la gente de guerra, sin que se haya podido excusar. Y ayúdame á pensar esto, ver que *el descontento es general y común de católicos y herejes, eclesiásticos y seglares, y de la nobleza y el pueblo.*» En apoyo de lo cual cita el caso de que, cuando la invasión de Orange en 1568, sólo una villa, Diest, levantó bandera de rebeldía, aun cuando la mayor parte de las ejecuciones se hicieran por esta fecha, mientras que en 1572, si bien el número de ejecuciones fue escaso, la sublevación llegó á ser universal. Muchas otras eran, pues, las causas que habían influido sobre el pueblo. Mas viniendo al perdón, aun cuando no produjera efecto alguno en las villas rebeladas, lo alcanzara en las dudosas y en las acabadas de reducir. Uno de sus resultados sería separar á los rebeldes intransigentes de los que sinceramente desean la paz. Si no se hacía distinción entre los autores de la primera rebeldía y los de la segunda, regresarían muchos desterrados, entre los cuales se contaban no pocos que sólo cometieron ligeras faltas. En suma, el perdón era esperado con tanto más motivo, en cuanto se consideraba la secuela del cambio de gobernador. Así lo creían todos, añadiendo que si no se publicó ya fue por sugerencias del Duque. *Ya el tiempo de la gracia era llegado.* Si no se otorgaba, los rebeldes persistirían en su obstinación y los leales en su decaimiento. Requesens recuerda al monarca que al enviarle á los Países Bajos le advirtió que tendría que emplear simultáneamente la fuerza y los temperamentos de conciliación; mas por otra parte la instrucción secreta *le prohíbe terminantemente* remitir sobre delitos de rebeldía y religión. En punto á estos, en manera alguna piensa usar de indulgencia sin orden expresa del soberano; pero tocante á los demás, *puede haber grandes inconvenientes si se le atan así las manos.* La carta termina dando cuenta de unas misivas dirigidas por Noircarmes y Julián Romero al Príncipe de Orange con objeto de llegar á un acomodo, negociación que había censurado Requesens, advirtiéndoles que se limitaran sólo á

tratar con las villas dispuestas á rendirse, pues los delitos del Príncipe de Orange *son demasiado graves*; y de la necesidad de que aparte el perdón general se hicieran ciertas concesiones á los que, residiendo fuera del país, quisieran vender sus bienes. «Yo no creo—dice—que nadie pensara de mí que deseo el fin destes trabajos por estos medios para no aventurar la vida en el servicio de V. M., pues se sabe en el mundo las veces que lo he hecho y de cuán buena gana, y no me falta resolución para aventuralla mucho más.»

El Consejo de los Tumultos es objeto de la tercera carta. El Duque de Alba opinaba que la supresión de aquél no sólo sería fatal para la religión, sino que el producto de las confiscaciones sería escasísimo, desde el momento en que la gestión de éstas pasase como se pretendía al Consejo de Hacienda. Requesens se limita á dar á conocer el mecanismo de aquel Consejo. En primer lugar sus individuos no son de comisión real, limitánse á servir de asesores al Duque, quien ha firmado todas las sentencias. De estos individuos sólo tres, los españoles Vargas, Río y Roda, tienen voz y voto; los demás (que son del país y uno italiano) carecen de este último derecho, limitándose á informar. Alba no se consideraba obligado á conformarse con la mayoría. Adoptaba la opinión que se le antojaba mejor (pero Requesens cree que era siempre la de Vargas, *principal instrumento de aquél*, la que prevalecía). Contra estos procedimientos se declara categóricamente el Comendador, opinando que debía suprimirse el Tribunal de los Tumultos, en primer lugar porque la ejecución de los *placates* podía confiarse á los Consejos provinciales, y en segundo porque si en lo que atañe á los bienes confiscados la organización del Consejo de Hacienda es defectuosa, la del Consejo de los Tumultos deja mucho que desear, en términos que el Duque nada ha podido sacar en claro durante los siete años de su gobierno. Más de trescientos recaudadores tenía empleados el famoso Tribunal, cuya administración, en extremo costosa, carecía de los libros indispensables á los pagos

hechos sobre el producto de lo confiscado. Sólo el sostenimiento del Consejo costaba de quince á diez y seis mil escudos al año. Aparte las quejas que sus procedimientos inspiraban al país, existía el hecho de que no pagaba las deudas de que estaban gravados los bienes confiscados, deudas que á veces sobrepasaban el valor de estos bienes. El número de expedientes originados por estas reclamaciones era enorme. Por esta causa opinaba Requesens que la administración de los bienes confiscados pasara al Consejo de Hacienda, que la tramitación se confiara á los recaudadores y las cuentas se liquidaran en los respectivos distritos, con objeto de que todos los procesos y expedientes se vieran en los Consejos provinciales. El nuevo gobernador propone que una parte de los individuos del Tribunal de los Tumultos pase al Consejo de Estado, y otra al Privado. De este modo había que concluir con la existencia de aquel Tribunal, *tan odiado, dice, en estos países.*

La cuarta y última carta de Requesens está consagrada á la cuestión económica y al impuesto del *décimo*. Una de las cosas en que tuvo más empeño desde su llegada á los Países Bajos, y acerca de la cual más insistió con el Duque, fue el formar *una relación del estado en que se hallaba la Hacienda.* El Duque de Alba díjole *que era imposible en muchos meses formar siquiera un cálculo aproximado; solamente supo que se debían sumas considerables sin existir un real en caja, sin medios de adquirir dinero ni de satisfacer los gastos ordinarios.* Para tener idea aproximada de las deudas, Requesens nombró una comisión, mas por de pronto supo *que se adeudaban á las gentes de armas é infantería ordinarias 2.500.000 escudos, y más de 3.500.000 á los otros cuerpos de ejército, sin contar las gruesas cantidades que debían pagarse á los herreuelos, á otros auxiliares de guerra y á los empleados civiles.* El gasto ordinario del ejército, comprendidos artillería y flota, no bajaría de 600.000 escudos mensuales. Además había que atender al entretenimiento del material de artillería y reparo de las fortalezas, algunas arruinadas. Pero lo más grave de

todo er aque, según el Duque, *ni los comerciantes ni los Estados querían hacer más contratos con él*. Los 3.000 millones en oro que Alba tenía en la ciudadela de Amberes, habíanse desvanecido en el espacio de un año; los 500.000 ducados de las confiscaciones, lo que se embargó á los mercaderes y súbditos ingleses, las barras de metales preciosos que trajo el Duque de Medinaceli y las esperanzas de lo que pudiera producir la segunda *centésima*, y las *décimas* y *vigésimas*, todo se había convertido en humo. Para tantas necesidades Requesens no disponía de un real. No quedaba más esperanza para hacer frente á las más imperiosas necesidades, que un pequeño envío del dinero real, consumido antes de llegar *en las asignaciones hechas por el Duque de Alba sobre las letras de cambio que se esperaban de España*. Por esto solicita del soberano con harta pena un nuevo sacrificio, pues bien sabe que cada escudo que sale del tesoro real cuesta algunos más antes no llega á manos de los soldados, pues sin contar lo que cuesta la negociación y portes, *se puede considerar lo que hurtan los capitanes y sus oficiales y aun los de la Hacienda. El daño, añade, es mayor aquí que en ninguna parte se ha visto*.

Preocupado Requesens por que el monarca nada le dijera en sus instrucciones relativamente al *décimo*, le expone su opinión, al propio tiempo que la del Duque. Creído estaba él cuando llegó á los Países Bajos que este asunto del *décimo* hallábase resuelto; mas por lo que Alba le manifestó, vino en conocimiento de que si bien el monarca había ofrecido renunciar á este *décimo* á trueque de los dos millones anuales ofrecidos por los Estados, la dificultad consistía en que éstos pedían que ante todo se suprimiera *definitivamente* el *décimo*, limitándose los Estados á pagar los dos millones durante seis años, cosa que al Duque parecía inaceptable. Alba decía que el *décimo* era tributo voluntario de los Estados, y estos afirmaban que ni había sido voluntario ni aun aceptado por todas las provincias. Tan tenaces se mostraban los flamencos en esto, que creía Requesens *que se dejarían hacer pedazos antes que*

*conceder la décima.* Cuanto á la perpetuidad de la suma que debía reemplazar al tributo, oponíanse á dejar á sus sucesores carga tan pesada, pero el Comendador tenía el convencimiento de que la entregarían buenamente al Rey, en tanto las necesidades públicas lo exigieran. Habido esto en cuenta, y en espera de las órdenes reales, hále parecido conveniente pedir á los Estados sobre el centésimo que han votado para el caso de invasión, letras por valor de 500.000 ducados para negociarlas con los mercaderes. Cree, sin embargo, que antes de acceder á ello, exigirán la abolición del *décimo*. Pero justo es decir que, tocante á este particular, leales y enemigos eran de igual opinión, siendo los ministros del Rey los más duros en pedir se concluyera el *décimo*, y lo mismo opinaba Requesens. Por de pronto creía éste que lo más conveniente era aceptar la ayuda de los dos millones anuales. Espirado el plazo de seis años, cabría pedir con arreglo á las necesidades. Y al opinar así, lo hacía Requesens fundado en que el *décimo* había sido la causa principal de la segunda rebelión, como se vió en el hecho de que, hasta tanto que no se pidió, Orange no pudo encontrar apoyo decidido en el país. Los mismos ministros del Rey, en los Países Bajos, y aun los que se hallaban á la cabeza de las tropas, preguntaban á los españoles si por ventura ellos debían tener gran interés en una guerra hecha con el sólo objeto de exigir el *décimo*, y aun otras cosas que conducirían á la ruina del país..... Además, en la cuestión de la *ayuda* y del *décimo* observaba Requesens que iba envuelto lo de un privilegio, y puesto que los nacionales aspiraban á que por el monarca se les pidiera cada vez que éste lo necesitase, en manera alguna que se considerara como impuesto perpétuo. Por esto creía el Comendador que tal negocio debía conducirse con moderación, pues si el Rey tenía en cuenta los sacrificios impuestos por la guerra, se daría cuenta exacta de lo que ha costado el empeño relativo al famoso *décimo*. Mientras tocante á este particular y al perdón general, no se diera una satisfacción al país, la guerra no concluiría.

Y aunque ello no pudiera garantizarse, Requesens afirmaba que no conocía otros medios. Los seis años, en que los Estados han ofrecido dar la *ayuda*, alcanzaban al 13 de Agosto de 1575. Dos de ellos sólo estaban pagados. El empeño en rehusar las sumas propuestas hacía cada vez más difícil el pago, porque las provincias veíanse de día en día más apuradas, y habían sufrido extraordinariamente los resultados de la guerra. De aquí el atraso y las contrariedades, sobre todo en algunos Estados, como Brabante y Flandes, que podían considerarse los más perjudicados por aquélla. Tal era el estado del país y de los ánimos por lo que respecta á la cuestión de los impuestos.

Hecho el extracto de las cartas del gran Comendador, importa decir algo sobre ellas antes de dar cuenta de los primeros actos de éste. Puede desde luego afirmarse que si algún detalle nos faltase para juzgar de su fisonomía moral, estos documentos nos lo ofrecen, y por cierto valiosísimo. Desde luego échanse de ver en ellos el hombre activo, investigador, prudente y ordenado. Sin excederse de las instrucciones recibidas, discute el pro y el contra de su aplicación, é informa minuciosamente al soberano no sólo del estado de los negocios sino de las causas y efectos de la situación por que atraviesa el país. A diferencia del Duque de Alba, según observa Gachard, antes de dar un paso, como si temiera adelantar demasiado, pide órdenes á Felipe II, y se encierra escrupulosamente en las órdenes de éste. «Para él es una ley informar al monarca, en todas las ocasiones importantes, de los motivos de su conducta.» Todo lo contrario Alba. «El carácter esencial de la correspondencia del Duque, sobre todo, antes de la rebeldía de 1572, es el laconismo. Raramente entra en detalles. Parece que no se cree obligado á dar cuenta de su gestión al soberano. A menudo no le informa de sus actos, ni siquiera de las conyunturas más graves, sino cuando han producido sus efectos. Tampoco respeta las órdenes que le han sido transmitidas. Jamás se vió gobernador de los Países Bajos que obrara con



más autoridad y más independencia. Entre los despachos del Gran Comendador de Castilla y la correspondencia del Duque de Alba, el contraste no puede ser más singular (1).» Otro tanto puede decirse respecto de las opiniones de uno y otro sobre el perdón general, Consejo de los Tumultos y petición del *décimo*. Alba era de opinión que debían seguirse los procedimientos de fuerza y terminar la rebeldía con las armas. Ateníase no á la oportunidad, sino á las prerrogativas del Rey, quedando la moderación para más tarde. La causa del levantamiento había sido, según él, religiosa. Requesens, por el contrario, dudaba respecto á esta causa, pero creía que era necesario atraerse al país, sobre todo buscar apoyo en los elementos leales del mismo, exasperados por los procedimientos del Duque de Alba y las demasías de los soldados. Opinaba que había que dividir para vencer, sistema que aplicó luego con sumo acierto Alejandro Farnesio, y creía también que á nuevo Gobierno era indispensable nueva política. Por otra parte veíase aislado. Los leales á España en la masa del pueblo estaban desengañados; los mismos ministros del Rey, entre ellos Viglio y Noircarmes, pedían que se tratara con los jefes enemigos; el mismo Duque de Alba había dicho á *Requesens que ministros y vasallos deseaban un arreglo* con Guillermo de Nassau y los demás rebeldes. Y sobre hallarse aislado, encontrábase sin dinero, ó, por mejor decir, con un atraso enorme que pesaba sobre las consignaciones anunciadas. Todos estos motivos determinaban forzosamente nuevos rumbos en la política; pero toda política española en los Países Bajos, aun la misma política de clemencia, exigía dos cosas: *hombres y dinero*. Dinero, no sólo como *nervio de la guerra*, sino para dar un ligero respiro al país, pagar la gente y castigar sus grandes desafueros. Hombres para tener á raya al enemigo é ir ocupando los puntos estratégicos del territorio. Pues bien, el Duque de Alba dejaba á Requesens la hacienda en ruínas,

(1) Prefacio al tomo III de la *Correspondencia de Felipe II*.

E. M.—*Noviembre 1900*.

el ejército indisciplinado, el país exasperado y empobrecido, la Marina destrozada, frialdad y desafección en los de arriba, odio y recelo en los de abajo. ¿Era posible levantar tamaña carga? Por añadidura, aquella guerra era principalmente marítima, y Requesens carecía de Armadas, de marinos y de Almirante. Preso Bossu, dudoso y remiso Beauvoir, decía con razón aquél que *no sabía á quien pudiera dar el cargo de Almirante*. Las tripulaciones, rebeladas por los atrasos, desertaban, y los que aún servían eran gente sospechosa, cuando no traidora. Ni los que pudieran mandarse de España podrían vencer estas dificultades por desconocedores de aquellas costas y de aquellos mares, ni era posible aventajar á un enemigo que tenía sus puertos de refugio en Francia, Holanda y Zelanda, y además marineros de sobra y sin sueldo alguno; ni nuestras flotas podían ya con entera libertad navegar por los brazos del Escalda y llevar socorros á la cada vez más apurada Middelburgo, último baluarte de la dominación española en las islas zelandesas. ¿Pesábanse todos estos inconvenientes en España? La correspondencia que medió entre el nuevo gobernador y el soberano da cumplida contestación á esta pregunta. Los males eran perentorios, y á los remedios tardíos y fuera de ocasión debían corresponder, como correspondieron, resultados contraproducentes, es decir, totalmente perjudiciales.

Veamos ahora cuáles fueron las primeras medidas y operaciones del Comendador.

Al hacerse cargo del mando del ejército de los Países Bajos se componía éste, según relación dada por el Duque de Alba al Comendador, de las tropas siguientes: 79 compañías españolas, que hacían 7.900 soldados; 54 compañías de altos alemanes, que componían 16.200 hombres; 32 compañías de bajos alemanes, que sumaban 9.600 plazas; 104 compañías valonas, que equivalían á 20.800 soldados. Era el total de la infantería 54.500 hombres, sin contar los 3.000 que ocupaban las plazas fronterizas. La caballería constaba de 35 compañías,

que hacían un efectivo de 4.780 hombres (1). Como se ve, el ejército de que podía disponer Requesens no era pequeño, pero existía la dificultad de mantenerlo, y sobre todo hallábase quebrantado por la indisciplina. Otro tanto ocurría con la marinería, escasa y á última hora organizada á la fuerza. En Amberes y en Berghen-oop-Zoom se hallaban las dos escuadras destinadas á operar en las costas de Zelanda. La de Berghen era la más numerosa de las dos, porque se destinaba á llevar convoy. Componíase de 62 navíos, y entre ellos, *crommestevens* y *dromedales*, ó sean naves de quilla chata más fuertes y armadas que las que se emplean en aquellas aguas, algunas charruas y pleitas (más largas estas últimas y aparejadas para llevar carga). En la de Amberes figuraban los navíos grandes, y de ésta puede decirse que era la verdadera escuadra de combate. Existía una diferencia entre los elementos del ejército y de la Marina, no solo en cantidad, sino en calidad. Y existía respecto de aquella un grave inconveniente; y es que carecía de jefe, pues el Almirante Beauvoir se hallaba por aquellos días enfermo de gravedad. Tal era el estado de las fuerzas terrestres y marítimas de los Países Bajos al comenzar el año 1574.

La preocupación más grande de Requesens era el socorro de Middelburgo, sitiada hacía ya dos años y auxiliada con harto trabajo durante este período, porque Middelburgo constituía el único baluarte que nos quedaba en Walcheren, aun cuando en ella poseyéramos á Ramua, plaza de escasa importancia, cuya suerte dependía de la de aquélla. Con este objeto trasladóse en los primeros días del año á Amberes para dar impulso á los aprestos de la flota que allí organizaba Sancho Dávila; y no bien hubo logrado que éste se diera á la vela, que fue el 22 de Enero, púsose en marcha por Berghen-oop-Zoom, á donde llegó el 27, cuando ya Mondragón, que defendía á

---

(1) *Relación de la gente de guerra existente en los Países Bajos, enviada por el Duque de Alba al Comendador de Castilla.*

Middelburgo, le había dado aviso de que por momentos iban creciendo los apuros de las dos plazas sitiadas, en las que la miseria era tanta, que después de haber devorado los animales más inmundos, no quedaba á sus heroicos defensores otro alimento que panes de linaza y los cueros de aquellos animales. Una vez en Berghen, Requesens dispuso que se apresurase el cargamento de granos y vituallas en las pleitas y charruas, y que se embarcaran en los navíos mil soldados españoles y valones. Enfermo, como hemos dicho, Beauvoir, el Comendador dió el mando de la flota á Julián Romero, asistido por el vicealmirante Glimeu, cuyo cometido en la presente ocasión no es fácil de explicar, puesto que tenía el mando un Maestro de campo, persona poco perita en asuntos de mar. Sin duda, el Comendador tenía puesta su confianza en la fidelidad y en el arrojo de Romero; pero éste demostró bastante torpeza y falta de diligencia en la ejecución. Con efecto, debía operar Romero de concierto con Sancho Dávila, y mientras éste se dirigiría á la isla por el brazo izquierdo del río Escalda, aquél tenía que avanzar á favor de la marea por el brazo izquierdo desde Berghen á Middelburgo. Pero Romero, después de recibir detalladas instrucciones del Comendador, *de ninguna cosa se acordó*. Pudiendo haber llegado con sólo una marea á la plaza sitiada, fué á echar anclas en Rundenswael, á una legua de Berghen, y allí permaneció por espacio de dos días, como indeciso y sin dar orden alguna á los de su flota. Entre tanto el enemigo no dejaba de observar el movimiento de las dos escuadras desde las bocas del río, y además estableció baterías en las márgenes próximas á ellas. Romero y Dávila se habían concertado para el día 30 de Enero. Reunidas por esta fecha ambas flotas, atacarían al contrario simultáneamente por el frente y flanco, y llevarían el socorro á Middelburgo. Por desgracia, Romero no tomó bien sus medidas ó por mejor decir no tomó ninguna. El 28 de Enero continuaba en Rundenswael; el 29, como cambiara el viento -avoreciendo al enemigo, éste, que se dió perfecta cuenta del

estado de la escuadra católica, mal distribuída para el combate, decidió acometerla. Para esta operación Orange había dividido su escuadra en dos fracciones: una de ellas al mando de Luis Bussotto, el más hábil de sus marinos, tenía el cometido de batir á Romero, mientras que la otra observaría los movimientos de Dávila y distraería su atención hasta tanto que, lograda la victoria sobre aquél, y atacado á su vez por las dos fracciones reunidas, veríase este obligado á huir ó á batirse con un enemigo superior en fuerza y bastimentos. El plan de Orange se cumplió en todas sus partes.

Animado el rebelde por el favor del viento y la marea, y sobre todo avisado por desertores de la escuadra católica de la situación y estado de ésta, púsose en dicho día en movimiento para atacarla. «Los contrarios, dice Mendoza, traían su escuadra muy reforzada de soldados y marineros, que era de mucho mayor número de navíos armados que la nuestra y más gruesos, por ser la almiranta y vicealmiranta filibotes, que son navíos de gabia y mucho más grandes y crecidos que los *crommenstevens* y *dromedales*.» Pero ni el número de enemigos, ni las condiciones desfavorables en que se hallaba, inspiraron á Romero un pensamiento salvador. Pudo, según advierte Requesens, retirarse con toda seguridad á Berghen y esperar allí á la marea para ejecutar el plan de que estaba encargado; pudo asimismo reunir todos sus bajeles y esperar tranquilamente al contrario, que no se hubiera atrevido á embestirle. No hizo ni una ni otra cosa. Cometió, por el contrario, la grandísima falta (1) de enviar á Glimeu con 12 ó 14 navíos al encuentro de la escuadra enemiga que, maniobrando con suma habilidad, envolvió á los nuestros y les hizo encallar en los bancos de arena. Cegados los españoles por el humo de los mixtos incendiarios, blanco de los fuegos de la artillería, acosados por bastimentos más veleros y mejor dirigidos, sucumbieron después de haber luchado con desesperado valor.

---

(1) *Grandísimo disparate*, dice el Comendador.

Allí fue mortalmente herido Glimeu, pereció el capitán Carrillo de Acuña y sucumbieron sobre 700 soldados; también Busotto recibió contusión grave, perdió el árbol de su capitana y la mayor parte de su tripulación. Acudió Romero con la nave que mandaba en socorro de Glimeu, pero sólo aventajó á éste en salir con vida, pues destrozada su nave por el golpe de las enemigas, fué á dar en tierra, donde se hizo piezas. Él ganó á nado la orilla con solo 10 soldados, y al llegar al dique de Berghen, donde se hallaba el Comendador Requesens presenciando suceso, díjole á éste: *Bien sabía V. E. que yo no era marinero sino infante. Así, no me entregue más Armadas, porque si ciento me diese es de creer que las pierda todas.* Entre tanto, el resto de la flota se dispersaba, sin atender á las señales que se le hacían. Por fortuna, los enemigos no se empeñaron en la persecución, quizás por ver los diques ocupados por artillería y tropas reales. De otro modo, afirma Requesens que el desastre hubiera sido total. Calcula éste que la pérdida fue de nueve de los mejores navíos de la Armada y de unos 200 soldados españoles y valones. Cuanto á las disculpas de Romero, dice el Comendador al Rey que no se necesitaba ser marino para navegar tres horas, sobre todo con instrucciones tan detalladas como las que él le dió.

Grave como fue este contratiempo, no tuvo más transcendencia, porque Sancho Dávila, que había tomado posiciones entre Flessinga y Rameckens, con una flota compuesta de siete ú ocho navíos de alto bordo y cuarenta bastimentos pequeños, entre ellos siete *pleitas* cargadas de vituallas, al tener noticia de la derrota de Romero, retiróse sin pérdida de tiempo á Amberes. Sin embargo, hecho tan desgraciado dió por resultado la deserción de centenares de marineros y soldados, que abandonaron los bajeles reales tan pronto estos anclaron en el canal de Berghen. Tampoco pudo llegar á Middelburgo socorro alguno del costado de Flandes, desde donde intentaba darlo el señor de Reulx; por manera que la empresa tuvo total y definitivo fracaso.

Perdida, pues, toda esperanza por parte de los sitiados, que según las últimas cartas de Mondragón parecían de hambre á centenares, hubo Mondragón de capitular, lo que hizo en condiciones «dignas de quien como él había cumplido valerosamente su deber» (1), saliendo el día 22 de Febrero á la cabeza de sus soldados, banderas desplegadas y mechas encendidas, cajas, ropas y bagajes. Middelburgo y Armuiden quedaron en poder del enemigo, que se obligó á transportar á nuestros soldados á la costa flamenca. Sin embargo, Mondragón vino obligado á presentarse á Orange como prisionero, caso de no lograr la libertad de Marnix de Santa Aldegunda y algunos otros, que estaban en poder de las tropas católicas. Pero aunque la capitulación de la plaza de Middelburgo fue honrosa para sus defensores, su pérdida vino á acreditar la impotencia del Rey para señorear en la Zelanda. Ahora iba á recibir ésta nueva vida, con la llegada á la isla de Walcheren de más de 13.700 flamencos, holandeses y extranjeros que residían en Inglaterra desde las primeras rebeliones. Salvo las islas de Sud-Beveland y Tolen, toda la Zelanda pertenecía á los protestantes. Lo mismo podía decirse de Holanda, excepción hecha de Harlem y de Amsterdam. En Güeldres poseían la villa de Bommel, y en tierra flamenca á Gertruidenberg; por manera que, desde las costas y desde la barrera del Mosa, desafiaban ya impunemente el poderío español.

Tan repetidas ventajas de los rebeldes, no menos que el estado precario en que se hallaba Requesens, harto conocido de Orange por los espías y confidentes que tenía en el ejército y en la sede del Gobierno, impulsaron á éste á tomar de nuevo la ofensiva. A tal objeto venían encaminados sus esfuerzos, no sólo en el país, sino en las naciones vecinas. Y aunque el socorro que pudiera recibir de los monarcas y príncipes era dudoso, todos sus trabajos encamináronse á recabarlos, aun á trueque de promesas harto aventuradas. Por de pronto, tenía que luchar en

---

(1) MENDOZA, *Comentarios*, libro XI, cap. 3.º

Francia con la doblez de Carlos IX y la astucia de la Reina madre; en Alemania con la frialdad del Emperador Maximiliano, que acababa de casar su hija con Felipe II, y en Inglaterra con las codicias y las veleidades de la Reina Isabel, ganosa de sacar partido de todo á costa de poca cosa. Pero nada arredró al astuto y enérgico Príncipe. Y aunque no logró de Maximiliano otra cosa que la neutralidad, ni de Isabel algo más que la aquiescencia, en cambio, y por causas muy diversas, pudo alcanzar el auxilio pecuniario de Carlos IX, interesado en aquel momento, no sólo en la pacificación de los protestantes de su reino, sino en el matrimonio de su hermano el Duque de Alençon con la Reina de Inglaterra; en asegurar en las sienes de su otro hermano, el de Anjou, la corona de Polonia, y suplantar y aniquilar á la casa de Austria, arrebatando á España el dominio de los Países Bajos. Este auxilio pecuniario consistió en cien mil coronas, que, como donativo de Carlos IX, dió su representante el Conde de Schomberg á Luis de Nassau, á la sazón en Alemania, aparte la promesa de que el francés tomaría á su cargo los gastos de la nueva expedición. Isabel, por su lado, aunque no dió apoyo, permitió que salieran de sus costas bajeles, armas y municiones para los rebeldes; Maximiliano permaneció en actitud pasiva; y, gracias á este conjunto de circunstancias, la situación del Principe de Orange, verdaderamente desesperada en los días del sitio de Harlem, cambió por completo en los comienzos del año 1574. Desde aquel punto y hora podía comenzar el levantamiento de tropas en Alemania; tomar una ofensiva vigorosa desde el Mosa; barrer de Holanda á los españoles, libertando á Leyden, ganando á Amsterdam y recobrando á Harlem; llevar, en suma, la guerra al mismo corazón de los Estados.

Por de pronto, con el dinero de Francia, el que produjo la venta de las mercaderías halladas en Middelburgo y el eficaz apoyo del Elector palatino, Luis de Nassau pudo poner en pie de guerra 3.000 jinetes y 6.000 infantes alemanes, franceses, valones y loreneses. Estas tropas estaban destinadas á inva-



dir el Brabante, y se reunieron en Wulpen, entre Aix-la-Chapelle y Maestricht. Luis de Nassau trataba de caer sobre esta última plaza, débilmente guarnecida, y operando sobre el Mosa, atraer sobre sí las tropas que cercaban á Leyden y amenazaban otras villas de Holanda, mientras que Guillermo de Orange, avanzando por Gertruidenberg con 6.000 infantes, iría á darse las manos con él, para juntos caer sobre el corazón de los Estados. Hay quien opina que éste trataba primero de embestir á Amberes, dando lugar con ello, no sólo al avance de su hermano Luis, sino á que el ejército español tuviera que abandonar la Holanda. De todos modos el plan estaba bien ideado, y su realización parecía tanto más fácil, en cuanto Requesens tenía muy diseminadas sus tropas, y él mismo tampoco se hallaba muy seguro en Amberes. Pero el Gobernador español, avisado desde Diciembre anterior por los Arzobispos de Colonia y Tréveris del levantamiento de tropas protestantes en Alemania, había ordenado poner en pie de guerra los 3.000 caballos de las bandas de ordenanza de los Países Bajos, y aun tratado de reclutar alguna gente alemana, cosa esta que no le fue posible, por de pronto, á causa de la escasez de metálico. Con todo, hubo que hacer esfuerzos de flaqueza, porque el 21 de Febrero ya el ejército enemigo se hallaba á media legua de Maestricht, sembrando con su presencia terrible alarma en el país. Y debido á ello, no faltó quien aconsejara al Comendador que se limitara á la defensa de las plazas de guerra, abandonando el campo á los enemigos: empero, más sereno éste, supo apreciar, con excelente ojeada militar, toda la gravedad de la situación, y concertar sus fuerzas con tal habilidad, como demostró el resultado de sus disposiciones.

Ante todo, trató de constituir un núcleo de fuerzas suficiente á mostrarse al enemigo. Don Bernardino de Mendoza, con seis compañías de caballos y una de arcabuceros montados, recibió el 27 de Febrero orden de marchar para Maestricht, en donde se hallaba D. Francisco Montesdoca con tres ban-

deras alemanas. Igual camino debían emprender los soldados valones de Mondragón, que se hallaban alojados en las inmediaciones de Bruselas. El 4 de Marzo, Sancho Dávila, á quien Requesens dió el mando en jefe, recibió el cometido de dirigirse á las márgenes del Mosa en demanda del enemigo, con tres banderas del tercio de Sicilia, y 700 arcabuceros valones. De Holanda mandóse venir con igual objeto á D. Gonzalo de Bracamonte, con 2.000 españoles y tres compañías de caballos. Y todo ello sin perjuicio de acopiar en las villas muradas forrajes y bastimentos para el ejército. En suma: todas las guarniciones del Brabante, mas las tropas menos indispensables de Holanda, fueron conducidas á las márgenes del Mosa. Levantóse el sitio de Leyden, y casi todo el Waterland quedó sin presidios. Entre tanto, pudo ordenarse también nueva leva en Alemania, Suiza y provincias valonas, cosa que permitieron las lentitudes del enemigo. Por manera que, colocado el no muy numeroso, pero lucido ejército de Sancho Dávila en las márgenes de aquel río, ocupados sus principales pasos, y retiradas todas las barcas, los españoles encontráronse apercebidos para rechazar la invasión.

Era Sancho Dávila hombre tan experto en funciones de guerra, como conocedor del enemigo, discípulo predilecto de Alba y tan hábil como éste para las maniobras, como ejecutivo y valeroso en los ataques. Por de pronto, reforzó la guarnición de Ruremnuda con 25 banderas mandadas por Valdés, y él avanzó hasta ponerse en contacto con el enemigo, cuyos movimientos limitóse á espiar; después maniobró á la manera que aquel su insigne maestro, acometiendo los puestos avanzados del contrario, dándole rebatos y *encamisadas*, hostigándole sin cesar, y causándole pérdidas tan graves como la sorpresa de un cuerpo de alemanes, en la que perdieron éstos sobre cuatrocientos hombres. Toda la diligencia que puso Luis de Nassau en pasar el río Mosa resultó inútil. Inútil también resultó su tentativa de pasar por Lieja, á cuyo efecto hizo una intimación á su Príncipe Arzobispo. Ni los tratos que con al-

gunos de Maestricht mantenía le dieron resultado, puesto que hubo de limitarse á campar en el territorio ribereño, ni era posible ya el sostenimiento de sus tropas por más tiempo en las miserables aldeas y pagos por ellas ocupadas. Todavía intentó dar un golpe de mano á Ruremunda, pero la guarnición de esta plaza se hallaba reforzada y apercebida, así es que no tuvo otro recurso que modificar su plan y dirigirse hacia Nimega, entre el Mosa y el Wahal, con objeto de unir sus tropas con las de su hermano Guillermo, colocadas entre Grave y Thiel. Ya éste se hallaba avisado del estado de las cosas y había reunido número de barcas suficientes para poder cruzar el río. Era cuestión de diligencia, puesto que de operar con alguna rapidez, podían ganar por la mano á Sancho Dávila y realizar sin tropiezo la operación. Entre tanto, en Amberes descubriáse una conspiración encaminada á poner esta ciudad en manos de Orange, y las tropas protestantes hacían desde Gertruidenberg repetidas correrías por el territorio brabantino—datos estos que hay que tener en cuenta para comprender la apurada situación de Requesens con el enemigo en las fronteras, y otro peligro no menos grave en la misma entraña de los Estados.

También urgía al Comendador resolver el problema militar planteado en las márgenes del Mosa, pues los peligros interiores no eran menos graves que los exteriores: y por esto apremió á Sancho Dávila, y aun despachó para reforzarle cuanta gente pudo reunir de buena ó mala manera. No andaba remiso el veterano Maestro de Campo. Adelantándose á los designios del enemigo, no bien supo que éste había levantado el campo (11 Abril), despachó 300 arcabuceros del tercio de Sicilia y los caballos borgoñones del Barón de Chevreaulx para Nimega, con objeto de impedir el paso del Wahal. Y sabiendo luego por sus espías y corredores que Luis de Nassau, fracasado este su intento, había determinado darse la mano con Guillermo en la orilla derecha del Mosa, tomó la resolución de cruzar el río y trasladarse á ella, para cerrar el camino al enemigo y

presentarle batalla. Llegado junto á Grave, hizo sin pérdida de tiempo construir un puente de barcas, en la misma forma que otros días lo efectuara el Duque de Alba, y por este puente condujo sus tropas y bagajes al otro lado del río. La primera noticia que tuvo Luis de Nassau de este movimiento, fue el choque de sus tropas de descubierta con nuestros corredores. Ocurría esto el día 13, y hallábase el Príncipe rebelde en Mook, lugar puesto sobre el Mosa y perteneciente al ducado de Cléveris. Entre uno y otro ejército sólo mediaba la distancia de una legua. Retroceder no era ya posible, porque carecía de víveres y aun de plazas de refugio. Además, á su ejército le faltaba consistencia para mantenerse en la difícil situación en que se hallaba colocado. Por todas estas razones, y viéndose seriamente amenazado por su flanco derecho, hizo un cambio de frente á retaguardia sobre la izquierda, y se atrincheró en el lugar de Mook, situado sobre el río Mosa.

Hállase Mook entre este río, que corre al Mediodía, y una colina que se eleva al Norte, á tiro de cañón del lugar. El terreno llano permitía las maniobras de la caballería, y los espesos bosques que se extendían á espaldas de la colina del costado de Cranenborch, no contribuían menos á mejorar la posición, despejada por su frente, dominada por la colina, apoyada por sus costados en esta y en el dique de Grave, y protegida por los bosques que desde Middelaer se extienden hasta Nímega. Luis de Nassau dispuso su frente con un sólido atrincheramiento construído desde el dique hasta la colina. Su izquierda la apoyó en el pueblo, su derecha en la colina. La infantería, compuesta de diez banderas (10.000 soldados), en primera línea y en la colina. La caballería, parte con la infantería gascona, en la montañuela, y el grueso (cuatro escuadrones), con algunas banderas de arcabuceros, en segunda línea, oculta por los accidentes del terreno. Estos escuadrones de reserva, compuestos de 1.500 á 1.800 caballos, debían cargar en el momento oportuno sobre el flanco izquierdo español. La infantería era superior en arcabuceros. Su cifra difería en

poco de la de Dávila; en cambio la caballería era muy superior á la católica, no obstante las deserciones que últimamente había experimentado.

Mandaba esta arma el hijo del Elector palatino Duque Cristóbal de Baviera, y dirigía la infantería y todo el ejército Luis de Nassau. Otro Nassau, el menor de esta familia, llamado Enrique, figuraba también entre los señores flamencos y alemanes, que en no escaso número nutrieron el ejército rebelde. Fuerte éste en sus bien escogidas posiciones, esperó Luis el ataque de la infantería española, dispuesto á lanzar en el momento decisivo todo el peso de su numerosa y escogida caballería sobre el flanco español.

No bien llegó Dávila á tiro de cañón del enemigo, se hizo cargo de la posición de éste, y, aconsejado por Mendoza, dió á sus tropas disposición tan hábil, que acertó á suplir su inferioridad en caballería respecto de la enemiga. También su ejército formó en línea de batalla con la derecha apoyada en el dique y la izquierda en unos pliegues del terreno. La infantería, dividida en tres trozos, mandados respectivamente por Gonzalo Bracamonte, el derecho; por D. Fernando de Toledo el izquierdo, y el centro por él en persona. La caballería, dirigida por D. Bernardino de Mendoza y Juan Bautista del Monte, hallábase escuadronada toda á la izquierda. Componíase de 400 lanzas y 200 herreruelos, más 170 arcabuceros á caballo, que se distribuyeron por el frente de los escuadrones, cifra muy inferior á la del contrario, pero cuya inferioridad suplió D. Bernardino de Mendoza (recordando los consejos del gran Duque de Alba) envolviendo sus alas en dos mangas de arcabuceros y ordenando, además, que en el momento del choque las 400 lanzas se dividieran y acosaran en detall á los jinetes enemigos. Esta distribución dió tan excelentes resultados aquel día, que el mismo D. Bernardino afirma que, «por mucho que se encareciese, no se podría decir el gran servicio que hicieron en aquella ocasión *estas tropillas de gente.*»

Dada la señal de acometer por cornetas y tambores, vióse

llegar al campo español un refuerzo no esperado: la guarnición de Maestricht, mandada por Montesdoca, y las tropas del presidio de Nimega, dirigidas por Barlaymont. Este capitán anunció la llegada de Valdés con las tropas que asediaban á Leyden, y que á toda prisa se dirigían en socorro de Dávila. Pero ello no modificó la acometida. Hecha la acostumbrada *oración* por españoles y valones, Montesdoca atacó por la colina y trincheras del costado derecho enemigo, que era el más accesible; pero aunque logró desalojar á los defensores, apoyados éstos por las tropas de reserva rechazaron vigorosamente al atacante. Entonces refuerza Montes sus tropas con el tercio de Mondragón, y otra vez se lanza contra la trinchera. Fue aquel el momento decisivo de la batalla, porque el enemigo defendía su puesto con verdadera tenacidad, y los nuestros tampoco cejaban en su empeño. Montesdoca cae herido de dos balazos, y á su lado otros muchos soldados. Luis de Nassau, en persona, da aliento á los rebeldes. Entonces entró en acción la caballería. Esperaba el enemigo que ésta decidiera la acción en su favor, y en apiñada masa, dirigida por el mismo Nassau, avanza contra la nuestra para servir de apoyo á los infantes; pero recibida con nutrido fuego por las mangas de arcabuceros españoles, contenida en su primer impulso, y muy quebrantada, rehácese al abrigo de la colina, y carga de nuevo por las praderas en que se hallan extendidos los jinetes de Mendoza. En aquel momento, la nuestra divídese en tropillas y la envuelve, destrozándola, no tanto con el acero, como con el plomo de los arcabuces. En balde los Príncipes, rodeados de la flor de sus jinetes y de sus oficiales, tratan de resistir. Son arollados por los atacantes, y los fugitivos, envueltos, por decirlo así, por la oleada terrible del terror y la muerte. Bien pronto el campo queda cubierto de cadáveres. Más de 3.000 hombres yacen en él. Los dos Nassau y el Duque de Baviera desaparecen para siempre. Treinta banderas, tres estandartes y dos cañones, con todo el bagaje, son el trofeo de los vencedores. Los fugitivos corren hacia

Xanten y Nuys para ganar el Rhin, y esparcen la noticia de la derrota, que sobre ser terrible para el enemigo, pues según Mendoza apenas pudieron salvarse 1.000 hombres, costó sólo á los nuestros poco más de un centenar.

Tal fue la célebre batalla de Moock, trascendentalísima para las armas españolas, si de la victoria hubiera podido sacarse el fruto que era de apetecer. Sin embargo, ella prueba el tacto y la buena dirección del Comendador Requesens, puesto que con tal acierto supo mandar las tropas al punto amenazado y hacer converger en él todas las disponibles. Si á Sancho Dávila se debió la victoria en su parte ejecutiva, cupo al primero todo el honor de la dispositiva. En estas operaciones acreditó el caudillo del ejército español cuán bien supo aprovechar las enseñanzas del Duque de Alba, puesto que su breve campaña sobre el Mosa recuerda perfectamente las realizadas por Toledo junto á este mismo río: cautela en las maniobras, arrojo en el momento decisivo. Púsose también en evidencia, que aún influía en aquellas campañas la escuela formada por el Duque, la de los Mondragón, Montesdoca, Mendoza, Toledo, Bracamonte, y otros tan expertos para dirigir como arrojados para obrar. Desgraciadamente la pericia de los capitanes y el valor de los soldados no podían suplir defectos graves que, al deslucir la victoria, iban á quebrantar nuestro poder y á esterilizar los resultados obtenidos con ella.

FRANCISCO BARADO.

# POETAS AMERICANOS

---

A MARIA GUERRERO,

COMEDIANTA ESPAÑOLA

---

## SONETO

Palpita un genio en ti; ¡oh laureada  
Maga gentil, que en la triunfal escena  
Vuelves al mundo aquella edad, que llena  
De Lope y Calderón la musa alada!

Por ti renace en nuestra edad turbada  
Por hondos males, de tu voz serena,  
Blanda al conjuro, la inexhausta vena,  
Gloria fecunda de la edad pasada.

Y brota nueva flor de la marchita  
Planta del arte, cobra su decoro,  
Y el sentimiento de lo bello excita.

¡Salve! ¡oh sonrisa! ¡oh luz! ¡Salve, oh tesoro  
De poesía y amor! En ti palpita  
Todo el genio español del siglo de oro.

ENRIQUE FERNÁNDEZ GRANADOS.

México, 1900.



## Á ESPAÑA

---

### SONETO

Un tiempo fue, por el que en llanto bañas  
 Vanamente tus templos seculares,  
 En que tus altas glorias militares  
 Inundaron del orbe las campañas;  
 Españolas del mundo las hazañas;  
 Las playas todas españoles lares;  
 Al circundar las tierras y los mares  
 No halló el sol el confín de las Españas.

Mas si los lauros te arrancó de Marte  
 La Fortuna envidiosa de tu gloria,  
 No puede los del Genio arrebatarte;  
 ¡Que no se pone el sol de tu memoria  
 En los cielos sin límites del Arte,  
 Ni en los mares inmensos de la Historia!

NUMA POMPILIO LLONA.

Lima (Perú) 1900.

\*  
\* \*

## BRINDIS AUREO

---

Á Antonio María Gabalo.

Solemne y grave abandonó su asiento  
 Y con la copa de Champaña alzada,  
 Dijo con dulce y melodioso acento:

E. M.—*Noviembre 1900.*

7

—«¡Soñadores! ¡Brindemos por mi amada!»

»Por la mujer que los pesares calma,  
Y á cuya voz, que la pasión inspira,  
Tiene placeres y ventura el alma  
Y vibraciones la robusta lira.

»A la mujer cuya virtud adoro;  
Por la que rindo fanatismo ciego,  
A las flotantes cabelleras de oro,  
Al seno ebúrneo y al contorno griego.

«Me inspiran sensaciones muy extrañas  
Los ojos claros de mirar muy hondo,  
Que llevan una noche en las pestañas  
Y fulgores de auroras en el fondo.

»Te envidio los amores de María;  
De Romeo la cita romancesca;  
Y si yo fuese Paolo, moriría  
Al beso de los labios de Francesca.

»¿En qué gran concepción de qué poeta  
No alienta una mujer que el estro agita?  
¡Brindemos por Beatriz, por Julieta,  
Por Laura, por Ofelia y Margarita!

»¡Pero silencio!.... ¡Ya mi fantasía  
Cruza de ensueños misteriosa tropa!  
¡La mujer es la misma poesía!  
¡Brindemos por su amor! ¡Dadme otra copa!

J. MANUEL DÍAZ MIRÓN.

Méjico, 1900.

\*  
\*  
\*

## ¿QUÉ ES POESÍA?

Es la poesía pira sagrada;  
Radioso arcángel de ardiente espada;  
Tres heroismos en conjunción:

El heroísmo del pensamiento,  
El heroísmo del sentimiento  
Y el heroísmo de la expresión.

Flor que en la cumbre brilla y perfuma;  
Copo de nieve; gasa de espuma;  
Zarza encendida do el cielo está;  
Nube de oro vistosa y rauda;  
Fugaz cometa de inmensa cauda;  
Onda de gloria que viene y va.

Nébula vaga de que gotea,  
Como una perla de luz, la idea;  
Espiga herida por la segur;  
Brisa de incienso; vapor de plata;  
Fulgor de aurora, que se dilata  
De Oriente á Ocaso, de Norte á Sur.

Verdad, ternura, virtud, belleza,  
Sueño, entusiasmo, placer, tristeza,  
Lengua de fuego, vivaz crisol;  
Abismo de éter que el genio salva,  
Alondra humilde que canta el alba,  
Aguila altiva que vuela al sol.

Humo que brota de la montaña,  
Nostalgia obscura, pasión extraña,  
Sed insaciable, tedio inmortal,  
Anhelo eterno é indefinible,  
Ansia infinita de lo imposible,  
Amor sublime de lo ideal.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

Buenos Aires, 1900.

# VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

## Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

---

21 de Abril.—Campamento de *Snela Smira*.

Hoy hemos hecho una jornada de cuatro horas y diez minutos, abandonando los territorios de la provincia de Dukala para entrar en la de Rejamna, cuyos habitantes son famosos por su bravura y fiereza. No ha mucho tiempo que la kábila se sublevó contra el Gobierno y llegó á poner sitio á la propia ciudad de Marrakesh. Esto ocurrió cuando la muerte de Muley Hassan, y el actual gran visir, Bahamed, con un rasgo de audacia y temeridad asombroso, secuestró el cadáver del Emperador, y haciéndolo pasar por vivo le condujo hasta Rabat, donde se hizo fuerte y proclamó nuevo Sultán al actual, Muley Abdul-Azis. El esfuerzo y valentía de los sublevados de Rejamna resultó estéril, pues el descendiente de Mahoma, gracias á las innumerables intrigas y artificios, siempre usado entre los musulmanes, cayó sobre ellos y se *los tragó*, que tal es la expresión con que el soberano de Marruecos comunica á su pueblo la noticia de haber vencido una de las continuas rebeliones que á cada paso se desarrollan en su dilatado Imperio. Más de 8.000 prisioneros en las cárceles de Tetuán, Rabat y Fez purgan en espantosos suplicios (sabido es lo que son las prisiones marroquíes) un instante de arrojo y valentía.

Si el paisaje fue monótono y triste durante los primeros

días de camino, más lo ha sido hoy; todo el tiempo hemos cruzado una llanura árida é interminable, un yermo en toda la extensión de la palabra: el valle del *Hámera*. La venganza de S. M. Sheriffiana se ha dejado sentir fuertemente en aquellas regiones, hoy incultas y desoladas. Los árabes, que cumplimentando la etiqueta salen á recibirnos, son pobres y vienen mal vestidos, montan caballos sin arneses y algunos usan como bocado para regir al animal un simple trozo de cuerda de esparto. No puede darse mayor miseria. No corren la pólvora porque no la tienen, y si lo hacen es bien pobremente y por la necesidad de honrar al enviado de España.

El calor ha sido bastante fuerte, molestándonos mucho. Para colmo de contrariedades, el caballo que montaba en días anteriores, animal noble, manso y pacífico, se ha puesto malo, y he tenido que montar otra formidable bestia, que al oír correr la pólvora se excita, se entusiasma, y por más esfuerzos que hago acaba por hacer que, contra toda mi voluntad y pesándome mucho, acompañe á los jinetes de Rejamna en la realización de tan noble y elegante ejercicio. El cielo, sin duda alguna, quiso castigar el movimiento de envidia que sentí al admirar los soberbios caballeros de Dukala. Como en mi vida he corrido la pólvora, confieso que al principio pasé muy mal rato; pero poco á poco me rehice y dejé á mi caballo correr á su gusto y desahogar sus bríos, hasta que cansado se rindió sumiso, convirtiéndose á la postre en manso cordero.

Llegamos al campamento sobre las diez de la mañana, rodeados de numerosos jinetes (casi pudieran contarse 500), pero andrajosos y miserables. El sitio elegido se encuentra en la cercanía de una *Enzalla* ó pequeña aldea, que viene á ser una especie de *duar*, levantado junto á la tumba del venerable *Sidi Davia*. Antiguamente *Snela Smira* (*Smira* quiere decir partida), que tal es el nombre del lugar en cuestión, era muy célebre por existir en él un *Fondak* ó posada, erigido por un árabe inmensamente rico llamado M. Sodi, cuya historia es digna de ser contada.

Cuentan las tradiciones musulmanas que este respetable descendiente de Ismael era un hombre temeroso de Dios y fiel cumplidor de los preceptos del Alkorán. Conforme á las reglas, no tenía más que cuatro mujeres legítimas, á quienes quería y apreciaba sobremanera; pero como siempre se ajustaba á todo lo prescrito y no ignoraba que en la variedad consiste el gusto, poseía también innumerables esclavas de todos colores, á fin de que le distrajeran en sus momentos de ocio y expansión. A pesar de haber reunido tantos elementos de recreo, M. Sodi se aburría soberanamente en Marrakesh, donde habitaba. El tedio y el hastío eran sus inseparables compañeros, y su tristeza fue tan grande que el pobre desgraciado enfermó. Para buscar alivio á sus males convocó en junta y asamblea solemne á los más sabios *alfaquíes* y *tebib* del Imperio; hizo venir también para que asistiesen al sabio congreso, á los más ilustres y venerados *morabitos*, de esos que por vivir solos y en lugares apartados, alejados de todo comercio humano, gozan, sin género alguno de duda, de la revelación divina. Cuando tan eminentes personajes se reunieron en cónclave supremo, M. Sodi les expuso lo que le sucedía y les pidió humildemente consejo para combatir los efectos de aquel fastidio inmenso que amenazaba concluir con su existencia. El docto concurso examinó con suma detención lo expuesto por el paciente, y después de largas y eruditas deliberaciones, tras una discusión acaloradísima y reñida, y como consecuencia de profundas y maduras reflexiones, decidió por unanimidad que todo lo que ocurría al buen M. Sodi era debido á no haber cumplimentado aún uno de los más santos preceptos que impone la religión mahometana: ir á visitar el santuario de la Meca.

M. Sodi comprendió al punto lo razonable, justo y conveniente de semejante decisión, que le permitía cumplir un sagrado mandato del Profeta, al par que le presentaba ocasión propicia y favorable para alejarse de sus cuatro mujeres y de sus innumerables esclavas, que eran la causa (y esto sea dicho

entre nosotros y con la mayor reserva) á la que él atribuía su colosal y extremado aburrimiento. De seguida se apercibió para el viaje, no tardando en emprender la peregrinación, y aun cuando en el momento de partir comprendió lo mucho que le costaba separarse de su familia, y sobre todo, de algunas hijitas que dejaba en la más tierna infancia, de su casa de Marrakesh, y de los innumerables elementos de distracción que en ella había reunido, para lanzarse en un viaje largo y arriesgado, logró sobreponerse y dominarse, pensando que se trataba de cumplimentar un precepto divino, y que en su aventurada excursión hallaría alivio y consuelo al extraño mal que le aquejaba.

En efecto, los numerosos accidentes de tan penosa expedición, la extrañeza de los países recorridos, los variados monumentos y paisajes que le era dado admirar y los nuevos ejemplares de belleza que pudo contemplar en el camino, causaron muy saludables efectos en el bueno de M. Sodi, que llegó á la Meca completamente contento y satisfecho, atribuyendo naturalmente, como buen creyente, su curación á los mágicos efectos de haber tranquilizado su conciencia, cumplimentando el santo mandamiento de Mahoma, con lo que había logrado tres cosas: realizar un deber religioso, ganar consideración entre los creyentes, y sobre todo, y esto era lo que más le complacía, distraerse y esparcir su espíritu sobremanera.

Únicamente de cuando en cuando sentía ciertos resquemores que le atormentaban un tanto al recordar su familia abandonada en Al-Magreb, su casa de Marrakesh y los innumerables elementos de recreo que en ella había reunido. Pero como deseaba llenar cumplidamente sus deberes religiosos, y temía volver á caer enfermo, resistió valerosamente los crudos dolores de la separación y buscó consuelo á la soledad en la compañía de una hermosa circasiana de carácter cariñoso y compasivo que había conocido durante el viaje, y con la cual contrajo matrimonio.

Muchos años permaneció M. Sodi en compañía de la bella

circasiana, hasta que ésta, desgraciadamente, murió, lo que le produjo una impresión penosa y desagradable, por más que, siempre devoto, reconociera en tan cruel pérdida la intervención divina en su favor, tanto más cuanto que ya comenzaba á aburrirse de nuevo. Pero esta vez M. Sodi ya sabía el modo de combatir el terrible mal que con tanta razón le atemorizaba, y sin consultar á los *alfaquíes* y *morabitos*, hizo tranquilamente sus últimas devociones, dió siete vueltas á paso tranquilo, siete más deprisa y siete corriendo alrededor de la Cábá, arrojó siete piedras negras en el monte de la tentación y siete blancas en el lugar donde apareció el ángel Gabriel, bebió agua en el pozo Zem-Zem abierto á ruegos de Agar, y así, cumplimentados á la perfección todos sus deberes religiosos, emprendió el viaje de regreso hacia Al-Magreb.

Al llegar á Marrakesh sufrió una gran desilusión, pues encontró que sus cuatro mujeres legítimas habían muerto de tristeza al verse abandonadas, que sus hijos se habían perdido, sin que á pesar de sus esfuerzos lograra encontrarlos, que sus esclavas, que habían sufrido mucho con su ausencia, presentaban señales evidentes de que el tiempo no había pasado en balde, que su casa se hallaba ruinoso y sus jardines abandonados; en una palabra, que cuantos elementos de distracción había reunido á costa de inmensos sacrificios estaban viejos y gastados, todo lo cual le causó profundísimo pesar. De nuevo volvió á hallarse en la soledad, que le pesaba extraordinariamente, y como se había acostumbrado á vivir acompañado, buscó por todas partes, y al fin logró encontrarla, una joven agraciada con quien contrajo matrimonio nuevamente. Halló M. Sodi en su compañera una fuente de consuelo y felicidad, y ya se consideraba otra vez dichoso, cuando fijándose detenidamente en su cara esposa, notó que su vista le suscitaba recuerdos del pasado, pues se asemejaba en extremo á una de las mujeres que más había amado en tiempos anteriores y lejanos, lo que traía á su mente ideas desagradables. Turbaron hondamente estas reminiscencias el espíritu de nuestro buen



mahometano, quien no paró hasta indagar por cuantos medios pudo, cuáles fueran los orígenes y antecedentes de su dulce mitad, averiguando al fin y á la postre con gran espanto suyo que no era otra más que una de sus propias hijas, de aquellas que había abandonado en la infancia antes de su viaje á la Meca. Descubrimiento que escandalizó á los marroquíes.

Comprendió nuevamente M. Sodi la influencia divina, y acató los inescrutables designios del Todopoderoso, que nuevamente le obligaban á separarse de una compañera que involuntariamente le recordaba cosas tristes y que le fastidiaban mucho. Pero como no se atrevía á abandonar otra vez á su esposa é hija, y no podía avenirse á vivir á su lado, reunió por segunda vez á los más venerables alfaquíes y morabitos del Imperio, para consultarles la forma de resolver tan intrincado conflicto.

Volvieron á congregarse los sabios y doctores, y después de largas y eruditas deliberaciones, tras una discusión acaloradísima y reñida, y como consecuencia de profundas y maduras reflexiones, resolvieron que M. Sodi se debía separar de su esposa é hija, y que para calmar la justicia divina, fundaría un *fondak* para los peregrinos que visitaban la ciudad de Marrakesh, en el propio sitio donde había conocido á la causa inconsciente de sus desventuras, y que ésta quedaría allí al frente del establecimiento, mientras que él, pecador arrepentido, emprendería un nuevo viaje á la Meca.

M. Sodi, siempre sumiso á la voluntad divina, acató los decretos de la docta asamblea, y como le gustaba hacer bien las cosas, realizó su fortuna y fundó en *Snela Smira* que era precisamente el lugar en que había hecho tan fatal conocimiento, un espléndido *fondak*, al que dotó de agua potable por medio de un hermoso acueducto subterráneo, y una casa para que en ella residiese su esposa é hija, que tan tristes sucesos le recordaba, y á quien se veía precisado á abandonar. Terminadas las edificaciones, M. Sodi recogió los restos de su for-

tuna, y despidiéndose de todo el mundo emprendió su segundo viaje á la Meca, dejando á sus conciudadanos asombrados ante el espectáculo de un hombre tan justo y tan desgraciado, al que consideraron desde luego como digno de veneración y respeto.

Una vez llegado á la Meca, se dedicó por completo á la contemplación divina, no se sabe si en compañía de una ó más circasianas, jóvenes y guapas, que le distrajesen en sus ratos de ocio, le amortiguasen las consecuencias del tedio de la vida, y le evitaran los dolores de la soledad, que tanto le pesaban. Así vivió largos años, rodeado del respeto y consideración de todos los fieles musulmanes, muriendo en olor de santidad, y siendo más que probable que, como testimonio de vida tan llena de abnegación y de sumisión á la voluntad divina, se erigiese un santuario en el lugar donde se depositaron sus venerables restos.

La historia del Hach, ó sea el peregrino M. Sodi, envuelve una moraleja profunda, que es fácil de hallar para la perspicacia de los europeos, pues cuántos existen entre nosotros que siguen al pie de la letra la práctica filosófica del buen musulman. Todavía pueden verse en *Snela Smira* los restos del famoso *fondak* y de la casa de la hija de M. Sodi; y aun hoy día subsiste y se utiliza el acueducto subterráneo, cuyas aguas aprovechadas por un árabe protegido inglés, riegan una pequeña huerta rodeada de higueras. Estos pobres árboles nos causan gratísima impresión, y descansamos con agrado bajo su fresca sombra: son los únicos que hemos visto desde Guerando hasta aquí.

Volvemos al campamento, donde hallamos á nuestros criados alborotados con la presencia de un santo ó más bien de un loco, que entre los musulmanes es lo mismo. Mi servidor Abdallah, que por las cicatrices que en su cabeza y más especialmente en su frente ostenta, demuestra pertenecer á la fanática secta de los *Hamacha*, le abraza y besa con gran entusiasmo y veneración. ¡Vaya un tipo asqueroso é innoble el

del tal santo, que más bien parecía un foragido que una persona respetable! Sabido es que los árabes consideran como dignos de gran respeto á los locos, fatuos y simples, bastando que un individuo sea conceptuado como tal, para que goce de la inmunidad más completa y absoluta; puede hacer cuanto quiera, en la seguridad que nadie se opondrá á que verifique su voluntad, aunque esta consista en apoderarse de lo ajeno, tomar de las tiendas lo que se le antoje ó propasarse á los mayores excesos. Todos sus actos son atribuídos á la inspiración divina, pues su espíritu, ó por mejor decir, el que debieran tener, está retenido por Allah en el Paraíso. Lo malo es que algunos individuos que se pasan de listos, fingen hallarse dementes, y hacen contorsiones ridículas, y se visten de un modo extravagante, con el único objeto de hacer su santa voluntad y explotar la superstición de sus conciudadanos. A esta última clase me pareció pertenecer el santo que visitaba nuestro campamento, y cuyo aspecto era el de un pillo rematado. No obstante, los mahometanos le tienden la mano, le auxilián y le colman de agasajos; hasta el mismo *Kaid er Rha* le recibe en su tienda y conversa familiarmente con él. Como me hallaba presente á tan interesante escena, hice preguntar al Kaid que quién era aquel individuo á quien atendían tanto. *Un santo*—me contestó—*descendiente de Muley Dris*, lo que según parece era cierto, poseyendo la familia del loco en cuestión los comprobantes.

¡A dónde ha venido á parar la descendencia del poderoso Sultán, fundador de la ciudad de Fez!

22 de Abril.—*Campamento de Suinia.*

Los sonidos metálicos de una campanilla hirieron nuestros oídos, apenas levantados, llamándonos á la tienda comedor, convertida en capilla. El reverendo Padre Cervera, para solemnizar la festividad del día, había decidido decir una misa,

á la que asistió devotamente todo el personal de la Embajada. La ceremonia fue solemne y grandiosa, y estoy seguro que allí, bajo el techo de lona de la tienda de campaña, todos los corazones se unieron en una plegaria ardiente para pedir al cielo el feliz éxito de nuestra misión, á fin de que redunde en gloria y prez de la madre patria, que representamos en estos países bárbaros y salvajes.

Apenas terminado el santo sacrificio, montábamos á caballo y emprendíamos de nuevo la caminata. Serían las cinco y media de la mañana, la kabila de *Aitu el Bagzara* que nos acompañaba ayer se ha retirado, de manera que nos hallamos solos la caravana y su escolta. El paisaje que hemos recorrido ha sido verdaderamente abrumador; la misma llanura inmensa, infinita, invariable; las mismas plantas mustias y secas; el mismo sol abrasador y el mismo misterioso silencio. Ni un pájaro, ni un insecto siquiera para turbar aquella paz solemne y majestuosa. Se diría de nuevo que la Naturaleza está muerta. Algunas veces, efecto del grandísimo calor que nos sofoca, se levanta allá, á lo lejos, una pequeña tromba de arena que se pierde en el horizonte, describiendo innumerables espirales. Todo se ha revestido de un tinte gris de aspecto tétrico y pavoroso; el mismo cielo ha tomado un color plomizo uniforme, pesando sobre nosotros como la losa de un sepulcro, y como la caravana, sobrecogida por la inmensidad de aquel desierto y la majestad augusta de la calma, camina silenciosa, una grandísima tristeza se apodera de mí, producida nuevamente por la impresión del paisaje africano, del Africa de los misterios y tinieblas.

De pronto, hacia el Mediodía, enmedio del vaho que despidе el calor de la tierra abrasada, comenzamos á vislumbrar una línea negra, que poco á poco va haciéndose perceptible, acabando por convertirse en una cadena de montañas de regular elevación. Son las llamadas *Djebilat*, las montañitas. Cuando las contemplamos claramente y cierran el horizonte con sus graciosas ondulaciones, divisamos encima de ellas una

línea blanca que parece suspendida en el aire, y que, aclarándose poco á poco, nos descubre otra cadena de montañas, pero esta vez colosales, gigantescas, que se confunden con el cielo. Son las cumbres del Atlas, siempre cubiertas de eternas nieves, que resplandecen á lo lejos, y sus picachos más altos, sobresaliendo entre las nubes, soberbios y orgullosos, dominan las montañas y las colinas, los valles y las llanuras, pareciendo sostener sobre sus hombros la cúpula del firmamento. El espectáculo sobrepuja á toda descripción.

Embebecidos por la contemplación de tan espléndido panorama, no reparamos en la tristeza de la llanura de *El Yera*, que atravesamos, siempre muerta, siempre desolada, y nos detenemos para tomar el desayuno en medio de aquel inmenso erial. Un chico se aproxima á nosotros y nos ofrece huevos, que, naturalmente, no aceptamos, recompensando su amabilidad con alguna peseteja y comestibles. El muchacho, en un principio se extraña de nuestra conducta, pero no tarda en reponerse, y, con gran desenfado nos pide ropa y dinero para su familia, que habita en uno de aquellos *duares* miserables que allá á lo lejos divisábamos, llegándonos con esto el turno de extrañarnos también de aquel exceso de confianza tan repentinamente adquirida.

Mientras tanto, habíase puesto en discusión si terminaría nuestra jornada en *Saharidji*, como se había pensado en un principio, ó si proseguiríamos hasta *Suinia*, haciendo dos etapas en un mismo día, pues según decían los directores de la caravana, en el primero de aquellos sitios no quedaba ya agua. No faltó quien supusiera que se trataba de un ardid del Gobernador del distrito para evitarse una *Muna*, ya que ambos lugares pertenecían á su jurisdicción; pero el *Kaid er Rha*, jefe de la escolta, quizás para evitar maliciosas interpretaciones, dijo que se hallaba á las órdenes del Ministro, y que se haría lo que éste ordenase; pues si bien es cierto que en *Saharidji* no había agua, la podría mandar traer de otros lugares. Decidióse ir á almorzar á dicho sitio, y resolver allí, en vista

del tiempo que hiciera y del estado de cansancio en que nos hallásemos, si continuaríamos ó no. Avisóse por medio de un mensajero á los *fraigúia* que nos precedían, que al llegar á *Saharidji* levantarán únicamente las tiendas que servían de comedor y cocina y esperaran nuestras órdenes, y, volviendo á montar á caballo proseguimos en dicha dirección.

Después de dos horas de marcha (habíamos caminado, descontando el desayuno, cuatro horas), llegábamos al lugar de *Saharidji*, así llamado por existir en él una antigua cisterna, á la que rodean tres *duares* miserables de aspecto fatídico y melancólico, con sus *xaimas* cónicas de pelo de cabra y camello, y sus círculos, formados de espinos secos, de un gris cenizo. Junto á una charca de aguas turbias, en la que algunas moras miserables, sucias y desgredadas lavaban lana recién cortada, se alza una especie de muralla como de veinte metros de largo por uno y medio de ancho, terminada por unos remates algo elevados en forma de campanarios, en cuya base se abren dos pequeñas puertas. Aquello era la famosa cisterna. Me asomé por una de dichas puertas, y hallé una escalera que descendía por veinte ó veinticinco escalones hasta el fondo, viniendo el todo á formar un largo túnel en el que no existía ni una gota de agua. Algunos moros, huyendo del calor abrasador que al aire libre reinaba, se habían refugiado en el fondo de aquel subterráneo.

Nunca olvidaré la impresión de tristeza allí experimentada. Uno de los moros, especie de loco ó santo, cantaba en el fondo de la cisterna, que había elegido por refugio, una canción llena de tristeza y melancolía, como todas las árabes. Su voz repercutía lúgubrementemente en la alta bóveda, y resonaba en el exterior con modulaciones extrañas, y aquel canto resultaba fatídico: parecía una maldición, un lamento y una amenaza, y al oírle, la misma impresión de angustia que había sentido en *Sock el Telata*, volvió á apoderarse de mi espíritu.

Era medio día; la Naturaleza domeñada por un calor abrasador, más que dormida parecía muerta. El sol caía á plomo

sobre la inmensa llanura árida y desolada; en torno nuestro algunos *duares* se dibujaban en el horizonte como manchas parduzcas de aspecto siniestro; las débiles gramíneas que allí vegetaban, se inclinaban al suelo mustias y secas, buscando un poco de sombra que no encontraban, y el cielo, de color plumizo, pesaba como la losa de un sepulcro; no se percibía el más pequeño rumor que demostrase la vida, y solamente algunos leves torbellinos de arena levantados por el aire caliente, se alejaban formando espirales caprichosas que se disolvían en lontananza. Turbaba únicamente aquel silencio espantoso, la triste voz que parecía brotar del fondo de la tierra, que aumentada por la resonancia de la bóveda de la cisterna, sonaba á mis oídos como una predicción de ruína y desolación. El canto fúnebre, para que nada faltase, tenía también su acompañamiento, extraño y singular, como convenía; los golpes secos y acompasados que daban con sus palas las moras tristes y silenciosas que junto á la laguna vecina batían lana. Nuevamente sentí miedo ante el enigma de aquella Naturaleza inerte y misteriosa que se presentaba tan dura, inclemente y despiadada para todo lo que significase vida y movimiento.

Todos deseábamos terminar cuanto antes el viaje para salir de aquella monotonía desesperante; así que, aprovechando una ligera brisa que se levantó, nos apresuramos á proseguir la marcha hacia *Suinia*, á fin de llegar aquella misma tarde al pie del *Djebilat*. Durante dos horas continuamos atravesando la extensa llanura, dejando á un lado *Sock-el-Hat*, el mercado del domingo, donde reinaba por ser tal día gran animación. Los árabes allí reunidos vieron pasar la caravana con absoluta indiferencia, y nosotros nos alejamos rápidamente, anhelando arribar á las montañas.

El campamento se levantó en las faldas de la cadena del *Djebilat*, que nos separa del valle del *Tensif*, donde se encuentra la ciudad de *Marrakesh*, meta de nuestra expedición. El lugar elegido llámase *Suinia*, del nombre de una pequeña noria que allí existió en tiempos anteriores. Una cisterna, una

noria, un pozo, tales son los monumentos notables y señalados á la atención del viajero que atraviesa estas regiones, y se comprende fácilmente pues el agua es el elemento más escaso y codiciado en estos países. Nada queda de la noria, y en su lugar se encuentran unos pozos que nos suministran agua pura, fresca y cristalina. En cualquier parte, el paisaje que nos rodea sería insignificante; sin embargo, aquí me parece bello por el contraste que establece con el que anteriormente contemplaba. Al llano ha sucedido la montaña, yerba fina y tupida cubre el suelo como una alfombra verde, algunas florecillas de variados colores crecen alegremente, y numerosos arbustos cubiertos de hojas que mece el viento, produciendo un suave murmullo que halaga dulcemente nuestros oídos, se ven por todas partes. A los pozos vecinos bajan á beber bandadas de aves que cantan alegremente, é innumerables insectos pululan en todas direcciones. La vida ha recobrado sus derechos; podemos respirar tranquilamente.

Vecinas al campamento se levantan dos pequeñas *kubbas*. Una, erigida en honor de *Sidi-Hamed*, escondida en un valle y rodeada de montañas, apenas nos deja ver su cúpula blanca, que resplandece entre los espinos salvajes que crecen en los montes que la circundan. La otra se encuentra bastante más próxima y en dirección hacia Poniente. Hacia ella nos dirigimos y averiguamos que está dedicada á Sidi-Mohamed-Ben-Faddil, cuyos venerables restos allí se conservan. El edificio nada ofrece de particular y es idéntico á cuantos erigidos con objeto análogo hemos visto anteriormente: un cuadrado de murellas cubierto por un casquete esférico; el todo cuidadosamente encalado. Precede al edificio un pequeño cementerio rodeado de tapias, en el que crecen algunos árboles, de los que cuelgan numerosos fragmentos de cuerdas cubiertas de nudos. Estas cuerdas vienen á ser á manera de exvotos allí suspendidos para testificar los milagros obtenidos, gracias á la influencia del Santo enterrado en la *kubba*. Por la puerta entreabierta vislumbramos el interior del santuario, desnudo de toda clase



de adornos, salvo un zócalo de azulejos esmaltados que relucen entre las sombras que no logran disipar algunas lámparas tristes y melancólicas.

Detrás del santuario el sol se ocultaba rodeado de nubes que brillaban con infinitos matices, tanto que el cielo había tomado un aspecto maravilloso. Una luz rosada envolvía cuanto nos rodeaba, esfumando los contornos y dulcificando las asperezas, en forma que todo se revestía de tintas delicadísimas de una suavidad encantadora. Parecía como si aquella luz tan apacible fuera una caricia del astro del día antes de ocultarse y la Naturaleza entera la recibiera estremecida de gozo. ¡Ya me había anunciado mi buen amigo el notable pintor Enrique Simonet que este era el país de las puestas de sol maravillosas!

Por la noche fuimos á visitar al simpático *Kaid er Rha*, jefe de nuestra escolta, *Sidi Mohammed Ben Guerazi*, que apenas contará veinticinco años; tiene el grado militar equivalente al nuestro de coronel y manda á mil hombres. Nos recibe en su tienda, reclinado sobre unos cojines. Nada más sencillo que el modestísimo ajuar de aquel interior: tapetes y colchonetas extendidas por el suelo, y las armas del dueño suspendidas del palo central que sostiene el frágil edificio. Nos sentamos á la moruna y entablamos, con auxilio de los intérpretes necesarios, una conversación interesante sobre el ejército marroquí. Los datos que nos suministra el *Kaid er Rha* respecto á los *mejaznias* (tropas á caballo) y á los *ascaris* (tropas á pie) son ya conocidos. Divídense en fracciones de diez, cien y mil hombres, al frente de cada una de las cuales existe un *Kaid* de la categoría correspondiente. Los uniformes, como los armamentos, son variadísimos, habiendo trajes de todos los colores y fusiles de todos los sistemas, lo que no deja de producir un efecto pintoresco. En el ejército hay hombres de distintas edades, desde niños de doce á catorce años, hasta ancianos venerables. Los sueldos son irrisorios y miserables: podemos juzgar de ellos al saber que nuestro *Kaid er*

Rha cobra tan sólo dos reales diarios. Los soldados tienen seis céntimos al día y además la obligación de mantener los caballos que montan. Sabiendo esto ¿habrá quien pida moralidad á las tropas del Sultán? ¿Habrá quien les impida dedicarse al pillaje y al robo?

Sidi Mohammed Ben Guerazi, á pesar del alto puesto que ocupa, es una especie de chicuelo ingenuo y sencillote. Se mueve con la natural elegancia del animal salvaje, y revela en sus pies y manos pequeños, y en sus muñecas finas y delgadas, pertenecer á una raza escogida. Es oriundo de Mequinez; su hermano desempeña el cargo de *Jalifa* (segundo lugar-teniente) del *Kaid-el-Meshuar*, ó sea el Introdutor de Embajadores. Hace un año sólo que el Sultán le llamó para entregarle el mando de un regimiento, y con aquel motivo le regaló la tienda que ocupamos y un hermoso caballo negro que monta con sin igual desenvoltura. Desconoce todo lo que no sea su país, y muy ufano y orgulloso de la expedición que ha dirigido, nos pregunta si España, digo mal, si toda Europa es tan grande y tan hermosa como las dos provincias de Dukala y Rejamna, que acabamos de atravesar; y semejante pregunta no debe sorprender á nadie, puesto que á nosotros mismos las condiciones en que hacemos el viaje nos lo hacen parecer interminable, y sólo por reflexión comprendemos que en realidad sólo se trata de recorrer 200 kilómetros por terreno llano, lo que uno de nuestros ferrocarriles realizaría en poco más de cuatro horas.

¿Qué tiene, pues, de extraño que Sidi Mohammed Ben Guerazi, acostumbrado á viajar con la tranquilidad musulmana y á tardar cuatro días, cuando menos, en recorrer la distancia que separa Mazagán ó Mogador de Marrakesh, juzgue infinitamente pequeños esos países de Ultramar, de que ha oído hablar, y que según le han dicho se atraviesan de extremo á extremo en cuarenta y ocho horas? El medio de locomoción no quiere decir nada, y para las imaginaciones árabes el tiempo debe hallarse en proporción con la distancia. Es verdad que

resulta casi imposible hacerles comprender que una locomotora marcha con rapidez vertiginosa invirtiendo por completo las proporciones establecidas. En vano tratamos de explicar á nuestro huésped las ventajas que proporciona el ferrocarril, y uno de nosotros, queriendo hacer una comparación práctica, le dice que si existiera en Marruecos, nuestro viaje apenas hubiera durado medio día. Nuestro interlocutor se queda pensativo y, aunque lucha por esconder sus impresiones, no logra ocultar su sorpresa; vacila entre el asombro y la creencia de que pretendamos abusar de su buena fe, y tras una pausa no muy breve nos responde como poniendo en duda las maravillas descritas: «¡Todo puede ser, si Allah lo quiere! Ojalá existieran esas máquinas poderosas que permitiesen que aquel que reside en Mequinez pudiera prestar sus servicios al Magzen y regresar por la noche á su casa, de manera que para obedecer á su señor no tuviera que vivir por completo alejado de su familia. Ciertamente que eso sería muy hermoso, y si no existe en Al-Mogreb es porque el Todopoderoso (mil veces bendito sea) no lo consiente. Cúmplase siempre su omnipotente voluntad.» Fue imposible obtener nada más del caudillo árabe, y como la noche avanzaba y era prudente descansar, cada cual se retiró á su tienda.

¿Qué pensaría durante aquella noche Sidi-Mohammed-Ben Guerazi? Sin duda alguna se diría á sí mismo que bien poco valen las fábulas de los cristianos si se comparan con las fantásticas creaciones de las *Mil y una noches*, y qué podía correr una máquina de hierro, inventada seguramente por los espíritus malignos, al lado de aquella maravillosa y casi divina jumenta Elborack, que recorría los siete cielos y el inmenso infinito, en el escaso tiempo que tarda en derramarse un vaso de agua.

23 de Abril.—*Campamento de El Kanthara.*

Ya podemos dar el viaje por terminado: estamos en las afueras de Marrakesh, acampados en el espléndido bosque de palmeras que circunda á la capital Magrebina. Pero conviene proceder con método.

Aunque habíamos madrugado como de costumbre, fue preciso esperar en el campamento de Suinia hasta que fuese día claro, pues no era conveniente atravesar la garganta del Djebilat á la escasa luz de la aurora. Paseábamos para matar el tiempo, cuando escuchamos unos golpes secos y acompasados que repercutian en el aire marcando un ritmo cadencioso. Procedía el ruido del vecino campamento de los soldados, y hacia allí nos dirigimos creyendo que estarían batiendo lana ó haciendo algún otro oficio semejante. Pero no era esto. Al aproximarnos presenciábamos un espectáculo terrible de imponente crueldad. Un desgraciado yacía en tierra, boca abajo, los brazos extendidos, sujetados por cuerdas á dos cuñas clavadas en el suelo, la espalda desnuda, y junto á él, dos negros fornidos que descargaban pausadamente y con método sus formidables garrotes sobre aquel cuerpo miserable. El infeliz paciente no exhalaba ni un quejido, los verdugos cumplían su misión impasiblemente, y para ayudarse en el trabajo canturreaban un canto lúgubre. Jamás olvidaré aquel cuadro espantoso, que todos los circunstantes indígenas contemplaban con absoluta indiferencia. Según nos dijeron, el pobre hombre había robado un poco de cebada del pienso de las mulas confiadas á su guarda, y el Kaid de los *ruas* había ordenado que se le diesen cincuenta palos y ya estaba la sentencia casi cumplimentada. Nuestro espíritu se sublevó ante tanta barbarie é intervinimos en favor del desgraciado, que de seguida fue puesto en libertad, y sin tardar un momento corrió á esconderse entre los suyos atemorizado y sin dirigirnos siquiera

una mirada de gratitud: tal era el espanto que le dominaba.

Entre tanto se había hecho bastante luz para que pudiésemos emprender la marcha, y muy poco tiempo después nos internábamos en los defiladeros del *Djebilat*.

Más de una hora duró la travesía, que no ofreció ninguna dificultad, pues el sendero no era demasiado agreste; en cuanto al paisaje, nos resultaba en extremo pintoresco, pues contrastaba con el que durante los días anteriores habíamos contemplado. Marchábamos por una especie de cañada no muy estrecha, y el suelo presentaba grandes vetas de mármol de diversos colores. La vegetación, escasa y pobre, como siempre; el cielo muy azul, y el sol, ya bastante alto, pesando sobre nuestras cabezas. A causa de los accidentes del terreno, la caravana marchaba esparcida, y así siguió, atravesando las montañas, hasta que, después de dos horas y veinte minutos, nos deteníamos para tomar el desayuno en la vertiente opuesta, junto al pozo de Ben Seid.

Desde que salimos de la garganta del *Djebilat* y comenzamos á descender hacia el valle, admirábamos la cordillera del Atlas, que se manifestaba á nuestra vista con todo su esplendor. Desde Bir Ben Seid en adelante caminamos de sorpresa en sorpresa, y, á decir verdad, nuestro espíritu gozaba sobremanera al contemplar tan maravilloso espectáculo. Había salido á nuestro encuentro el Kaid de Smira, excusándose de no habernos saludado al pasar por su distrito. Era un muchacho joven y simpático, al que acompañaba numeroso séquito de jinetes, y mientras nos detuvimos junto al pozo, él mismo, en unión de sus soldados, corrió repetidas veces la pólvora. A pesar de tal atractivo, no permanecimos mucho tiempo en aquel lugar, pues deseábamos cuanto antes llegar á la meta deseada.

De Bir Ben Seid á la entrada del puente sobre el Tensif, en cuyas cercanías habíamos de acampar para preparar el ingreso solemne en la ciudad, hay una hora y cuarenta minutos de marcha, tiempo que se pasa en un momento admirando

el espléndido panorama que se domina, cuyos componentes van haciéndose cada vez más claros y perceptibles. Al fondo, cerrando el horizonte por el Sud, las altas montañas del Atlas, irguiendo sus cumbres, siempre cubiertas de nieve, hasta el cielo; á sus pies, el fertilísimo valle que riegan los ríos *Tensif* é *Issyl*; en el centro del valle, una inmensa mancha verde obscuro: el bosque de palmeras, y enmedio del bosque otra mancha más pequeña rojiza: la ciudad, *Marrakesh-el-Amhra*, dominada por sus gallardos y elegantes minaretes, entre los que descuella como reina y señora la torre elegantísima, rival de la Giralda sevillana, la torre construída por Yacub Almanzor el victorioso: la *Kotubia*.

Uno de los últimos altos que preceden la bajada al valle está formado por una enorme roca de mármol blanco, y desde allí se ve perfectamente toda la ciudad, distinguiéndose las cúpulas verdes de las mezquitas, y más especialmente la del famoso santuario de *Sidi Bel Abbás*, terminada por un remate compuesto de tres bolas doradas superpuestas, y los casquetes esféricos de las *kubbas*, todas blanqueadas; las casas, encaladas también, rodeadas de jardines; muchas torres, ya rojizas por el color de los ladrillos, ya cubiertas de esmaltes y alicatados, y el amplio cinturón de las murallas almenadas, circundadas á su vez por la faja de palmeras que ciñe á la ciudad. Dicen que cuando llegan á aquella piedra los caminantes musulmanes, después de sus largos y fatigosos viajes, prorrumpen en gritos de entusiasmo al contemplar lo que en su idioma, tan pintoresco y expresivo, llaman el mar de verdura, y que, emocionados por la admirable belleza del espectáculo, entonan una plegaria á Allah é invocan al santo patrón de la capital, *Sidi Bel Abbás*, y á los *Siete Durmientes*, tan venerados, para que la ciudad les conceda buena y franca hospitalidad. Al mismo tiempo, como piadoso homenaje, depositan en un lugar determinado una piedrecita, y estos *exvotos* forman ya un enorme montón, que se encuentra al lado del camino.

No es de extrañar que los árabes consideren el valle del

Tensif como uno de los lugares más bellos del mundo. Panoramas semejantes se encuentran muy pocos, y su vista compensa las fatigas del viaje sobradamente, causando además en nosotros una sensación extraña y paradójica el contemplar aquellas palmeras que dibujan sus elegantísimas siluetas sobre un fondo de inmaculadas nieves. Pero lo más admirable es la luz radiante y vivísima que todo lo rodea con una especie de aureola, y que derramándose entre aquella vegetación exuberante de vida, viene á romperse en las murallas rojizas de la ciudad y en los verdes y azules esmaltes de las torres, en las *kubbas* encaladas y en el violáceo de las montañas, y reverberando en la nieve de las cumbres acaba por formar una sinfonía de colores que, recorriendo toda la gama de tonos y matices, amortigua todas las durezas y funde todos los detalles en un conjunto suavísimo de incomparable y serena belleza.

Y en la delectación del espectáculo extraordinario y de la sensación deliciosa llegamos sin sentir al campamento levantado en una verde pradera, regada por innumerables riachuelos y sombreada por infinitas palmeras que levantan al cielo sus airosos penachos, ya solas, luciendo sus formas elegantes, ya en grupos de cuatro ó cinco, muellemente enlazadas.

Como habíamos adelantado una jornada en el camino no éramos esperados, y fue preciso avisar á la ciudad, distante unos seis kilómetros, nuestra llegada. Pronto supimos que el Magzen no tenía dispuesto nuestro ingreso solemne en la forma establecida por el ritual, sino para el miércoles, lo que nos obligaba á estar detenidos un día más en el campamento de El Kanthara. No obstante, hacía saber también al enviado de España, que si él lo deseaba se tomarían las disposiciones necesarias para que la recepción fuese al día siguiente. Todos ansiábamos terminar el viaje é instalarnos de un modo definitivo. Aunque la expedición no había sido desagradable, ni la vida de campamento resultado molesta, el que más y el que menos sentía sus deseos de encontrarse en una casa medianamente amueblada y con buenos lechos para descansar; así fue

que el Ministro, teniendo en cuenta las justas aspiraciones de su comitiva, contestó que no habiendo ningún inconveniente de importancia que á ello se opusiera, le agradaría verificar su ingreso lo más pronto posible, conviniéndose en que semejante ceremonia tendría lugar en la mañana del siguiente día.

La resolución fue acogida con júbilo por todo el personal, y la tarde se pasó hablando de aquel acto solemnísimos, del que nos habían hecho descripciones maravillosas. Veremos si se confirman. También paseamos largo rato por el hermoso bosque de palmeras, y fuimos á visitar el puente sobre el río Tensif, hermosa construcción que tiene quince ojos y más de cuatrocientos metros de largo, pero que se encuentra en estado ruinoso. El río apenas si traía agua, por más que, á juzgar por la importancia del puente, deba arrastrar extraordinario caudal, al menos en la época del deshielo.

Pasóse la tarde alegremente, y á la noche todos nos retiramos para prepararnos debidamente á la solemne ceremonia de la entrada. Abriéronse las cajas y baules, sacáronse los uniformes y nos acostamos pensando en una fiesta sorprendente y original, y dando gracias al cielo por ver felizmente terminada tan larga y extravagante expedición.

\*  
\* \*

#### LA ENTRADA SOLEMNE

Marrakesh.—Dar Muley Ali.—24 de Abril de 1900.

Escena de comedia de magia, visión fantasmagórica, triunfo, apoteosis, aún no sé como definir el maravilloso espectáculo que hemos presenciado esta mañana, y digo mal presenciar, puesto que la Embajada ha desempeñado en él parte importantísima. Punto menos que imposible resulta describir cuadro tan estupendo de animación, luz y color, que más



bien que realidad pudiera creerse la materialización de un sueño de *Las Mil y una noches*. Según Enrique IV, París bien valía una misa; nosotros podemos decir que bien se pueden soportar las molestias del viaje á Marrakesh, con tal de presenciarse semejante ceremonia, incomparable por su bárbara grandiosidad y loco alarde de pompa exótica, y realzada hasta lo sublime por el espléndido panorama en que se desarrolla; aquel admirable oasis africano, cubierto de palmeras que dominan las excelsas cumbres del Atlas, eternamente cubiertas de nieve.

A la hora señalada desde ayer presentaba nuestro campamento un golpe de vista pintoresco y animado. Entre las tiendas, circulábamos todos, vestidos de uniforme y conversando con algunos miembros de la Embajada italiana, á la sazón en la corte del Sultán, que habían venido á saludarnos y á acompañar nuestra comitiva. Por otra parte, todo era bullicio y algazara: los árabes de la escolta se agitaban corriendo en todas direcciones y sentidos, preparándolo todo y disponiendo el orden que habíamos de seguir, que se estableció del siguiente modo: primero el Kaid-er-Rha, con un destacamento de soldados; después el Embajador llevando á su lado un intérprete, luego el personal de la Embajada dispuesto por orden de categorías, y en último lugar el resto de la escolta y la servidumbre.

Nos pusimos en marcha en dirección al río Tensif, y no bien hubimos cruzado el hermoso puente, hoy medio arruinado, cuando comenzó á desarrollarse ante nuestra vista el espléndido espectáculo de la formación de caballería de las kábilas comarcanas. Formaban una línea regular situada á nuestra izquierda, y durante largo trecho del camino pudimos observar aquellos jinetes tan bizarros que montaban caballos de raza bereber hermosos y fornidos. A medida que adelantábamos, algunos de aquellos pelotones se incorporaban á nuestro séquito, que iba aumentando paulatinamente.

El camino que recorriamos atravesaba el bosque de pal-

meras, y como á cada paso nos aproximábamos á la ciudad cuyas torres se alzaban entre las ramas de los árboles, comenzaban á verse á diestra y siniestra huertas y jardines de vegetación riquísima y frondosa. Entre los datileros, crecían en abundancia vetustos y venerables olivos, y graciosos granados cubiertos de flores rojas, que relucían á la ardiente luz del sol, que todo lo iluminaba. Enormes plantas de viña enlazaban sus sarmientos entre las palmas y demás árboles, describiendo curvas y círculos caprichosos, y un sin fin de florecillas menudas esmaltaban el suelo fertilísimo, regado por innumerables canales que derraman el agua de los ríos Tensif é Issyl por toda la vega. El color rojizo del suelo prueba la generosidad de aquella tierra, y como el camino que recorreremos debe ser sumamente transitado, una nube de polvo tenue y sutilísimo nos envuelve, esfumando los contornos del paisaje, y revistiéndolo todo de una especie de niebla de tono rosa pálido, que amortigua la viveza de aquel colorido tan brillante y abigarrado.

La interminable fila de jinetes sigue á nuestra izquierda durante centenares de metros, y á ella suceden las fuerzas de *askaris* (infantería regular), con sus uniformes de todos colores. Desde ahora marchamos rodeados por numerosos soldados que maniobran con bastante habilidad, por más que fuera de temer que en semejante confusión la punta de una de aquellas bayonetas causase un mal tercio á alguno de la comitiva.

De distancia en distancia un grupo de jovenzuelos soplaban en sus cornetines mientras que otros de sus compañeros redoblaban en sus tambores metiendo un ruido ensordecedor, y en tanto, á nuestro encuentro, montando en briosos corceles ó en pacíficas mulas, salían á recibirnos los altos personajes de la corte; el Representante del Ministro de Negocios extranjeros, Abd-el-Krim Ben Solimam, conocido en España por haber desempeñado el puesto de Secretario de la Embajada que, presidida por Sidi Brisha, visitó á la corte de España á raíz de los sucesos de Melilla; el Introdutor de Embajadores,

Kaid-el-Meshuar; el Mayordomo mayor de palacio; el Basha de Marrakesh, dos funcionarios del Ministerio de la Guerra, uno de los cuales ha sido educado en Bélgica y habla perfectamente francés, mientras que el otro nos habla inglés por haber estudiado en la Gran Bretaña. Este último, que desempeña el cargo de Ministro, vacante por la muerte de su último poseedor Si Said, hermano del Gran Visir, el famoso Ba-Ahmed Ben Muza, nos dice que aquella misma mañana ha fallecido otro hermano del poderoso valido, y que éste no ha salido á nuestro encuentro por hallarse enfermo.

Entre la abigarrada multitud que forman los magnates y su séquito, y las tropas del Sultán, se encuentran algunos europeos, y entre ellos el inglés Mr. Mac Lean, antiguo oficial británico, hoy Kaid instructor de los ejércitos marroquíes, que viste un uniforme bastante parecido al de los spahis franceses, y los dos oficiales de artillería que componen la misión que Francia sostiene en permanencia cerca del Emperador de Marruecos.

En una de las infinitas revueltas del camino, una mancha de color vivísimo hiere nuestra vista. Son los músicos del Sultán. Colocados sobre un terraplén, sombreado por un grupo de palmeras, forman dos filas. Visten largas túnicas verdes y rojas, con amplias mangas flotantes, y ciñe sus frentes un gorro puntiagudo de idéntico color que el traje. Empuñan inmensos instrumentos de cobre dorado, que relucen al sol, y adoptan actitudes hieráticas. Apenas nos ven, comienzan á tocar al unísono, una especie de marcha pausada y solemne, de ritmo exótico al par que majestuoso. La melodía extravagante resuena simultáneamente en toda la escala de los sonidos, y la reproducen á un tiempo el chillón flautín y el ronco bombardón, mientras que el bombo implacable é impasible marca todos los tiempos fuera del compás. Nadie puede imaginarse nada más bárbaro que aquella música desentonada y salvaje. Los intérpretes ejecutan la melodía (si puede dársele semejante nombre) con sin igual entusiasmo; sus carrillos se

hinchán y de las fauces abiertas de los instrumentos salen verdaderos mugidos que atruenan el espacio. Tocan lo más fuerte que pueden, como poseídos de la grandeza de la misión que desempeñan, y permanecen hieráticos, encantados, escuchando los formidables sonidos que producen. Semejante marcha acompaña siempre al Príncipe de los Creyentes; antiguamente, después de la guerra de África, el himno nacional marroquí, era una especie de marcha real española echada á perder; hoy ha cambiado y lo constituye esa otra composición, apropiada como ninguna para resonar en presencia de un soberano cuyo poder despótico ejerce la más completa tiranía sobre sus súbditos, que le contemplan extasiados, como á la representación del Todopoderoso en este mundo.

Nuestra comitiva, que se ha aumentado visiblemente por habersele incorporado los ministros y magnates con sus séquitos respectivos, camina con gran dificultad á través de un verdadero océano humano, cuyas oleadas tratan de contener inútilmente los soldados que nos rodean. Toda la ciudad presencia nuestro paso, pues el Sultán, según añeja costumbre, ha ordenado que los habitantes de la capital salgan á recibir y festejar sus huéspedes. Ansiosos de asistir al espectáculo siempre nuevo y original, puede calcularse que más de veinte mil individuos, ya formando masa compacta, ya subidos en palmeras ú olivos, contemplan la entrada solemne de la Embajada española, saludándonos con gritos de bienvenida; y es de ver aquella inmensidad de cabezas expresivas que fijan en nosotros penetrantes miradas y se agitan con entusiasmo. Es tal la aglomeración, que vemos desgajarse una rama de un corpulento olivo, incapaz de resistir el racimo de criaturas que de ella se había suspendido.

A decir verdad, marchaba insensiblemente, embebecido por el maravilloso espectáculo. A veces parecíame ser un monarca de aquellos de los cuentos de hadas, que penetra triunfador en la capital de su reino, en medio del entusiasmo de sus súbditos; ó bien, por el contrario, creía actuar de comparsa en una

de aquéllas magníficas procesiones que solemos presenciar en los grandes teatros de ópera. El segundo acto de *Aida* se presentaba con insistencia á mi recuerdo y á ello contribuía indudablemente aquel grupo de músicos de todos colores, que en actitud hierática continuaban tocando su marcha bárbara, salvaje y grandiosa, cuyo ritmo señalaban los fuertes golpes del bombo. La ceremonia con todo su lujo de pompa oriental y su brutal grandeza, resultaba sorprendente é inesperada para nuestras mezquinas fantasías de europeos que han olvidado desde hace ya tanto tiempo aquellos actos solemnes en que toma parte todo un pueblo.

Poco á poco nos habíamos aproximado á la ciudad. La cúpula verde del Santuario de *Sidi Bel Abbés* brillaba á lo lejos, y las murallas rojas, con sus torres y almenas, cerraban el horizonte con una línea accidentada y sinuosa. *Bab-el-Djemis*, la puerta del jueves, se hallaba enfrente de nosotros, pero no debíamos entrar por ella en Marrakesh, pues con el fin de evitar recorrer las tortuosas calles de la ciudad, continuamos bordeando las murallas hasta *Bab-Dakala*, la puerta que se halla más cerca del palacio de Muley Alí, residencia que nos ha sido destinada.

Sobre las murallas, en las terrazas de las casas, en las torres, en todas partes, vemos manchas blancas que se agitan y se mueven con vivacidad extraordinaria: son las mujeres que, envueltas en sus inmensos mantos, presencian el espectáculo y entusiasmadas por el golpe de vista fascinador prorrumpen en agudos y penetrantes chillidos, especie de grito de alegría y saludo de bienvenida, que domina el ensordecedor estrépito de la charanga, que prosigue su tocata invariable, y de las innumerables bandas de cornetas y tambores que resuenan á más y mejor.

Confieso que estaba anonadado y confundido, que jamás había imaginado nada semejante y que me faltaban ojos con que ver y oídos con que oír. Aquel conjunto de colores que cambiaba con la frecuencia de un kaleidoscopio, sucediéndose

á los albornoces blancos de los magnates las chaquetas rojas de los soldados; á los túnicos verdes de los músicos los infinitos matices de las chilabas del pueblo; todo ello confundiéndose y compenetrándose, aturdíá y mareaba; aumentando el efecto aquel mar de cabezas y brazos que se movían en todas direcciones, aquellos racimos humanos suspendidos de los árboles, el maravilloso bosque de palmeras, los muros rojos de la ciudad, las torres esmaltadas, las cumbres deslumbradoras del Atlas, el cielo azul purísimo, el sol difundiendo sus rayos por todas partes, los gritos de entusiasmo de la muchedumbre, los saludos de los magnates, las voces de mando de los jefes, los alaridos de las mujeres, en fin, una confusión de cosas diversas que, envueltas en una nube de polvo finísimo de tono rosa pálido, asemejaban un sueño ó una fantástica visión.

Sin darnos cuenta pasamos bajo las murallas de la Puerta de Dukala, recorrimos algunas calles tortuosas y estrechas que sombreaban una especie de enrejado formado con hojas de palmera; llegamos á una plaza donde se alzaba la mezquita de la *Kotubia* con su bellissimo alminar, y después de franquear una puertecita abierta en un blanco muro, sentimos una deliciosa sensación de frescura al hallarnos bajo los árboles del jardín del palacio de Muley Alí, nuestra vivienda en Marrakesh.

Llevábamos dos horas de marcha rodeados de aquella multitud y de aquel estrépito, y nos encontrábamos ansiosos de un poco de soledad y silencio. Unicamente los ministros y altos funcionarios penetraron con nosotros en el recinto del hermoso palacio, especie de Alhambra en bruto, con grandes patios y hermosos jardines, sin duda con objeto de instalar al Embajador en sus habitaciones. Durante algún tiempo continuó aquello pareciendo la torre de Babel; pues allí se hablaba árabe, español, italiano, francés, inglés, qué sé yo, cruzándose las órdenes en todos los idiomas. Los funcionarios marroquíes pronunciaban á todos y á cada cual largos discursos, en que las expresiones y saludos de bienvenida se mezclaban con las cortesés hipérboles usadas por los orientales y propias del caso.

Poco á poco fueron todos retirándose, y una vez solos, se procedió á la distribución de las habitaciones. Por mi parte me tocó en suerte un precioso camarín que había de compartir con mi entrañable amigo Jaime de Ojeda, y que abría sobre un jardín encantador, plantado de naranjos, mirtos y arrayanes, lleno de rosales floridos y fuentes murmuradoras, y rodeado de altas murallas que dominaba la torre de la Kotubia. Formaba aquello un voluptuoso retiro. A la anterior algazara había sucedido un silencio dulcísimo, y comencé á sentir una impresión de delicioso bienestar. Todos los nuevos habitantes de *Dar Muley Ali* descansaban, y yo por mi parte, después de echar sobre la puerta entreabierta una cortina de paño azul que dejaba entrar una luz dulcísima, intenté hacer lo propio. Por más que hacía no me era posible apartar ni un momento de mi imaginación la visión del maravilloso espectáculo que acabábamos de presenciar, verdaderamente indescriptible, y trataba de fijar sus detalles en mi memoria escribiendo las presentes líneas. Estaba rendido por el cansancio, y sin querer, invitado á ello por aquella tranquilidad deliciosa, quedéme dormido..... La voz del Almuédano, que desde lo alto de la torre de la mezquita vecina llamaba á los fieles á la oración, me despertó en el preciso momento en que soñaba que era el príncipe Aladino que acababa de entrar triunfante en la maravillosa ciudad de Samarcanda.

RAFAEL MITJANA.

(Se continuará.)

# EL DISCURSO DE APERTURA DE LOS TRIBUNALES

## Y LA MEMORIA DEL FISCAL DEL SUPREMO

---

### EL DISCURSO

Un poco embarazado me veo para hablar de él. Yo lo elogiaría de muy buen grado si creyese que lo merecía; lo elogiaría, no sólo por ser así de justicia, sino porque, habiendo sido muchas más las censuras que las alabanzas dirigidas por mí á los discursos de apertura de Tribunales leídos en los años inmediatamente anteriores, pudiera alguien creer que mis críticas son sistemáticas, y que, al hablar anualmente de estos trabajos, estoy siempre dispuesto á ocultar sus méritos y á no hacer resaltar sino sus lunares. Pero, por otra parte, si dijera que el discurso me gusta y que me parece bueno, mentiría, y yo, afortunadamente (afortunadamente á mi juicio) abomino de la mentira.

Aún me quedaba el recurso de los vividores, que es el sistema de la diagonal, el de las medias palabras, el de los que pretenden no disgustar á nadie y estar á bien con todo el mundo, echando una capa de cal encima de otra de arena y encendiendo sendas velas á San Miguel y al diablo al mismo tiempo. Tampoco me place este sistema, que es muy socorrido, no lo dudo; y no me place, por el mismo motivo que el anterior, pues si empleándolo no se malquista uno con las gentes,



se reniega, cuando menos, de la verdad y la sinceridad, las cuales, para las almas de cierto temple, son amigas cuya compañía se prefiere á toda otra.

En vista de esto, teniendo que llamar á las cosas por su nombre, he de confesar que el discurso del Marqués del Vadillo me parece menos que mediano. Ya se cura en salud el señor Ministro, y presumiendo, porque al cabo todo el mundo, aun la gente de mayores y más infundadas pretensiones, tiene bastante conciencia del valor de sus obras; presumiendo que la por él preparada no iba á asombrar á nadie por su alcance y mérito científicos, procura prevenir al lector contra las desilusiones que pudiese experimentar, asegurándole que no va á ocuparse de «asunto de índole tan abstracta y científica, que más parezca tema de Academia que de apertura de Tribunales.» Ya otros ministros han dicho esto mismo en ocasión semejante; así lo hizo, v. gr., el Sr. Romero Robledo no hace muchos años. Al tratar del discurso de este último dije mi opinión sobre tal aserto. Ahora, después de atreverme á afirmar que, á mi parecer, encubre el mismo algunas veces la fábula de la zorra y las uvas, recordaré que no hay asuntos que monopolicen de un modo exclusivo la índole abstracta y científica, sino que todos ellos son por igual científicos (aunque no por igual abstractos) (1); es decir, todos pueden estudiarse científicamente: lo científico de un trabajo no depende del asunto, depende del que lo estudia, del modo de estudiarlo (de la cualidad del conocimiento, que suelen decir los metafísicos), es propiedad subjetiva más que objetiva, y por eso el que tiene espíritu científico contempla todas las cosas científicamente y es capaz de penetrar hasta la médula de ellas y sacarles toda la substancia que tienen, que es siempre mucha, y sorprender la multitud de conexiones que mantienen con las de-

---

(1) Como que los términos abstracto y científico no se equivalen ni son convertibles, según parece inferirse de la manera con que el señor Marqués se expresa.

más; mientras que, por el contrario, el espíritu superficial y vulgar todo lo mira superficial y vulgarmente, aun lo que él toma por asuntos «de índole abstracta y científica.»

Esto es lo que le ha pasado al señor Ministro de Gracia y Justicia. Lo que él llama discurso no es otra cosa que un conjunto de vulgaridades, de vulgaridades insustanciales (porque suele haberlas también que, no por ser vulgaridades, dejan de tener mucha miga). Once páginas nada menos consagra á decirnos qué es lo que él entiende por reforma, y de la lectura atenta de todas ellas no se saca nada en limpio; ni siquiera se adivina qué es en realidad lo que la voz reforma significa á juicio del autor. En esto se emplea la mitad del trabajo. La otra mitad se consagra á repetir por milésima vez lo que, en el mismo sitio y en análoga ocasión á los en que ha leído el Sr. Castejón su discurso, se viene diciendo con pesada monotonía todos los años, á saber: que hay que reformar todas las leyes, tanto las sustantivas como las adjetivas, igual las civiles que las mercantiles, que las penales..... Y es lo más probable que este año acontezca lo que ha acontecido en los pasados: después de amenazar con un chaparrón de reformas legales, no se hace ninguna. Veinticinco años hace que se tiene por urgente la reforma sustancial del Código penal vigente, y aún no se ha hecho, ni Dios sabe cuándo se hará. Es casi seguro que de aquí á entonces ha de llover mucho.

Y nada más contiene el discurso de nuestro buen Marqués. Cualquiera diría que ha sido uno de los discursos hechos á todo correr, para salir del paso de cualquier modo; uno de tantos discursos que se rellenan amontonando trabajosamente el número indispensable de palabras, para que resulte un folleto de 35 á 40 páginas, impreso en tipos abultados (este es el término medio de extensión que suelen tener todos los discursos de apertura de Tribunales).

\* \* \*

Las reformas más interesantes, entre las que el Sr. Ministro dice que prepara, son, á mi parecer, la del Código penal, el Jurado y la administración penitenciaria. También él debe de considerarlo así, porque á esas reformas es á las que dedica mayor espacio, singularmente á la del Código penal, la más apremiante de todas.

No parece que debe caber duda alguna de que no hay entre nosotros, en el día de hoy, reforma legislativa tan urgente como la del Código penal. Si no hubiera otros motivos sobre qué fundar semejante inducción, bastaría tener en cuenta que no hay Discurso ni Memoria de apertura de Tribunales en que no se la consagre atención preferente, y por otra parte, que no ha pasado por el Departamento de Gracia y Justicia, de veinte años á esta fecha, ningún Ministro que no haya escrito como capítulo primero de su programa reformista la modificación del Código penal. Por eso han abundado tanto los proyectos relativos á ella, sin que ninguno haya arribado hasta el presente á puerto de salvación.

Los fundamentos en que se quiere apoyar la necesidad y urgencia de la reforma, fundamentos que podemos llamar doctrinales, históricos y de oportunidad política, han sido expuestos en gran parte en los documentos oficiales citados, ó sea en los Discursos y Memorias de apertura de Tribunales de años anteriores. Los de este año, por no interrumpir la costumbre, indican también algunos de tales fundamentos.

Sí; es preciso reformar ese Código, aparte de otras razones, porque lleva ya treinta años de vigencia, y á los treinta años, cualquier vestido se ha hecho ya viejo é inservible. Los legisladores debieran tenerlo muy en cuenta. Debieran penetrarse bien de que las leyes no son sino vestidos, fórmulas, envolturas de la vida, que es la que les da el contenido; debieran percatarse de que mientras la ley, la fórmula, es una cosa cristalizada, muerta, que permanece siempre la misma hasta que un nuevo legislador la modifica, la vida, cuyo es aquel ro-

paje y á la cual debiera adaptarse y plegarse, está cambiando incesantemente, sin lo cual dejaría de ser tal vida. De lo que resulta que al cabo de poco tiempo de haberse dado la ley, como ésta continúa inalterable y las circunstancias no dejan de estarse modificando, sucediéndose unos estados á otros estados, tiene que producirse inevitablemente un divorcio entre la ley y la vida, una falta de adecuación entre el vestido hecho, supongamos, para un niño de cuatro años y el cuerpo de un adolescente de quince que no ha dejado de crecer. Los legistas suelen en casos tales ponerse del lado de la ley; los demás hombres que no son legistas, los que no miran las cosas á través de los anteojos del Código, sino á simple vista, se ponen, por el contrario, del lado de la vida y sus exigencias (brutales é impuras, que suele decirse): los unos no suelen querer encontrar la justicia en otra parte que en las leyes, y se constituyen en defensores de éstas, ante todo y sobre todo, aunque haya que hacer ruinas para ello de la vida (*fiat justitia et pereat mundus*); los otros, al revés, prefieren la nuez á la cáscara, el cuerpo vivo á su envoltura averiada, la justicia viva que brota de las cosas á las enormidades de la rigidez legal, y entonces es cuando cometen á sabiendas ciertas infracciones é irregularidades legales como medio de sacar á salvo la equidad (*summum jus, summa injuria*). Tal acontece en multitud de ocasiones con el Jurado, según luego diremos. Por eso es una exigencia imprescindible, para que la ley sea justa (en caso en que deba haber leyes), el estarla revisando y reformando continuamente, no ya todos los años, sino todos los días, y cuando así no se hace, se corre el riesgo casi seguro, con mil probabilidades contra una, de caer en un régimen de insoportable tiranía legal.

Pero no parece que serán consideraciones de esta índole las que han de determinar al Ministro de Gracia y Justicia á acometer (si llega el caso, que no llegará probablemente) la reforma del Código penal. Si así fuese, vendría á reconocer de una manera más ó menos clara lo que de manera ninguna

querrá reconocer, ó sea, que los principios fundamentales de la justicia penal están variando de continuo, y que, por lo tanto, no son, según suele decirse, inmutables. No son, repito, los motivos de referencia los que al Marqués del Vadillo le escarban y provocan el deseo de poner mano en la legislación penal vigente. Lo que á ello le mueve es una razón ya invocada algunas veces por otros y que, en realidad, parece baladí: la necesidad de poner aquella legislación, promulgada cuando regía la Constitución democrática de 1869, en armonía con la Constitución doctrinaria de 1876, que es la que ahora rige. Aun cuando el disertante invoca en su discurso otras razones para justificar sus propósitos reformistas en la esfera que nos ocupa, lo hace de una manera muy vaga y borrosa, perfectamente denunciadora de que tales aparentes razones no son sino pretextos que tratan de ocultar el verdadero móvil. Y el verdadero móvil es el que se ha dicho, y que el Ministro declara resueltamente y más de una vez: «poner en armonía el Derecho penal con la Constitución del Estado». En qué sentido verificará el Ministro esa armonía (si le dan mimbres y tiempo), nos lo dice también él mismo: «El distinto concepto que la Constitución vigente tiene de las *instituciones fundamentales*, respecto del que tenía la de 1869, para cuya sanción se formó el Código penal de 1870, y el no menos distinto que desenvuelve en el *trascendental* de las *relaciones entre la Iglesia y el Estado*, que tan discutido fue en su artículo 11, *bastan* á demostrar que esa modificación es necesaria, so pena de dejar indefensos intereses tan *sagrados y respetables*, con todas las *deplorables consecuencias* que su *indefensión traería*».

Aquí está, seguramente, la madre del cordero de la reforma prometida. Llevamos veinticuatro años viviendo en el régimen ese de «desarmonía» á que se pretende ahora poner término, y no por ello se le ha roto hueso alguno á la vigente Constitución; se le han roto, sí, por otras causas, no por esta. La «armonía» nos la va á traer dentro de poco el señor Vadi-

llo (si puede), y consistirá, por lo visto, en echar por tierra el estado de relativa tolerancia y pacificación políticas y religiosas en que vivimos, y restablecer en lugar suyo un régimen de persecución arbitraria contra las personas que estorben á ciertas gentes, so pretexto de ataques á «intereses tan sagrados y respetables» como las «instituciones fundamentales» del país y las «relaciones entre la Iglesia y el Estado». Ya pueden, pues, irse preparando y poniendo en guardia los «sospechosos», si el marqués del Vadillo continúa con el mango de la sartén en la mano.

Tampoco me parece muy de fiar el Ministro en cuanto al Jurado. Yo no soy muy devoto de esta forma de administrar justicia, aun cuando, según he dicho otras veces, la prefiero en general á nuestros llamados Tribunales de Derecho, verdaderas momias, que diría la señora Pardo Bazán; pero si lo fuera, no me llegaría la camisa al cuerpo. El Ministro dice que por el pronto no tocará al Jurado y que lo respetará mientras no se convenza de que el mismo no cumple bien su misión aun ofreciéndosele todas las necesarias condiciones al efecto y observándose fiel y estrictamente las prescripciones de la ley que regula su funcionamiento; pero, por otra parte, nos da á entender que es enemigo de tal institución, y que, en lo tanto, está *ya*, de antemano, convencido de que no debe ser conservada, porque siendo mala en sí misma no puede funcionar bien.

Y vamos á la tercera de las reformas que anuncia con gran cariño el Ministro, y que hará seguramente, si le dejan: la que se refiere á la administración carcelaria. La innovación que en esta materia propone consiste en entregar la dirección y gobierno de los establecimientos penales en manos de las órdenes religiosas, como medio de introducir en los mismos el elemento ético, que «hasta la fecha ha faltado casi por completo en nuestras cárceles y presidios» y que tan indispensable es «en el sistema correccional y en el régimen penitenciario, en el que se persigue, no como único, pero sí como

principal, el aspecto regenerador y moralizador de la pena» (1).

Muy loables me parecen los propósitos que abriga, según dice, el señor Ministro, de dar la mayor intervención posible al elemento ético en las prisiones como medio de promover y ayudar á la reforma de los habitantes de las mismas. Según confesó oficialmente el antecesor del Marqués del Vadillo en el Ministerio de Gracia y Justicia, «no se recomiendan nuestros establecimientos penitenciarios como escuelas de moralización ni de buenas costumbres», pues el que entra una vez en ellos puede estar seguro de salir peor de lo que entró (2). Por eso nuestra reforma penitenciaria está aún por comenzar, según nos dijo no hace mucho en letras de molde persona tan autorizada en estos asuntos como M. Alberto Rivière, secretario de la *Société générale des prisons*, de París. Puede que nuestro Ministro piense de veras en acometerla y se proponga empezar por donde se ha dicho: por sanear el ambiente moral de las cárceles, y, sobre todo, por buscar la manera de transformar interiormente á los que las pueblan, en cuyo caso sus aspiraciones no pueden menos de parecernos dignas de todo encomio. La garantía más segura del bien obrar futuro de los

---

(1) Bueno es advertir que el mismo que invoca ahora, porque así le conviene, esta razón, dejó escrito pocas páginas más atrás lo siguiente: «Labor es esta [la de la reforma del Código penal] en la que se necesita, sin duda, tener en cuenta el ambiente moral y social que respiramos, dentro del que se ofrece más como un problema correccional y de educación, que no puramente penal y de castigo; pero *seamos cautos y no nos neguemos á la realidad, que clama justicia* [que aquí quiere decir castigo]; que así como cuando ésta se hace imposible por el poder público, surge en toda su plenitud la razón de la defensa individual, á la que calificamos, por primitivo que parezca, de *legítima defensa*, así también en esta lucha [se refiere á la que mantienen entre sí «la sociedad y la anarquía»] á que por desgracia asistimos, y de la que tantos y tan horribles crímenes se nos ofrecen, y bien recientes, como testimonio, *precisan los rigores de la ley penal que la satisfaga.....*»

(2) Preámbulo del decreto del señor conde de Torrealanaz, proyectando introducir en España la condena condicional.

individuos que se hayan conducido mal anteriormente una vez ó más veces no puede estar en otra parte que en cambiarles por dentro, en hacerles *otros* de lo que son, y un cambio semejante no es posible sino tocándoles en lo más íntimo.

Pero hay que saber escoger los medios más conducentes á tal fin, y no ser excesivamente confiados con respecto á algunos, concediéndoles mayor importancia de la que en realidad tienen. Y tal me parece que es lo que le acontece al señor Ministro. En resumen, su pensamiento, que es el mismo que profesan muchísimas gentes, se reduce á esto: la fuente única de moralidad para los individuos es la religión cristiana; fuera de la religión cristiana, no hay moralidad posible; si se quiere introducir el elemento ético en las cárceles, hay que llevar á ellas esta religión, y esto no puede hacerlo cualquier cristiano, por profunda que sea su moralidad, intensa su unción, acendrada su caridad y grandes sus dotes de inteligencia, capacidad y saber; esto no puede hacerlo nadie más que los institutos religiosos.

Es preciso disipar algunas ilusiones muy frecuentes, de las que participa el Sr. Marqués del Vadillo, á lo que se ve. Tiene la religión, sin duda alguna, su influjo en la vida y en el obrar del hombre. Lo tiene, como lo tienen muchísimas otras cosas, todas aquellas cosas, cuyo número es muy grande, que contribuyen á formar el carácter del individuo, su índole y su temple moral, su constitución psíquica. El determinante verdadero y efectivo de la conducta humana es todo ese conjunto complejísimo de elementos, es decir, el carácter; no siempre y en todo caso este ó el otro influjo determinante del mismo, según á menudo se supone, dando cada cual importancia decisiva ó primordial, precisamente á aquel elemento que él más ha estudiado (1). El carácter representa, por lo tanto, como un

---

(1) Lo que es muy natural, por otra parte, pues ese elemento es aquel cuyas conexiones ha visto el estudioso. Nada de extraño tiene que quien no se ha tomado el trabajo de investigar la naturaleza y operaciones de



foco, en el que convergen todos los hilos que enlazan en direcciones diferentes la personalidad psíquica de cada uno. Y el carácter no se improvisa, se forma; se forma lentamente, al través de los años, igual que se forma otro organismo cualquiera, según enseña Sergi. Se forma, sobre todo, en los primeros años de la vida, lo mismo que durante ellos es cuando se va conformando el cuerpo: en ambos casos se obra también, no sobre un fondo vacío, sino sobre datos heredados, trasformándolos, modificándolos, encauzándolos en esta ó la otra dirección. Lo mismo pueden ser bien dirigidos y bien utilizados estos elementos provenientes de la herencia, que mal utilizados y dirigidos. De aquí la gran importancia de la educación. Pero una vez formado el carácter, adulto ya moralmente el individuo, cristalizada, digámoslo así, su personalidad psíquica, poco es lo que puede esperarse de la labor transformadora (educativa) (1). Por eso se frustran á menudo los esfuerzos de tantos hombres generosos y de corazón.

Ahora bien; la religión que es uno de los factores del carácter, se encuentra en idénticas condiciones que los demás. Obra sobre el mismo principalmente en los primeros años, y tanto puede producir efectos favorables como desfavorables. Ella puede cooperar con otros influjos á dar al individuo un temple moral de acero; pero sin los otros influjos, es del todo impotente. Ser religioso es, ante todo y casi exclusivamente, ser temeroso (2); no es tener inclinación natural á hacer el bien.

---

una cosa, ignore la eficacia de la misma, y por desconocerla la niegue (como el que por tener cerrados los ojos cree que no hay cosas que ver).

Es justamente lo que acontece, v. gr., á la mayoría de los que niegan el valor de la antropología y la sociología criminales.

(1) Mucho menos, cuando el sujeto se ha trazado ya su camino en la vida y ha encajado, por decirlo así, en ella de un modo definitivo, cavándose su lecho, ocupando su sitio, ora merced á su trabajo propio ó con la ayuda ajena, ora haciendo vida parasitaria y sosteniéndose á costa de los demás.

(2) El temor es el quicio de todas las religiones, aun cuando á veces se crea y se diga otra cosa. Suprimido el temor (que puede ser de muy

Se puede tener una gran propensión á obrar bien, y no ser religioso (á lo menos no practicar culto alguno, que es lo que por irreligión suele entenderse); por el contrario, se puede ser muy religioso (muy creyente y muy frecuentador de los sacramentos y las iglesias), y al propio tiempo muy inmoral, profunda y totalmente inmoral, hombre de ningún escrúpulo de esta clase. Los casos de este divorcio abundan mucho. Vea, pues, el Ministro y cuantos piensan como él, cuán errados andan al suponer vinculada la moralidad á la religión, mejor dicho, á un determinado credo religioso. Y todavía más. La religión, en el que la tiene, se amalgama con la idiosincracia psíquica del individuo y toma el mismo color que ésta, según advirtió perfectamente doña Concepción Arenal cuando decía que Santa Teresa y el inquisidor adoraban al mismo Dios, todo bondad y dulzura para la una, cruel y vengativo («terriblemente justiciero,» que suelen decir, con horrenda blasfemia, los que presumen de tener espíritu religioso) para el otro. Lo común no es que el delincuente sea irreligioso; lo común suele ser lo contrario. Pero acontece que la religión del delincuente es como no puede menos de ser en un alma de esta índole. El delincuente es religioso á su modo (lo mismo que lo son á su

---

diferentes clases y referirse á distintas cosas), la religión no se sostiene. La conciencia de la pequeñez del hombre, la necesidad de dar solución á los problemas de su origen y destino, la necesidad de perseguir lo absoluto, etc., etc., que son los fundamentos psicológicos que suelen alegarse para explicar el por qué de la religión, el por qué sea el hombre «un animal religioso,» no son, en el fondo, otra cosa que formas varias del sentimiento del temor, y en último resultado no vienen á significar algo distinto del resobado dicho: «si no hubiera Dios, habría que inventarlo», ó de la razón que á todo el mundo se le alcanza para justificar la existencia de la religión y que con suma frecuencia se alega cuando se dice que la religión es un *freno* y que «sin religión, ¿qué harían tales y cuales personas? Se desmandarían, se entregarían á todo género de excesos, etc.» Leopardi, que calaba mucho á veces, dice en alguno de sus *Pensamientos* algo parecido á lo anterior tocante al fundamento de la religión, aunque refiriéndose principalmente á la cristiana.

modo todos los individuos); es decir, que será religioso delincuentemente, que profesará la religión como un delincuente puede profesarla. El delincuente hará servir la religión que profese para sus propósitos criminales, como el virtuoso é inclinado al bien la hará servir para sus nobles fines. Por eso es frecuente que los malhechores hagan cómplices de sus hazañas á los santos y á la Virgen, pidiéndoles su ayuda para cometerlas, para tener ánimo, para no ser descubiertos, etc.; todo ello á cambio de preces, ofrendas, exvotos, promesas de pago y demás. La pintura que Cervantes hace á este respecto de la sociedad de Monipodio, en *Rinconete y Cortadillo*, no tiene nada de fingida, es real y muy real; lo que allí hacían es lo que se hace en toda asociación de delincuentes, como han hecho notar los que las han estudiado de un modo directo; es lo que sucede, v. gr., en la famosa *mafia* siciliana. Y cuando el criminal obra por su exclusiva cuenta, sin asociarse con nadie ó asociándose con otros dos ó tres, sucede lo mismo. Rara vez se encuentran delincuentes irreligiosos. De donde parece deducirse con toda claridad que lo que falta en las prisiones no es religión, ó no es cuando menos principalmente religión; son otras cosas. Y de estas no dice una sola palabra el señor Ministro.

Pero suponiendo que la enseñanza religiosa (no creo que piense el Ministro en hacer religiosos á los presos sino por la enseñanza de la religión y el culto obligatorio, pues así es como se piensa siempre en propagar la religión); suponiendo que la enseñanza religiosa tenga la virtud anticriminógena que el Ministro le atribuye; suponiendo que los delincuentes, así grandes como pequeños, calculen siempre que van á cometer un delito las consecuencias que éste traerá para ellos en el orden religioso, esto es, en el de su salvación, y que la perspectiva, por lejana que sea, de las mismas les aterre y haga retroceder en su camino, sin pensar que una buena confesión ó un minuto de arrepentimiento tardío á la hora de la muerte abre de par en par las puertas de la gloria eterna (aunque

haya que pasar por el tamiz del purgatorio); aun suponiendo todo esto, no me explico que haya necesidad de poner la administración carcelaria en manos de claustrales. ¿No son bastante religiosos los actuales empleados del Cuerpo de penales? ¿No tienen además las cárceles y presidios sus correspondientes capellanes? ¿O es que no cumplen unos y otros sus obligaciones, ó no las cumplen con el cristiano fervor y celo que el Sr. Vadillo quiere? ¿Qué garantía tiene él de que los otros no harán lo mismo, como lo han hecho en otras cosas; qué garantía tiene de que no han de pensar en su provecho propio más que en el provecho de los individuos confiados á su cuidado, y de que con tal de mandar en todo, someterlo todo á su voluntad y obtener pingües rendimientos, lo demás les importará un ardite? A mi juicio, los funcionarios actuales del Cuerpo de penales no se distinguen por sus sobresalientes, ni siquiera por sus regulares condiciones para el desempeño de su cargo con buen éxito (entre otras cosas, porque nadie se cuida de formarlos como en otros países; se forman ellos mismos, al azar, de cualquier modo, que es tanto como decir de ninguno); pero los de los demás cuerpos no somos tampoco mejores que ellos: participan del estado y el tono que tienen todas las cosas en España, del «tono español». Ahora, de nuevo pregunto al Sr. Ministro: ¿los institutos religiosos forman excepción entre nosotros? ¿Son sus miembros más cultos, más morales, más religiosos, mejores en suma, que los demás habitantes de España? Y si no lo son ¿es de esperar que entrando ellos en las cárceles lleven á éstas el elemento ético que «hasta la fecha ha faltado casi por completo en ellas», según el señor Ministro, y las conviertan de pronto en lo que no son, á creer al Sr. Conde de Torreanaz, en «escuelas de moralización y buenas costumbres?» Me permito ponerlo en duda, y hasta que no lo vea no lo creeré.

## LA MEMORIA

No podré consagrarle muchas páginas, porque el artículo éste se va ya haciendo largo. Pero quiero consagrarle algunas, porque hay en ella ciertas cosas que interesa mucho hacer notar.

En conjunto, la Memoria no se distingue de las de años anteriores: la misma canción del aumento de criminalidad, de que hay que procurar que sea un hecho efectivo la inspección de los sumarios por parte del Ministerio público, el mismo fijarse de siempre en nimiedades descuidando las grandes cuestiones, etc., etc. Y por añadidura, la confesión de que cuanto podía proponerse en ella al Gobierno le ha sido ya propuesto otras veces, y que, por lo tanto, «puede considerarse *agotada la materia*, especialmente en cuanto se refiere á la posible ó conveniente reforma de las leyes, para amoldarlas al progreso de las ciencias jurídicas y á las naturales variaciones que en el trascurso del tiempo sufren las ideas y las costumbres.»

Con todo, la Memoria me agrada bastante. Me agrada porque se advierte en ella lo que no se había visto en los documentos análogos de años anteriores: algo bueno, que debe considerarse como un signo importantísimo de que aun en las esferas oficiales van penetrando poco á poco resplandores del nuevo sentido de la función penal, resplandores que van dando en los ojos é iluminando aun á los más ciegos.

En la Memoria del señor Díez Macuso se notan bien marcadas estas tres tendencias, las cuales están muy de acuerdo con lo que en multitud de ocasiones y en diferentes sitios (entre otros aquí mismo, al ocuparme de las Memorias de años anteriores) vengo yo defendiendo, tendencias que, por lo mismo, tengo como muy aceptables: primera, la de dar mayor

importancia á la prevención de los delitos que á su represión; segunda, condición indispensable de la anterior, la de dar amplitud al arbitrio judicial, y tercera, la de explicarse y justificar los fallos absolutorios del Jurado, esos fallos que tanto suelen escandalizar á las «gentes de toga».

No es muy largo el capítulo que consagra el señor Fiscal del Supremo al estudio de las causas de la criminalidad que más han llamado la atención durante el año judicial último á los fiscales, sus subordinados; es, sin embargo, lo bastante para que se perciba en él un excelente espíritu, que sería de alabar recogiesen, conservasen y desarrollasen los que tengan que escribir las Memorias de los años sucesivos. Entre esas causas descuellan la guerra, ó mejor dicho, los detestables efectos producidos desde este punto de vista (como desde tantos otros) por las que nosotros hemos sostenido recientemente; el uso de bebidas alcohólicas, factor cuyo influjo criminógeno es hoy más evidente para todo el mundo que el de otro cualquiera (con haber bastantes, la guerra entre ellos, que reflejan bien claramente su acción en la estadística criminal); el uso de armas por los jóvenes, cosa que más que causa directa de delitos, es señal reveladora de otras causas menos ostensibles, las cuales constituyen la llamada criminalidad endémica (1);

(1) Hay, en efecto, muchas comarcas en España, donde los niños empiezan á recibir desde bien temprano lecciones como estas: «no te dejes pegar nunca», «el que da primero da dos veces», «primero las tripas en la mano que llorar» (señal de que uno se declara vencido), etc., y donde los adolescentes y los jóvenes, que han mamado y respirado de continuo tales máximas, sienten lo que expresa bien el siguiente cantar:

Echala tú que eres majo  
y tú que eres atrevido;  
más vale estar en la cárcel  
que en el hospital herido.

Para poner por obra tales enseñanzas, es para lo que se adquieren las armas; pero aunque estas no se adquirieran, las enseñanzas dichas se practicarían lo mismo; cuando no hay navaja, puñal ó revólver, se hace

la pobreza de las gentes del campo durante los rigurosos fríos del invierno, pobreza que les obliga á cometer numerosos hurtos de leñas, los cuales, «en realidad, no demuestran perversidad en sus agentes»; y alguna otra.

El señor Díez Macuso reconoce implícitamente que el estudio de estas causas no puede tener otro objetivo que conocerlas bien, para poder combatirlas y, por tanto, atajar el delito en su raíz, porque «no existiendo la causa, no resultará el delito, que es el efecto.» Y reconoce asimismo que el remedio eficaz contra ellas está más bien que en la represión y en los rigores penales, que es el procedimiento usado por los individuos y las colectividades torpes y miopes, en el empleo de medios preventivos y profilácticos, que es el procedimiento que aplican los pueblos civilizados y previsores. Bien empleados estos medios (la escuela, la protección de los niños abandonados y el patronato de delincuentes cumplidos) «la criminalidad—dice el señor Díez Macuso—descendería en proporciones á las que no puede reducirla el mejor y más bien aplicado de los Códigos penales.»

Una labor semejante no puede exigírsele á los jueces, ni puede apenas pedírseles que cooperen á ella si no se les conceden amplísimas facultades discrecionales. Mientras con el sistema de la represión del delito, que es el de la pena castigo, no se armoniza bien sino la absoluta restricción del arbitrio judicial (*optima lex quae minimum arbitrium judici relinquit*), con el sistema de su prevención (la pena es tratamiento preventivo), por el contrario, no se comprende sino un arbitrio ilimitado. Quien reprime va á hacer un mal, y hay que atarle las manos para que haga el menor mal posible; quien previene y cura trata de hacer un bien, y hay que dejarle gran li-

---

uso del palo, de la piedra ó del puño. «Arrojar la cara importa, que el espejo no hay por qué»; de poco sirve que se prohíba y persiga el porte de armas, si no se busca que el alma de los individuos que las llevan se modifique, modificando las causas que la hacen ser lo que es.

bertad de movimientos para que haga todo cuanto pueda y en la forma que le parezca más adecuada. Por comprenderlo así, seguramente, es por lo que el señor Fiscal del Supremo cree que se impone la necesidad de reformar el Código penal, teniendo en cuenta el arbitrio judicial; y así se lo propone al Gobierno. Cierto que no pide para los Tribunales todo el arbitrio de que estos deben gozar y á que tienen derecho, un arbitrio totalmente discrecional, sino que pide un arbitrio prudente, y por «prudente» parece entender (puesto que rechaza de un modo expreso la sentencia indeterminada) que esté regulado por la ley; pero esto es quizá una limitación que se ha visto el autor obligado á ponerse, temeroso de que se le tachara de demoledor ó revolucionario demasiado atrevido, calificativos que no sentarían bien á un Fiscal de Su Majestad, y mucho menos al Fiscal de un Ministerio de Unión conservadora. Con todo, no es poco lo que el paso dado representa; lo único que sería menester, es que otros Fiscales que vengan después del señor Díez Macuso siguieran también aquí las huellas de éste y fuesen más adelante que él, en vez de retroceder, como es fácil que suceda.

Por fin, al tratar del Jurado, da también el actual Fiscal del Supremo una nota simpática y una prueba de buen sentido; una de esas pruebas de buen sentido á que no estamos muy acostumbrados. Los legistas de toda laya, y los periódicos con ellos, muestran una enemiga enorme á esta institución, más que nada, porque á veces se ríe del Código, de la cáscara de la vida legal, y se va tras la sustancia de la vida real, tras de la nuez; es decir, porque el divorcio entre esas dos especies de vida, divorcio originado por los motivos á que más atrás nos hemos referido, lo deshace en favor de la segunda.

Son muchos los casos en España en que el Jurado se equivoca, según los llamados «hombres de ley»; muchos, sobre todo, los casos en que absuelve, debiendo, á juicio de esos hombres, condenar. Tales casos (aparte de no pocos en que condena, debiendo, según los legistas, absolver) demuestran



bien palmariamente que entre el criterio legal, sostenido por los leguleyos, y el criterio del sentir común, que es el que toman regularmente por guía los jurados, hay una visible discrepancia. Los legistas la resuelven de plano en favor suyo, atribuyendo la equivocación á los jurados y no ocurriéndoseles nunca pensar que ellos también son hombres, y por consiguiente, pueden errar, como otro cualquiera que no haya leído las leyes, y que cuando los jurados dan sus veredictos como los dan, por algo los darán, y los darán presumiendo acertar, pues no se hallan desprovistos de inteligencia. No sé yo por qué regla de tres los juristas hayan de invocar en su provecho, aparte de otras leyes, la del embudo, y dar como axiomática é indiscutible la doctrina lógica de que cuando los juicios de un abogadillo ó un Fiscal cualquiera no estén en consonancia con los de otros hombres que no son abogados, ó á lo menos no hayan actuado como tales, infaliblemente la razón está de parte de ellos, de los juristas. Si pensaran un poco, es posible que no fallaran el pleito con tanta facilidad como lo resuelven, y que empezaran á dudar si acaso los equivocados no eran ellos, y los que acertaban los jurados. Es posible que se percatasen de que el veredicto de los jurados es un veredicto pronunciado *á la buena de Dios*, según el leal saber y entender de unas gentes que traen á su juicio la agitación y la lucha de la vida diaria, las prevenciones y rencillas de la misma, pero también la tosca sinceridad del pobre labriego ó menestral que habla y obra *á la pata la llana*, como mejor Dios le da á entender; mientras que el veredicto de los legistas no es un veredicto humano, es un veredicto dictado por hombres que mantienen un estado de cosas ya pasado, que no vive ya (pues todo orden legal representa tiempos anteriores; es, como se ha dicho, el vestido de un cuerpo cuando el cuerpo era más pequeño), un veredicto que no lo pronuncia el hombre que ve las cosas con los ojos de la cara y juzga de ellas tal y como las ve, sino que lo pronuncia el leguleyo que no ve sino con las antiparras legales, el leguleyo que oculta su vista con estas

antiparras, lo mismo que la famosa toga le sirve para soterrar y quedar ahogada debajo de ella, la verdadera, la viviente naturaleza humana.

Cuando hay gentes que se empeñan en mantener y sostener á toda costa un orden legal dado, por anacrónico y anticuado que sea, por absurdas que sean las consecuencias que produzca (*dura lex, sed lex*, que dicen los que se aferran á este modo de pensar), el antagonismo entre los defensores de este orden y los que no pueden avenirse con él es inevitable. La historia está llena de casos de estos. Y el del Jurado es uno de ellos, por cierto de los que menos repugnancia debieran causar, por cuanto sirve para resolver la oposición dicha de una manera pacífica y hasta legal. A la persistencia de esa lucha se debe la introducción en algunos sistemas de enjuiciar y penar modernos de las circunstancias atenuantes. El señor Fiscal lo recuerda también en su Memoria. En Francia, el Jurado, encontrándose con frecuencia en la disyuntiva de aplicar las disposiciones del Código, que le parecían excesivamente severas (1), ó absolver á los procesados, aun cuando resultase demostrada su culpabilidad, optaban por el segundo extremo. Si no hubiesen estimado injusta la ley, no hubiera sucedido esto. Y, como sucedía con mucha frecuencia, la ley fue reformada y los jurados salieron victoriosos, ó mejor di-

---

(1) D. Ramón Salas, en sus *Comentarios á los Tratados de legislación*, de Bentham, dice también que en la misma Francia, estando penado el infanticidio con la pena de muerte, los jurados absolvían siempre á las acusadas de tal delito, por estimar aquella pena desproporcionada á éste. Es bien seguro que los legistas de allá clamarían también contra veredictos «tan escandalosos». Pero los jurados seguían absolviendo, por echarse sin duda la cuenta, no sólo de que la muerte era pena sumamente grave para cualquier delito, aun para el homicidio, sino también de que la culpa de los infanticidios la tenían, más que las madres «desnaturalizadas», ó tanto cuando menos como ellas, otras personas á quienes se dejaba bien tranquilas. La vida legal prescribía una cosa, y los jurados, ateniéndose, como de costumbre, á las enseñanzas de la vida real, fuente única para lelos de la justicia, hacían otra.

cho, salió victoriosa la justicia verdadera de la justicia aparente de la ley, de esa que engendra el *summum jus, summa injuria*.

La misma solución que al caso se dió en Francia, es la que debiera darse á los numerosos en que el referido antagonismo se pone de manifiesto. Esa solución es la que cabría también dar en España á la lucha entre legistas y jurados. Y esa es la que el Sr. Díez Macuso propone que se dé, reconociendo que nuestro Código penal es ya muy antiguo y está anticuado, y poniendo algunos ejemplos de disposiciones consignadas en el mismo, las cuales contienen penalidades injustas, cuya aplicación, por lo tanto, rehusan los jurados con buen acuerdo.

Quizá la solución estuviera, provisionalmente al menos, en conceder facultades al Jurado, como propone Tucker, para resolver, no sólo sobre el hecho, sino también sobre el Derecho; ó siquiera en introducir, según ahora quieren muchos en Francia, el sistema del escabinato, que consiste en hacer que jurados y magistrados deliberen y voten juntos para que los respectivos influjos se contrapesen; ó en dejar que el Jurado acomode la penalidad, rebajándola ó aumentándola, según lo crea oportuno, á los distintos casos en que entienda.

Digo que cualquiera de estas soluciones sería provisional, porque, á mi juicio, el Jurado es una institución que tiene este carácter. Hoy por hoy, dado el legalismo exagerado de nuestra gente de *parquet*, el Jurado es preciso. Es preciso, para impedir, con sus aciertos, ó quizá sería mejor decir atisbos, y hasta con sus barrabasadas — que no pocas comete también — las barrabasadas continuas y sistemáticas que están cometiendo los llamados jueces togados. Cuando éstos sean lo que deben ser, y hagan innecesario el Jurado, el Jurado dejará de existir, cayéndose por sí solo. Después de todo, hoy no se le acusa de otra cosa sino de que absuelve con mucha frecuencia. Pues bien; el Fiscal del Supremo el año pasado, Sr. Viada, y el Fiscal actual del Supremo, Sr. Díez Macuso, dicen que esas absoluciones recaen siempre, ó casi siempre, en delin-

cuentas de los denominados «interesantes», en los no perversos ni peligrosos, en los que antes del delito han observado buena conducta y en los reos de delitos que no producen alarma, porque no denuncian en sus autores propensiones criminales, cual acontece con la imprudencia; pero que, en cambio, el Jurado «no se muestra tolerante con los culpables que demuestran carácter de verdadera perversión de sentimientos, como sucede con los de parricidio y asesinato.»

P. DORADO.

# CRÓNICA LITERARIA

---



La apertura del curso en las Universidades.—Discursos inaugurales.

El 1.º de Octubre, fecha en que las Universidades españolas celebran la reapertura de sus enseñanzas anuales, suspendidas por las vacaciones de verano, ó sea lo que se llama la inauguración del curso académico, es el día en que más directamente se ponen aquéllas en comunicación con el público profano, saliendo del círculo profesional en que está encerrada su vida de ordinario. Esa comunicación extraordinaria no es gran cosa en verdad, puesto que se reduce á la celebración de una sesión pública en que se reparten los premios á los alumnos que en el curso anterior los ganaron, en que un catedrático lee un discurso más ó menos apropiado al acto, y en que, por último, el rector ó el funcionario de superior categoría que preside la ceremonia, declara *abierto solemnemente* el curso, siguiendo el ceremonial establecido.

Con todo, aunque sea de un modo simbólico y remoto, esta ceremonia anual representa una comunicación entre la Universidad y el pueblo ó la comunidad que la sostiene. El público de invitados puede pasar por una representación del pueblo. La presencia de los doctores ocupando el estrado con los catedráticos, parece una manifestación de la continuidad de la

vida universitaria; cosas que en realidad no existen, pero que tienen en aquel momento un símbolo fugaz ó pueden adquirir este aspecto ante una imaginación benévola y dispuesta para hallar en las cosas sentido simbólico y *representativo*. La Universidad abre sus puertas un día, aunque sea con papeleta. El resto del año, aquí donde la extensión universitaria es una novedad exótica, practicada por excepción, la Universidad vive su vida particular, separada de la vida común, sin ejercer una verdadera acción social, preparando silenciosamente, sin entusiasmo y por rutina, candidatos para las profesiones comprendidas en la esfera de sus enseñanzas.

Al menos, para los que han frecuentado las aulas en su mocedad, ofrece algún interés este acto de la apertura del curso, siquiera sea como una evocación de los pasados días de la juventud. Y hace reflexionar también sobre muchas cosas que nos ayudan á explicarnos la situación decadente y mísera de nuestra enseñanza. Los premios de los alumnos, reducidos á diplomas, por haberse suprimido hasta las medallas que antiguamente se daban; la misma abundancia de estas distinciones; los doctores revestidos de arcáicas vestiduras, que no conservan con la Universidad otra relación que la de asistir á la apertura y votar un Senador, que generalmente no suele cuidarse de la Universidad ni de la enseñanza; el discurso inaugural, que es con frecuencia una tesis científica incapaz de interesar á la mayoría del auditorio; el público, aburrido durante la mayor parte del acto y compuesto casi exclusivamente de *papás* y de *mamás* de estudiantes que esperan con impaciencia el momento en que sus hijos han de recoger el diploma del premio, son otros tantos indicios y otras tantas manifestaciones de la falta de sinceridad y de entusiasmo, de la estrechez de horizontes, de la pobreza y de la rutina en que yacen nuestras instituciones de enseñanza.

Hay «honrosas excepciones», diciendo la frase hecha, y sobre todo, hay una gran disculpa que convierte casi en apologías las invectivas contra la enseñanza, y es que, no siendo

ésta inferior en nada al general nivel de las demás actividades ú oficios colectivos, es la única que, lejos de ser cara, como lo son otras, se sujeta á tal estrechez, que no sólo no le cuesta nada al Estado, sino que todavía le produce rendimientos. Claro que á los particulares que pagan las matrículas y derechos, que proporcionan al Estado el saneado negocio de una instrucción pública que sale de balde y además es origen de renta, no les hará mucha fuerza el argumento; pero, ¿cómo culpar á la pobre enseñanza de que el fisco, portándose como madrastra, la tenga á media dieta para que engorden con lo que á ella pertenece otros hijos voraces é insaciables?

\*  
\* \*

Los discursos de apertura de las Universidades me parecen un objeto interesante de estudio. Son, al cabo, la voz de la Universidad. Pero esa voz apenas se deja oír fuera del círculo local, y la mayoría de los discursos pasan olvidados y sin resonancia, á menos que particulares circunstancias del autor ó del asunto vengan á llamar la atención sobre ellos.

Por esto ha sido una novedad, y una novedad plausible, el que la prensa de Madrid, que tantas cosas inútiles, triviales y aun repugnantes difunde y populariza, haya dado este año á sus lectores alguna noticia de los discursos leídos en las sesiones de apertura de las diez Universidades hispanas. En algo se había de conocer que, en efecto, nos preocupamos con el fomento de la enseñanza y la cultura, de que tanto se habla siempre que sale á relucir el tema de la consabida regeneración. Porque en otras cosas, la verdad es que no se conoce. Prueba de ello es que se van á gastar varios millones en artillería de tiro rápido, y nadie sabe que vaya á gastarse cantidad alguna en escuelas, ni en material de enseñanza, ni en becas para que vayan á educarse en países extranjeros jóvenes españoles, ni en nada parecido. De donde se infiere la conclusión de que la artillería debe de parecernos cosa mucho más

necesaria y urgente que la cultura, y que el amor á ésta, despertado á consecuencia de no habernos servido, cuando hacían falta, los elementos bélicos, es un amor excesivamente platónico y que se satisface con palabras y *flirteos*.

\*  
\* \*

De los diez discursos de este año, el de la Universidad de Madrid estuvo á cargo de D. Victoriano García de la Cruz, Catedrático de la Facultad de Ciencias, y versó sobre el tema *Estructura y morfología interna de las nubes atmosféricas*; el de la Universidad de Barcelona, á cargo del Catedrático de Farmacia D. José Casares, versó sobre la educación intelectual y el régimen y organización de las universidades; en Sevilla, el Catedrático de la Facultad de Ciencias, D. Serafín Saenz, discurreó sobre las *Diferentes teorías de la generación por medio de los sexos en los vegetales*; en Valladolid, el Catedrático de Historia de España, D. Rafael Cano Rodríguez Cairo, trató en su discurso el tema de las *Relaciones entre la literatura y la historia nacional de España*; en Valencia, el Catedrático de la Facultad de Medicina, Sr. Candela, disertó sobre la *Rehabilitación social de España*; en Salamanca, el discurso escrito por el profesor de literatura griega, notable pensador y literato, Sr. Unamuno, fue una calurosa excitación á la juventud para que se inspire en la realidad, y busque en ella la ciencia antes que en los libros; en Zaragoza, el Catedrático de Derecho, Sr. Marqués de Valle Ameno, consagró su discurso al célebre gramático, maestro de humanidades y filosofía de aquella Universidad en el siglo XVI, Pedro Simón Abril; en Oviedo, versó el discurso sobre los *Principios fundamentales de la Geometría*, y fue autor de esta oración académica el Catedrático de Ciencias Sr. Mur; en Granada, el tema que trató el profesor de griego D. Manuel Garrido, fue éste: *Estado de la filosofía griega antes de Sócrates y medios empleados por éste para restaurarla*, y, por último, en Santiago, el



Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, D. Modesto Fernández Pereiro, discurreó sobre el *Reinado de Alfonso XI*.

No han llegado á mis manos todos estos discursos. La apatía de algunos de los profesores encargados de la oración anual en las sesiones de apertura, y de los mismos claustros, contribuye á que queden en la obscuridad dichos trabajos y no sean conocidos fuera del reducido círculo profesional de la Universidad para la que fueron escritos. No se cuidan á veces los autores de estos discursos de enviarlos á los periódicos que, por su índole, podrían contribuir á darlos á conocer, ni siquiera se resuelven á poner á la venta en las librerías de Madrid y de las principales capitales de provincia algunos ejemplares. Pero aunque no se supiese de los discursos más que su asunto y las breves é incompletas noticias que de ellos han dado los periódicos, ofrecería ya esto materia bastante para reflexionar sobre las diversas maneras de entender lo que deben ser estos trabajos, y cuáles son entre ellas las más adecuadas á sus fines y á la ocasión en que son leídos.

Es esta una cuestión literaria, un tema de preceptiva ó, mejor dicho, de teoría ó de *técnica* de la literatura. ¿Qué debe ser un discurso de apertura de estudios en una Universidad? ¿Cuál debe ser la concepción de este género de trabajos? ¿qué plan, qué procedimientos, qué categoría de asuntos y qué manera de tratarlos serán los más adecuados á la índole de esta clase de oraciones?

Sin salir de los discursos leídos este año en las Universidades, descubrimos ya á primera vista concepciones muy diferentes de lo que debe ser una oración de este género, maneras de entender y de *hacer* esta clase de trabajos, que suponen puntos de vista completamente distintos.

Al hablar de concepciones diversas de este género de trabajos, no quiero decir que el modelo ó arquetipo de cada discurso haya sido asunto de una deliberación reflexiva en la mente de su autor. La tradición y el hábito influyen de un modo tan poderoso, que hasta en los trabajos que son fruto de

las actividades reflexivas es raro que se plantee teóricamente el problema del plan y de la traza artística de la obra. Se va á escribir un discurso académico, y el que acomete este trabajo conoce la forma generalmente adoptada en tales escritos y no se plantea á sí mismo la cuestión de cómo debe concebirse ese género de disertaciones para que responda mejor á sus fines.

Entre los discursos inaugurales de este año vemos desde luego varios que responden á la concepción tradicional de estas oraciones universitarias; una tesis científica dirigida á los doctos, al claustro. Al leer los temas de algunos de aquellos discursos *La generación sexual en los vegetales*, *Principios fundamentales de la geometría*, *Estructura y morfología interna de las nubes atmosféricas*, viene á la fantasía la imagen del antiguo maestro de una Universidad medioeval, leyendo en latín una tesis sustentada con argumentos de Aristóteles, ante un público de colegiales y graduados. Ya no se usa el idioma del Lacio, no se argumenta con la autoridad del Stagirita, pero en el fondo, el caso es semejante. Todos esos discursos habrán sido muy sabios, rebosarán ciencia, pero no responden á lo que debería ser una oración universitaria en las sesiones de apertura. En la oratoria no se pueden olvidar las condiciones impuestas por el auditorio. Dichos en una Academia de Ciencias Naturales interesarían, sin duda, tales discursos, aunque los problemas pertenecientes á estas ciencias son los que menos se prestan á revestir las formas y á adornarse con las galas de la oratoria. Pero á un auditorio heterogéneo como el de las solemnidades de apertura, compuesto en gran parte de personas extrañas al cultivo de las ciencias físicas y naturales ¿cómo ha de interesarle una disertación sobre la morfología de las nubes, por ejemplo?

\*  
\* \*

El extremo opuesto de estos discursos es el leído en Salamanca por el señor Unamuno. Breve, inteligible para todos, lleno de espontaneidad, libre de toda *pose* magistral, ese discurso es una novedad entre los de su género. El señor Unamuno se dirige á los estudiantes más que al claustro, y yo creo que acierta al hacerlo. De los tres elementos de que se compone el público de las aperturas de curso, el claustro, los estudiantes y los invitados ajenos á la Universidad, á los dos últimos debería dirigirse con preferencia el orador, aunque en la práctica suceda lo contrario: á los estudiantes, porque en honor suyo se celebra la solemnidad, galardonando en ella á los más sobresalientes; al público de invitados, porque son *los de fuera*, á quienes deben *los de la casa* toda cortesía.

El discurso de Unamuno me parece, como decía antes, el polo opuesto de las tesis académicas. No hay allí aparato didáctico, no se trata de exponer una teoría científica, sino de dirigir un consejo á la juventud escolar: «Interrogad á la realidad antes que á los libros; descubrid el subsuelo espiritual de España, cubierto por la capa externa de la Historia»; esto viene á decir el profesor salmantino á los escolares, á quienes principalmente va enderezada su oración, y esto determina otra concepción distinta de un discurso inaugural: á la tesis ó á la monografía científica ha reemplazado el señalamiento de una orientación intelectual, una exhortación *pedagógica*, tomando en sentido amplio el adjetivo.

La elección del asunto concreto, lo específico dentro de esta tendencia general, acredita la originalidad de Unamuno y su penetración de observador y filósofo. Nada más oportuno en los comienzos de cualquier género de estudios que prevenir á la juventud contra esa aparente y falsa dualidad entre la ciencia ó el saber y la realidad. La forma abstracta de los conocimientos generales, el prestigio que ejerce la tradición científica, el criterio de la autoridad y la importancia que innegablemente tiene la suma de conocimientos acumulados por las generaciones anteriores y transmitidos de unas á otras, hace que la es-

fera del conocimiento científico nos parezca un mundo aparte, independiente del conocimiento vulgar que ejercitamos en los actos usuales y ordinarios de la vida. Y sus objetos se nos presentan como objetos de otra esfera, como entidades superiores en algún modo á las cosas comunes que tocamos y entre las cuales vivimos. Mas, sin embargo, no es así; y como dice elocuentemente Unamuno, la Historia, las Lenguas, el Derecho, la Física y todas las disciplinas del saber humano no nos dicen nada esencialmente diverso de lo que la experiencia diaria en los sucesos más menudos nos muestra. La ciencia no es más que un grado superior de conocimiento, no el conocimiento de algo especial separado de la vida ordinaria, como aquel espejismo á que antes se alude nos hace creer á veces.

\*  
\* \*

Otras dos maneras diferentes, pero que ambas me parecen justificadas, de concebir lo que pueden y deben ser estos discursos inaugurales de que venimos tratando, aparecen representadas en los discursos de los Sres. Candela y Marqués del Valle Ameno. El Catedrático de Valencia, al discurrir sobre la *Rehabilitación social de España*, trata un tema de actualidad, interesante para todos, que es del dominio común y no requiere, para hacerse inteligible, una especial preparación científica. El profesor de Zaragoza, al volver los ojos á la historia de su Universidad y presentar á los contemporáneos la figura de uno de los antiguos maestros de aquel Centro de enseñanza, cultiva la tradición, que, como la memoria en los individuos, mantiene en las colectividades la continuidad de la vida y establece un principio de unidad en los hechos sucesivos.

Otro tipo de discurso inaugural es el del Doctor Casares, de la Universidad de Barcelona. Comparar la organización y los métodos de la enseñanza en países donde florece una gran cultura, como Alemania, con los nuestros, es uno de los

temas de estudio más propios de la misión y carácter de la Universidad, y de los que conviene, sin duda, popularizar y difundir entre el gran público en ocasiones como la apertura del curso.

Pero ¿es que los temas propiamente científicos deberán ser los únicos proscritos de estas ceremonias universitarias? A primera vista habría en ello un contrasentido. Minerva podría hablar de todo menos de su saber. Pero si bien se mira, estos discursos no se proponen enseñar, ni podrían hacerlo, y siendo así, ¿qué utilidad hay en aburrir con las arideces didácticas al auditorio, haciendo parecer más ásperos de lo que son los senderos de la ciencia? Verdad es que en éste, como en todo otro género, no hay asunto imposible, si la amenidad, el ingenio y la elocuencia se encargan de aderezarlo; pero siempre serán preferibles aquellos temas que por sí mismos pueden despertar el interés del público, ejercer una misión educadora ó ilustrar algún problema de actualidad.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

# REVISTA HISPANOAMERICANA

---

SUMARIO: Situación política de las Repúblicas de América de origen español, al celebrarse en Madrid el Congreso Hispanoamericano económico y social.—La utopía de moda sobre la condición de las razas humanas en su aptitud para el ejercicio del gobierno y para el impulso de la civilización.—Cuadro del florecimiento de Méjico, Chile y la Argentina.—Lo que obstruyen el progreso de las demás Repúblicas las solapadas influencias de fuera, que impiden en ellas el reinado de la paz.—Problemas desorganizadores de las Repúblicas del Centro, de Colombia, Venezuela, el Ecuador, Bolivia y el Perú.—¡Maldición sobre los que apelan en sus cuestiones con los pueblos hermanos á la intervención de los Estados Unidos!—Unión y paz.—Misión de las Repúblicas florecientes sobre sus hermanas menores, extenuadas por la discordia.

Acércase el momento en que ha de celebrarse en Madrid el Congreso social y económico hispanoamericano. Justo nos parece recapitular, antes de que se inaugure, el cuadro de la situación actual en que se encuentran, así aquellas Repúblicas que nos corresponden aún por los vínculos de la sangre y de la Historia, como esta misma madre y Metrópoli, que sin imponerlas en su adquirida independencia ningún linaje de subordinación, aún les abre los brazos de su secular parentesco para llamarlas vigorosamente á sentimientos de unión y de fraternidad que las exalte y las vigorice.

Se ha suscitado en la esfera de una ideología, tan quimérica como son todas las ideologías, una gran polémica que absorbe la preocupación de los hombres de talento de todas las lenguas sobre el destino y la condición de las razas humanas

cultas que poseen ó aspiran al imperio de toda la tierra. Sobre la base filosófica de esta gran contienda, se ha llegado á pretender encerrar en leyes cósmicas las aptitudes de unas ú otras para gobernar ó ser gobernadas; y queriendo echar un tapiz sobre las elocuentes lecciones de los siglos, se lucha por absorber la fuerza que á la acción práctica de las cosas da la seguridad de la conciencia, aspirando á conquistar por estas utopias el alma y la sumisión de los pueblos, que en la gran evolución histórica en que nos encontramos, ó han caído bajo la fatiga de sus anteriores esfuerzos de gigantes, ó luchan por robustecer los poderosos alientos de su infancia. Nada más deleznable que esas polémicas insidiosas y despreciables que conducen á la alucinación y al engaño de las imaginaciones generosas, y llevan la corriente de su influjo á la postración de las grandes colectividades, que no razonan, que se mueven por instinto y que suben ó bajan por la escabrosa y larga cordillera de la civilización, del poder y de la prosperidad, según el brazo que las guía y la mente que las pone en movimiento. En todos los problemas, en todas las revoluciones, en todos los movimientos de la Historia, no es la raza la que se impone, sino el caudillo, y en la misma América emancipada todos conocen los que fueron los caudillos de la emancipación, como conocen y tienen, ó en la memoria ó á la vista, los que han sido en algunas de sus nuevas sociedades los caudillos del orden y de la regeneración, ya que aun en sus contiendas interiores de equilibrio todavía no han aparecido los caudillos del porvenir, los caudillos de la agregación y del engrandecimiento. Esa misma raza anglo-sajona que se asienta en el seno de una de las dos grandes partes de aquel continente, y que se había anticipado medio siglo á la conquista de su independencia y á la constitución de su personalidad política sobre la raza de tradiciones gloriosas que puebla con ella la misma parte de aquel continente y ocupa toda la otra y los territorios intermedios que le sirven de brazo de comunicación ó de vanguardia insular de su tierra firme, ¿improvisó, como la España del final

del siglo XV y principios del XVI, con Fernando el Católico y Carlos el Emperador, ó como la Francia de Napoleón, el opulento edificio de su poder y su influjo, de ese poder y ese influjo que hasta hace dos años no ha comenzado á desarrollar? Todo un siglo han necesitado los Estados Unidos para reconstituirse y robustecerse, antes de aspirar á las actuales expansiones de su engrandecimiento, sin que el genio de raza haya sido el motor de las empresas en que se ve empeñado, sino una dirección inicial que al cabo se ha transfigurado en un nombre. Este nombre no es el de un soldado: sus hechos personales no tienen el ascendiente de su espada; se halla en la embriaguez del triunfo, y, sin embargo, el mundo entero le mira retroceder. La raza no puede con lo que sus ideólogos han soñado. Los Estados Unidos ya retroceden en el extremo Oriente, porque saben que al dividir y malgastar sus fuerzas, empezarán á decaer. ¿No se anuncia ya el abandono de las Filipinas, robadas vilmente á España, que las conducía por el sendero de la civilización, y que sin haberlas logrado dominar un solo instante los Estados Unidos han convertido, con vergüenza universal, en campo de inhumanidades inenarrables y en el retroceso horrible del odio, del salvajismo y de la sangre? ¿Cuáles son sus triunfos, y cuáles serán sus conquistas en China? En América misma retrocederán, si la alianza del Sur, si la alianza de la Argentina con Chile en el Pacífico y la alianza de la Argentina con el Brasil, en el Atlántico, si logran elevar su influjo por una parte hasta las costas californianas y por otro hasta el golfo y mar de Caribes, pone una meta insuperable á sus desvergozadas ambiciones.

El prestigio, la condición y la aptitud de raza, de la que España desbordó de su seno sobre toda la extensión inmensa de los territorios americanos que se extienden desde Méjico á la Tierra del Fuego, nada tienen que envidiar á la pujante raza sajona de los Estados Unidos. Méjico, que en treinta años ha realizado y realiza sin término ni descanso un milagro perpetuo de orden y de progreso surgido del caos de una larga



anarquía y de dolorosos desastres; Chile, que sabio y prudente, estudia y trabaja, razona y prospera, entre las dos razas que inflaman su sangre y entre los dos muros en que la estrechan la cordillera insuperable y el océano sin fin; la Argentina, que á fuerza de educación ha roto las cadenas de una autocracia que la ahogaba en sangre y en despotismo, para ofrecer un asilo de asiento seguro á la perpetua caravana que hacia ella afluye de todos los cuadrantes del universo á disfrutar las amplitudes democráticas de su vida civil, las primicias exuberantes de sus vastos y vírgenes territorios y la participación gloriosa del desenvolvimiento de todas sus grandes empresas de progreso y prosperidad, son pueblos de nuestra sangre que dan á los ideólogos insidiosos del Norte, que con sus nuevas filosofías tienden á alucinar las colectividades impresionables, el mentís más elocuente á la superioridad que se arrogan, porque el acaso de la Historia haya puesto momentáneamente en sus manos el eje de la preponderancia del poder y del influjo, que se ignora si podrá conservar. No, no reciben estos pueblos florecientes de nuestra raza el acicate que estimula la amplitud en que se desenvuelven de su hermana mayor del Norte. Su virtud la llevan en sí mismos con la sangre latina que nosotros hemos infundido en sus venas, y si otras sociedades menos felices de aquel hemisferio prolongan en sus largas contiendas interiores de asiento y de equilibrio, las amargas pruebas que aún las inmerge en el negro caos de tan ruda gestación, faltas aún del caudillo que las conduzca al punto pacífico en que habrían de regenerarse, es muy dudoso si deben el soplo del fuego en que se abrasan á la propia condición de su sangre, aún no sometida al temple adecuado para la fácil circulación arterial, ó si es de fuera de donde reciben el influjo insidioso y clandestino con que sin tregua se devoran, en vez de reconstituirse.

No existen aptitudes metafísicas y diferenciales de raza para gobernarse y prosperar en sí mismas entre los pueblos de la nuestra que dan el ejemplo admirable y encantador

de Méjico, la Argentina y Chile, y yerran los pueblos que se jactan de poseer facultades exclusivas de alta dirección y gobierno, como los de la anglosajona, que en la actual evolución de la Historia alcanzn influjo preponderante, que ayer mismo era el nervio del poder del pueblo que ha dado sangre, alma, lengua y vida á las nacientes Repúblicas hispanoamericanas. Cuba, en el mar de las Antillas; Guatemala, el Salvador, Costa Rica en el Centro; Colombia, Venezuela en la parte Norte del continente del Mediodía; el Ecuador y el Perú en las vertientes andinas del Pacífico, sólo esperan el momento en que el aguijón de fuera deje de espolearlas, para deponer sus querellas intestinas y entrar en el camino vital de la regeneración. No es su índole la que pierde á estos jóvenes pueblos, sino su ductibilidad para inclinarse á las sollicitaciones que los seducen y los pervierten.

Por ventura, ¿son desconocidos los ocultos manejos que, en acción sistemática y constante, se ejercen para tener estas jóvenes sociedades en perpetua perturbación? Por donde quiera que se tiende la mirada, el cuadro que se ofrece á la vista no puede menos de inspirar el más profundo desconsuelo. Mientras en Méjico acaba de darse al mundo el hermoso espectáculo de un pueblo que, con superior instinto de su propio interés, al llegar el momento constitucional de renovar el depósito del gobierno supremo de la República en el más alto magistrado, concurre unánime á las urnas para prolongar con el voto concorde de todos los ciudadanos el poder de que consecutivamente ha sido investido en las tres últimas elecciones presidenciales el General Porfirio Díaz; mientras en la Argentina el poder que hace dos años ejerce el General Julio Argentino Roca, con no habersele ofrecido aquel campo de actividad en que durante su anterior Presidencia de 1880 á 1886 triplicó las líneas ferroviarias, aumentó en proporción geométrica el valor de las tierras cultivadas, el comercio exterior, las industrias locales y el desarrollo económico del país; impulsó las inmigraciones de fuera de modo tan considerable, que dió un

cuarto de aumento á la población total de la República, é imprimió un sello permanente de paz y de concordia á la política de su país, aun sin abdicar la constancia con que impulsa el movimiento progresivo de su país de tal manera, que lo constituye ya en nivel, no sólo del Brasil, tres veces más poblado que la Argentina, y de Chile, que alcanza el más alto grado de prestigio y de poder en las márgenes del Pacífico, sino de los mismos Estados Unidos del Norte, que miran con mal disimulada emulación la prosperidad creciente de sus riquezas y la organización creciente de sus fuerzas defensivas, constituyéndole en un enemigo que en el porvenir limitará su ansia de extensión y su fiebre de influencia en toda aquella parte de América donde los norteamericanos quisieran ser los únicos gerentes y soberanos, y al mismo tiempo, mantiene en la política interior aquel justo equilibrio entre los diversos partidos, que se erige en centro de ellos y en ellos encuentra aquella suma de colaboradores, sin los cuales toda labor individual se frustra en los escollos de la impotencia; mientras Chile supera sus crisis interiores, así políticas como económicas, con una fertilidad de recursos patrióticos, que la constituyen en modelo de los pueblos mejor organizados y mejor gobernados de aquel hemisferio; ¿cuál es el espectáculo que ofrecen los demás Estados, no tan felices?

Las Repúblicas del Centro fermentan siempre en una indefinida ebullición. No puede, ciertamente, en El Salvador el Presidente Regalado alegar, en prestigio de su alta investidura, la legalidad inicial de los poderes con que vino á la Presidencia de aquella República, deshaciendo el concierto de unión de tres entidades, que, de haber alcanzado su suspirada federación, indudablemente se habrían robustecido en corto plazo con el concurso de las dos Repúblicas disidentes, y habría alcanzado, con el poder que da la unidad, una fuerza de defensa extraordinaria para todos los accidentes que contra todos y cada uno de estos pequeños Estados, que inspiran tantas codicias poco escrupulosas, hace vislumbrar el porvenir.

Pero, aun así y todo, Regalado obtuvo la legitimación del Poder, que usurpó, por medio del sufragio de los pueblos. Hoy ejerce un poder legítimo, y nunca podrá admitirse como disculpables en las relaciones políticas entre los hombres, que aquellos en quienes se deposita una alta confianza se conviertan en traidores de los mismos que han descansado en su fidelidad, puedan levantarse de ningún modo contra sus propios favorecedores. El Presidente Regalado había depositado esta confianza en el General Castro, á quien había encomendado el Ministerio de la Guerra. El General Castro se sirvió de esta investidura para preparar una nueva revolución en que deshacerse del Presidente Regalado, por medio de su muerte. No contando, ni pudiendo contar, con masas en la opinión ni en el mismo parco ejército salvadoreño, buscó sus cómplices en algunos que ejercían mandos en los cuerpos armados. Uno de los coroneles que mandaba los cuarteles de la capital, no habiendo accedido á sus solicitudes, se constituyó en principal embarazo de la empresa criminal que había concebido, y él mismo le asesinó, disparándole su revólver y matándole á sangre fría. Hasta después de su arresto no se supo que aquel crimen formaba parte del complot para derribar á Regalado. En la investigación que durante el breve proceso se hizo, quedó descubierto todo su plan contra el Presidente de la República, y convicto de todos los cargos que se le hicieron, sufrió la última pena el 3 de Octubre, quedando con su muerte terminada por ahora la sedición. No obstante, como estos hechos se repiten tanto, sostienen viva una perenne desconfianza y el ánimo apenado no puede menos de preguntarse:—¿Hasta cuando?

En Colombia, después de una revolución de dos años, el poder central está constituido por otra usurpación, siquiera el usurpador haya alcanzado la renuncia, tal vez forzada, del usurpado. Mas ¿quién es el usurpador? El mismo Vicepresidente constitucional de la República, Sr. Marroquín. Arrebatado, en medio de los estragos de una guerra civil y aun sin

representar la bandera del partido levantado en armas, el poder que ejercía el Presidente D. Manuel Antonio Sanclemente, depuestos los demás poderes constitucionales, y formado un Gobierno *de facto*, no reconocido en la esfera interior por los mismos partidos disidentes, ni en la esfera internacional por las potencias y las Repúblicas con quien Colombia sostiene relaciones de amistad, las protestas del Sr. Sanclemente no han servido ni para devolverle la suprema magistratura de que legalmente estaba investido, ni para devolverse siquiera la libertad personal de que ha sido privado. No es Colombia un país donde falten los hombres de superior mérito; antes por el contrario, la antigua metrópoli del que fue Reino de Nueva Granada bajo el régimen colonial de España, ha pasado por mucho tiempo por ser la Atenas literaria y el *Forum Romanum* de la América de nuestra sangre; pero aun en un Estado que tiene estos cultos prestigios y antecedentes, el Dr. Sanclemente está con justicia considerado como uno de sus estadistas, aunque anciano, más digno de consideración. Su abolengo en el partido conservador de la República, contra el que han ensangrentado en estos dos últimos años el país las hordas del General Uribe y Uribe, data de los primeros tiempos de su fundación por los amigos incondicionales de Bolivia. Más tarde, en 1860, fue Secretario de Estado en la entonces llamada Confederación Granadina bajo la Presidencia de Ospina Rodríguez; pero á la caída de éste, y bajo el régimen violento que dictó en 1863 la Constitución de Río Negro, recluso en sus posesiones del valle del Cauca, se entregó á la agricultura. En 1866 el partido conservador volvió á tomar el manubrio del Gobierno Supremo, y Sanclemente salió de sus haciendas campesinas para ocupar la Presidencia del Supremo Tribunal de Justicia, mas retirado de nuevo á sus valles cáucanos, allí vejetó gran número de años, hasta que sin solicitarlo, ni agitarse más en ningún género de movimientos políticos, fué allí á buscarle en su retiro, como á un patriarca, el sufragio del pueblo colombiano, que había querido erigirle en su alto administrador.

¿Hubo en la designación de su nombre una combinación maquiavélica tan propia de los que hacen el juego de la política por medio de jugarretas viles? De Sanclemente, después de su elección, se decía en Bogotá, que anciano, postrado, achacoso, no se investiría de la magistratura que se le había confiado, y en efecto, en su ausencia, tomó posesión del Poder Supremo el Vicepresidente D. José Manuel Marroquín. Marroquín llevó al Gobierno un espíritu tan exclusivo de partido y tan indiscreto contra sus adversarios, que el partido nacionalista se vió obligado á poner en práctica toda su influencia á fin de arrancar á Sanclemente de su retiro y hacer en él efectiva la delegación soberana de los pueblos con que había sido honrado. El partido imperante jamás creyó que Sanclemente pudiera presentarse en la capital. Pero se presentó; reclamó su poder; dió al Congreso día y hora para tomar posesión en la Presidencia de su mandato constitucional. Las intrigas de Marroquín y del partido que le seguía, trataron de impedir el cumplimiento de estas fórmulas legales, y cuando se le consideró fracasado ante la obstrucción que se le oponía, en presencia de las Cámaras repulsivas se dirigió al Tribunal Supremo de Justicia y diciéndole: *¡Soy el Presidente de la República, y vengo á que me deis solemnemente mi investidura!* se hizo tomar el juramento, y se apoderó del Gobierno Supremo que le pertenecía. Ni aun este acto de entereza de carácter, ejecutado en los dinteles de los noventa años de su edad, fue bastante para que su autoridad se impusiera del modo que le correspondía á la rivalidad apasionada de las facciones. De mal en peor las cosas, han ido resolviéndose de manera que el país, hace dos años, se vió envuelto en los estragos de una guerra civil desoladora. Las vicisitudes de esta guerra forma una leyenda de actos salvajes y de contradicciones, que difícilmente podrán nunca referirse en toda la verdad de sus repugnantes accidentes. El último de todos ha sido la nueva usurpación del Vicepresidente Marroquín, á quien el Gobierno de los Estados Unidos no ha querido reconocer ni aun como

Gobierno *de hecho*, y el secuestro del Presidente nonagenario Sr. Sanclemente, á cuyo lado se ha puesto uno de los hombres de mayor prestigio del ejército colombiano, el General Próspero Pinzón, el vencedor del ejército revolucionario en los campos de Lebrija y Palonegro en la jornada continua de los quince días y quince noches, desde el 10 al 25 de Mayo último, en que comenzó y concluyó un combate que no se interrumpió durante ese tiempo ni un sólo instante, y en que por una y otra parte hicieron una mortandad horrorosa 30.000 fusiles modernos de precisión, y cerca de un centenar de cañones y ametralladoras.

En tanto que la usurpación del Vicepresidente Marroquín ha creado este estado de cosas, por una parte el Comité de París resuelve á su arbitrio las cuestiones vitales relativas al todavía bullente Canal de Panamá; por otro el tribunal de arbitraje, constituido también en la capital de la República francesa bajo la Presidencia de Mr. Loubet, para pronunciar su laudo en la cuestión jurídica á él sometida por Costa Rica y Colombia sobre fronteras, se suscribe al cabo y en tal sentido, que los mismos periódicos neoyorkinos no disimulan que directamente favorece ahora á Costa Rica, y más tarde á los Estados Unidos, cuando se lleven á vía de hecho los proyectos sobre los canales interoceánicos. Y como si el abandono casi total de todos estos grandes intereses no fuera bastante para inspirar á los partidos rivales de Colombia sentimientos poderosos de propia existencia é integridad, todavía se ve en perspectiva una guerra que en muchas partes de la América meridional se considera inminente entre Colombia y el Ecuador, motivada por las quejas que Colombia ha formulado á causa de los auxilios que pretende que el Gobierno del Ecuador ha prestado á los revolucionarios colombianos, y por las reclamaciones que el Gobierno del Ecuador ha hecho al de Colombia sobre las repetidas invasiones cometidas por el ejército gubernamental en sus provincias fronterizas, donde no se ha limitado á perseguir las montane-

ras insurrectas, sino le imputa haber cometido todo género de atropellos.

¿Mas por ventura, es mejor la situación interior en que en el Ecuador se encuentra el Gobierno del General Alfaro? Combatido sin tregua por los conservadores ó retrógrados de aquel país, las sediciones y levantamientos insurreccionales se suceden unas á otros, sin que basten á vencer el tesón de los que las promueven ni los procedimientos del riger, cuando estos se han empleado, ni los procedimientos de lenidad cuando las heridas de cada disturbio civil han querido curarse echando el manto del perdón y del olvido sobre los vencidos impenitentes. Desde Agosto último las montaneras feroces se han reproducido, sosteniendo frecuentes combates contra las fuerzas ó las organizaciones del Gobierno constituido, como los de Páramos y Aloa, que el 17 de dicho mes produjeron lastimosamente una multitud de cadáveres. ¡Qué empresas de civilización y progreso han de poder acometerse en una República en la que todas las iniciativas se ahogan en sangre! ¿Cederían estos instintos bélicos tan contumaces si el Ecuador se viese comprometido en una guerra formal con Colombia? ¿Cederían si esa guerra, surgiendo de otro cuadrante, se empeñase con el Perú? Porque el caso es que el Ecuador, que no alcanza á establecer un régimen interior pacífico que sea garantía de su regeneración y de sus progresos, en sus relaciones exteriores por todas partes concita quejas que pueden ocasionar conflictos y complicaciones muy comprometidas para su seguridad y su existencia.

El Perú le considera como aliado de Chile, con quien la antigua metrópoli del imperio de los Incas sostiene en estos momentos las más tirantes relaciones. En Lima se cree que su vecina del Norte se prepara para hacer causa común con el Gobierno de Santiago en el caso de que surgiera el conflicto armado, y no sólo entiende que el Ecuador le hostilizaría por sus fronteras terrestres, sino que habiéndose divulgado que el Gobierno de Quito pretendía adquirir del de España el caño-



nero *Temerario*, se susurra que está en ánimo de formar una flotilla con que auxiliar también las fuerzas navales que se destacasen de Chile. ¡No hay duda que de este bosquejo se deduce el más bello cuadro respecto al Ecuador! En el interior una insurrección perenne de carácter tanto político como religioso contra el General Alfaro, y en el exterior Colombia por un lado y el Perú por otro amagándole con la guerra, mientras los Estados Unidos, que ya le presenta sus pastores protestantes para organizar las escuelas de instrucción pública en Quito y en Guayaquil, enfrente de la educación católica que se da por las comunidades religiosas que sostienen la actitud rebelde del partido conservador, se dispone á aquella intervención conciliadora que tendrá por precio la anexión de las islas Galápagos, de las que no se apartan la mirada de los políticos y las estrategias de la Casa Blanca.

Las cuestiones entre Bolivia, el Perú y Chile, son las que en estos momentos absorben más la atención en todo el mundo hispanoamericano del continente del Sur, y las que se reconocen en los Gabinetes, en los Parlamentos y en los periódicos bajo la denominación de *El Problema del Pacífico*, y también con el nombre más lato aún de *La política internacional sudamericana*. ¿Cuál es la base fundamental de esa cuestión? La situación del Perú y de Bolivia respecto á Chile, después de la guerra de 1889. Bolivia quedó totalmente desprovista de un puerto en la costa del Pacífico por donde descargar en brazos del comercio las ricas producciones de sus altas cumbres. El Perú, perdido totalmente en Tarapacá el territorio más opulento de su Estado, dejó engarzadas en las uñas de su adversario otras dos provincias, las de Tacna y Arica, cautivas por un lapso de tiempo determinado, y convenida por el tratado de Ancón su suerte del porvenir á la sentencia de un plebiscito; y aun después de verificado éste, á que la República que en el sufragio de los pueblos saliese favorecida por el voto de estos, hubiese de indemnizar á la otra con una suma cuantiosa. El tiempo ha transcurrido y aun traspasado

largamente el término propuesto para la apelación á este fallo definitivo. Para poner en ejecución lo que estaba pactado, se concordó un nuevo tratado, se propuso un arbitraje que fuera estricto fiador de la sinceridad del acto electoral, y se designó á la Reina Regente de España por alto árbitro. Pero ni Chile, ni el Perú, cuya respectiva situación económica no es tan desahogada que se la suponga en disposición de hacer efectivo un desembolso de la cuantía del contratado en el momento en que hubiera de resolverse de una manera concluyente ó la devolución de Tacna y Arica al Perú, ó su anexión definitiva á Chile, se habían preparado en este terreno á la última consagración del *litis*. Y mientras en el Perú la ola de la efervescencia crece siempre reclamando el cumplimiento de lo pactado, y en Chile se sustentan procedimientos de resistencia, que llegan á apelaciones violentas, como las puestas en práctica en la administración pública, en el régimen de la enseñanza y en otras disposiciones para *chilenizar* el territorio en caución, el Perú escribe y disputa con ceguedad, busca alianzas, negocia protectorados, hace alarde de organizarse para renovar la guerra, sin que por estos caminos logre abrirse un resquicio por donde vislumbrar la solución satisfactoria y pronta de un litigio cada vez más enmarañado.

¿Es de esperar la guerra? ¿Es de creer que en los Congresos de Madrid y México esta cuestión de derecho privativo entre el Perú y Chile, pueda ser planteada, ni mucho menos resuelta? ¿Hay quien locamente pueda halagar la idea de que las alianzas buscadas de la otra vertiente de la cordillera puedan conducir á un *casus belli* entre la Argentina y Chile, que sólo sería la ruina de las dos Repúblicas más florecientes de la América del Sur, y las que con su prosperidad y sus fuerzas son hoy la única esperanza y la única garantía de todo el extenso mundo latino-americano? ¿Puede llegar la temeridad y la ceguedad de algunos, como el peruano Sr. Garland, hasta el extremo de engreirse con la perspectiva de una intervención personal de los Estados Unidos del Norte en el conflicto, in-

tervención que sólo podría ejecutarse en el caso del conflicto por las armas, y que aunque habría de limitarse á la gestión puramente diplomática, pues la militar sería protestada y repelida por Chile, expondría á las naciones protegidas al pago oneroso del servicio hipotético que pudieran recibir, con concesiones á un nuevo vecino, de otra lengua, de otra raza, de otros procedimientos, que se erigirían desde luego en un peligro continuo y humillante para todo aquel continente, y más peligroso que para nadie para las mismas Repúblicas que lo llamasen, como en la España antigua de los godos los ejércitos de Tarik reclamados á nuestra Península por el infame don Julián?

No es de temer que la ceguedad de algunos haga que este caso llegue; pero cuantos sentimos el interés supremo de los pueblos jóvenes de nuestra raza en América, no podemos menos de lamentarnos amargamente de que un estado delirante de espíritu conduzca á tales extravíos. Los Estados Unidos del Norte no procederán por ahora en son de conquista contra ningún Estado americano de origen ibérico, y todos sabemos que al próximo Congreso panamericano de Méjico se llevará el dogma de la exclusión del derecho de conquista que se pretende convertir en precepto positivo en el nuevo edificio que se medita del Derecho internacional americano. Pero si se excluye el derecho de conquista, será consignado en cambio el derecho de anexión, puerta abierta exclusivamente para que los Estados Unidos, con sus manejos solapados é insidiosos, donde quiera que con sus manejos ocultos y maquiavélicos haga surgir un conflicto, y ya á nombre de alto protector, ya por apelación explícita de alguna de las partes, ó ya por negociaciones directas cuanto á su interés convenga, halle ocasión de intervenir, ó de proponer, y pueda, por partes, irse colocando en posiciones estratégicas desde las cuales pueda irse tragando ó anexionando territorio tras territorio, hasta constituirse en el árbitro exclusivo ó en el único soberano de todo el extenso mundo que Colón arrancó al secreto de los mares.

El Perú ha apelado á la Argentina, y nada hay que reprochar á esta fraternal apelación. La Argentina sólo ha ofrecido los servicios de una mediación conciliadora que no ofenda los derechos de Chile, y Chile no sería sorda á las instancias pacíficas de una amiga y aliada, si las manifestaciones indiscretas que se hacen en Lima, en la Paz, y en Sucre y que se han intentado llevar á Buenos Aires, no equivaliesen más á actos de coacción y de amenaza, que á proposiciones razonadas de pacíficas avenencias. Antes lo hemos escrito, y ahora insistimos en nuestro pensamiento. Ni el Perú está en condiciones económicas para devolver á Chile las sumas pactadas, de serle revertidas sus antiguas provincias de Tacna y Arica, ni Chile dispone tampoco de ellas para indemnizar al Perú de su pérdida definitiva. Si no se cuenta con estas sumas limitadas para llegar al término acordado de los pactos públicos existentes, ¿cómo se irá al abismo sin fondo de los gastos de una guerra? La Argentina ha ofrecido los oficios de una mediación conciliadora, y esta mediación sólo puede fundarse en bases de posibles compensaciones. Tal vez Chile no repugnaría dar á Bolivia el puerto en el Pacífico á que aspira en los mismos territorios que el Perú tiene en litigio. Pero esta concesión le compelería á sacrificios equivalentes, y estos sacrificios se substanciarían en la adjudicación al Perú del territorio insurrecto del Acre. ¿Por qué no pensar en estos salvadores arreglos de los que podía surgir más estrecho que nunca el restablecimiento de las amistades de familia, rotas desde la guerra del Pacífico, entre todas aquellas Repúblicas que no fueron bajo el dominio de España sino divisiones administrativas de una gran unidad? Amistad y unión es lo que impone el sustento hasta de la propia conservación para todos aquellos jóvenes Estados. Ninguno de ellos tiene fuerza de población suficiente para hacer pródicamente fructífero todo el territorio que tenía adjudicado y reconocido. ¿A qué esta angustia de engrandecimientos? ¡Paz! ¡Paz! ¡Paz! ¡Unión! ¡Unión! ¡Unión! ¡Fuentes de educación! ¡Espíritu de empre-

sas! ¡Sentimientos de orden y economía! Esto es lo que exigen aquellos pueblos y la raza española que los forma. Cuando el sentimiento de la paz, de la unión, de la necesidad de la educación y del progreso, del beneficio del orden y de la economía se ha infiltrado en las almas de Méjico, de Chile, de la Argentina, nuestra raza ha creado esas nobles nacionalidades que disputan á los Estados Unidos de América la supremacía de su prosperidad, y que al paso civilizador que llevan, le disputarán pronto también, á despecho de esos idéologos y utopistas clasificadores de razas y de aptitudes, la de la cultura, la de las iniciativas útiles, la del engrandecimiento político y la del poder material. Nuestra raza nada tiene que envidiar en ningún sentido á ninguna otra, cuando ilumina su espíritu la antorcha vivificadora de la paz y del orden, de la educación y de la economía, de la unión íntima entre sí y del denuedo característico para todas las empresas. Que este espíritu se imponga en el centro y en la antigua Colombia, en el Imperio prehistórico de los Incas y en cuanto el habla castellana domina desde la tierra opulenta de los Motezumas hasta los inclementes climas de los Onas. ¡Y maldición!, eterna maldición á los que, como Venezuela, apelan á protectorados que son para toda la América latina una ignominia, cuando se les ofrecen litigios que resolver en Europa; á los que con Restrepo y los demás insurrectos colombianos van á pedirles armas con que herir el corazón, la integridad y la independencia de su patria; á los que en el Ecuador mendigan los apoyos de los pastores protestantes para sustituir en las masas de aquel pueblo fanatismos sin disciplina con fanatismos codiciosos; á los que con Garland y Guachalla van á poner á los piés del que sagazmente los empuja en sus propias ceguedades las llaves de las puertas por donde pueden entrar victoriosos en sus dominios para absorverlos y *traducirlos*, los enemigos de la raza.

Mientras por estas convulsiones nerviosas obran estas sociedades que no encuentran equilibrio ni reposo, agitadas de continuo por su propio espíritu impresionable y trastornador,

en los momentos en que estas líneas se escriben, en Buenos Aires se está verificando el acto tal vez más importante con que los nuevos pueblos nacidos de nuestra sangre se disponen á entrar en el segundo siglo de su vida independiente: la visita del Presidente del Brasil, Campo Salles, al Presidente de la Argentina, General Roca. ¿Van á cumplir en los acuerdos de su entrevista la alta misión que incumbe á los pueblos florecientes de aquel hemisferio en su influencia sobre las demás nacionalidades menores que no acaban de conquistar el influjo de su prosperidad y de sus respetos por la eterna obstrucción que sus inacabables discordias oponen á su felicidad y á su progreso? En las vísperas de la celebración del Congreso social y económico de Madrid, que cuenta en América tan numerosas é importantes adhesiones, este es nuestro voto supremo. Se niega á nuestra raza en el Nuevo Mundo las condiciones superiores necesarias para saberse regir por sí los pueblos que la constituyen, y para saber prosperar y progresar en las anchas vías de la civilización. Méjico, el Brasil, la Argentina y Chile, desmienten esta insidiosa imputación, por más que la utopia de moda la formule y la prodigue. Cumplan estos pueblos adelantados con sus hermanas menores el papel protector que ellos demandan á los que por todos los medios de la sagacidad y de la sugestión trabajan por subordinárselos y sometérselos. El porvenir de la raza ibérica en América está en ella misma, y en proseguir el ejemplo de orden y economía, de paz y de progreso, que á todas dan Méjico y el Brasil, Chile y la Argentina.

Iob.

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO. — LITERATURA: El teatro Chino. = POLÍTICA PEDAGÓGICA: El clericalismo en las Universidades italianas. = ESTÉTICA: Taine y el realismo. = FILOLOGÍA: Los regionalismos americanos y el idioma nacional. = IMPRESIONES Y NOTAS: La índole matemática. — Cuidados con los relojes. — La leyenda de Jonás. — Los alimentos en píldoras. — Un Obispo higienista.

## LITERATURA

EL TEATRO CHINO.—El verdadero teatro chino—dice Sinimberghi en la *Rivista politica e letteraria* de Roma—no tiene nada de despreciable: en aquellas típicas construcciones de bambú, donde los chinos se citan para beber té, fumar su pipa y asistir al espectáculo, descompuestamente y charlando, se desarrolla en la escena algo artístico y moral, retratándose las debilidades humanas, castigando las culpas y premiando la virtud como en nuestros teatros clásicos.

El drama vale menos que la comedia; ésta tiene tipos realmente cómicos, y el diálogo es familiar y agradable, mientras que en aquél es pesado por su gravedad, hablando los personajes como si fueran oráculos.

Como tipo de comedia puede citarse *El Avaro*, un avaro que nada tiene que envidiar á los de Plauto, Molière y Goldoni. Valga como ejemplo una escena entre Ku-ijn, viudo, macilento, á punto de morir, y un jovencito á quien ha adoptado como hijo.

EL AVARO.—¡Ay de mí! ¡Qué malo estoy! ¡Oh, no acaban nunca mis días de dolor!

EL HIJO.—Tenga usted valor.

A.—Sí, sí... Mira si ves algún siervo por ahí, y si no, ve á llamarlo. (*El hijo se va unos momentos.*)

A.—¡Oh, qué desgraciado soy! Veinte años hace, tuve la infeliz idea de comprar ese muchacho, esperando tener una ayuda, un buen hijito que me hiciese economías, y en vez de eso no tiene juicio. Yo no gasto nada para mí, ni siquiera un dinero, ni siquiera medio dinero; y él... ¡imbécil! gasta y derrocha, porque no sabe lo que cuesta la moneda. No piensa más que en atracarse y vestirse. ¡Pobre de mí!... Estima el dinero como el fango que le embadurna los pies. ¡Oh! ¡Si supiese cuántas son mis angustias cuando me veo obligado á cambiar una monedita de plata!... (*Suspira. El hijo vuelve, y poco después entra un siervo.*)

H.—Padre mío, ¿por qué no come usted algo?

A.—Hijo mío, no estoy yo así porque coma poco, sino por el gran disgusto que he tenido. Has de saber que un día de estos, habiendo tenido gana de probar pato asado—el olor llegaba hasta mis narices dilatadas,—fuí al mercado. ¿Qué ví allí, en aquella tienda que tan bien conoces tú, glotón? El más hermoso pato estaba al fuego y goteaba una salsa tan rica... ¡Ah, no puedo pensarlo!... ¡Basta! Con pretexto de examinarlo de cerca para comprarlo, lo tenté con una mano y lo tuve apretado con los cinco dedos, hasta que estuvieron bien untados con aquel jugo. Luego me volví á escape á casa sin comprarlo, y me hice servir un plato de arroz cocido en agua; pero á cada cucharada de arroz me chupaba uno de los cinco dedos. A la cuarta cucharada, sin embargo, me dió un gran sueño y me quedé adormecido en un banco. ¿Y qué te parece que me sucedió? Durante mi sueño vino un perro y se puso á lamermel quinto dedo. Y cuando al despertarme observé el hurto que el animal me había hecho, me sentí invadido por tanta bilis, que aquí tienes cómo estoy desde entonces; he caído enfermo



del disgusto. Y siento, hijo mío, que el mal crece cada día más, y que dentro de poco seré hombre muerto.

H.—No diga usted eso.

A.—Mejor es que te vayas preparando para el caso. Pero ¡vaya! quiero dejar á un lado la avaricia en los últimos momentos de mi vida. Yo también quiero ser gastador. Tengo gana de comer un buen plato de judías.

H.—Iré á comprar un duro de ellas.

A.—¿Eh?... ¿Tienes gana de broma? Basta una *perra chica*.

H.—Pero por una *perra* apenas me darán media cuchara-da; y luego que el mercader no me querrá vender tan poco.

EL SIERVO (*en voz baja al hijo*).—Dígale que compre media peseta siquiera.

A.—¿Qué haces, hijo?

H.—Cojer el dinero: cinco *perras*. (*Da al siervo, que sale en seguida, una moneda de dos reales.*)

A.—Pero yo te he visto cojer una moneda de diez *perras* y dársela entera. ¿Se puede derrochar así el dinero?

H.—Me traerá de vuelta las otras cinco *perras*.

A.—¿Y si se le olvida?

H.—Yo se lo recordaré.

A.—Pero antes de darle una cantidad así, ¿te has enterado de su nombre, de su familia, de su domicilio y de quiénes son sus vecinos?

H.—Sí, sí, le conozco; sé dónde vive: pero en cuanto á los vecinos...

A.—¿Y si se mudase de casa y se escapara con ese dinero? ¿A quién acudiríamos para recuperarlo?

H.—No piense usted en eso, padre. Lo que yo quiero es hacer pintar antes de que usted se muera la imagen del Dios de la felicidad, para que sea propicio á usted, á su hijo, á sus nietos y á sus parientes más remotos.

A.—Hijo mío, si mandas pintar el Dios de la felicidad, ten cuidado de no hacerlo pintar de frente; basta con que se le vea un poco de la espalda.

H.—Pero ¿por qué? ¿No se pintan los retratos siempre de cara? ¿A qué pintor se le ocurre retratar á un personaje vuelto de espaldas?

A.—¿Con que tú no sabes, insensato, que cuando un pintor ha concluído de hacer los ojos de una divinidad, tiene derecho á una gratificación?

H.—Padre, se duele usted mucho de su dinero.

A.—Hijo, no me incomodes en los últimos momentos de mi vida. Dime: ¿en qué clase de ataúd me enterrarás?

H.—Si tengo la desventura de perder á mi padre, compraré para su cuerpo la más rica caja de abeto que pueda encontrar.

A.—No harás semejante locura. La madera de abeto cuesta demasiado. Después de muerto, ¿quién va á distinguir la madera de abeto de la del sauce? De ésta, de ésta deberás comprar la caja, ¿entiendes? Pero, ahora que me acuerdo, ¿no tenemos en casa un cajón viejo de cuadra? ¿Dónde hay mejor cosa para meter mis pobres huesos?

H.—¿Qué dice usted, padre mío? ¡Usted delira! Aquel cajón es más ancho que largo. ¿Cómo extender en él su cuerpo de usted, que es tan alto?

A.—No hay que apurarse por eso. Si el cajón es demasiado corto, nada más fácil que acortar mi cuerpo. Coje un hacha, y pártelo en dos partes iguales; luego pones una mitad encima de otra, y ya verás entonces qué cómodamente estaré. Y á propósito: tengo que recomendarte una cosa importante.

H.—Diga usted, padre mío.

A.—Procura servirte para partir mi cuerpo de una buena hacha; pero haz porque te la preste cualquier vecino.

H.—¿Y para qué, si la tenemos buenísima en casa?

A.—¡Ah! Es que tú no sabes lo duros que son mis huesos, y no piensas en que, si el hacha se mella, tendrás que gastar no pocas perras en afilarla luego.

H.—Se hará su voluntad de usted.

A.—Gracias, hijo mío.

H.—Ahora, permítame usted, padre, que vaya á la pagoda á quemar incienso. Así obtendré el favor de prolongar los días de usted.

A.—No importa, no importa que yo viva unas horas más ó menos. Costaría demasiado, hijo mío.

H.—Es que he hecho un voto y tengo que cumplirlo.

A.—¡Ah! ¿Has hecho un voto sin advertirme?.... ¿Y por qué?.... ¡Vamos! Te daré una *perra*.

H.—No basta.

A.—Te daré dos perras.

H.—No bastan.

A.—¡Oh, sí bastan, sí! Hasta son demasiadas, porque no llegan á tiempo..... Acércate, hijo mío; ha llegado el último instante; siento que mi alma se separa del cuerpo..... ¡Adiós, hijo mío!.... No te olvides, en cuanto muera, de correr tras el siervo para que te dé las judías y la vuelta de los dos reales..... (*Muere*).

Como tipo del drama auténtico chino, puede citarse *La venganza de Teungo*. Teungo es una mujer condenada á muerte, y el argumento se basa en un error judicial, y muestra el alto concepto en que es tenida la justicia del país. He aquí algunas de las más importantes escenas:

TEUNGO (*caminando al suplicio, acompañada por el verdugo*).—Si me llevais por el camino derecho, mi corazón se llenará de amargura; si por el contrario, me llevais por calles oblicuas y solitarias, moriré sin quejarme. No me digais que así se alarga el camino.

VERDUGO.—Pero la plaza está ahí, ¿véis? Y la gente viene hacia nosotros. Mirad á ver alguno de vuestros parientes. Puedo permitir que se acerque; eso no me está prohibido.

T.—¡Ah, no! Tened compasión de una pobre huérfana, de una mísera viuda.

V.—¿No tenéis padre?

T.—Le he perdido hace mucho tiempo. Hace trece años partió para la capital del Imperio con la esperanza de encon-

trar una buena ocupación, y desde entonces no he vuelto á ver su semblante ni á tener noticias tuyas.

V.—¿Para qué queríais entonces que os llevase por calles extraviadas?

T.—Porque por el camino derecho, temo encontrarme con Tsai.

V.—¿Y quién es Tsai?

T.—Mi suegra.

V.—¿Y qué os importa eso, si vais á morir?

T.—¡Oh! Si Tsai me viera cargada de cadenas caminar hacia la plaza, para tender mi cuello al cuchillo (*cantando*)..... ¡Oh.....! Entonces, ella, destrozada por el dolor y la desesperación, moriría conmigo. Os lo suplico; tened compasión, si quiera de ella. (*Aparece Tsai, que estalla en copioso llanto en cuanto se junta con Teungo*).

TSAI.—¡Oh, cielos! ¿Es esta mujer mi nuera?

V.—¡Atrás!

T.—Ya que mi suegra está aquí, concededme que le hable ahora.

V. (*A Tsai*).—Acercaos. (*Se retira á un lado con el Procurador*).

TSAI.—¡Ay, hija mía! ¡Sucumbo á mi dolor!

T.—Escuchadme. Quien derramó el veneno en la taza, para daros la muerte, fue Tsiang-lo-cul, vuestro hijo, á fin de no encontrar oposición á nuestro matrimonio. ¿Cómo podía yo imaginar que vos habríais de dar aquella bebida envenenada á su padre.....? Li-lao la bebió, y al momento murió. Temiendo yo, entonces, que la infamia pudiera caer sobre vuestra cabeza, dije, como buena hija, que yo había envenenado á Li-lao, y he ahí por qué me encuentro en la vía pública con cadenas, aguardando mi ejecución. ¡Oh, Tsai! Cuando sea cadáver, seguid el 15 de cada mes los ritos de costumbre.....

TSAI.—Ten valor, hija mía. No olvidaré nada de lo que me has dicho.

V.—Vamos, ya ha llegado la hora del suplicio.

T. (*Al Procurador*).—Tengo que pedir un favor.

P.—Hablad. ¿Cuál?

T.—Pido que se tienda una estera por tierra, y que se me permita ser ejecutada sobre ella; suplico, además, que se aten al asta de la bandera dos pedazos de tela de seda blanca, de diez pies cada uno. Si muero víctima de una falsa acusación, veréis que cuando el verdugo separe mi cabeza del tronco ni una sola gota de mi sangre hirviente caerá sobre la estera, mientras que los dos pedazos de seda blanca se teñirán de rojo.

P.—Concedo. (*Dirigiéndose al verdugo*). Tú, obedece. (*El verdugo extiende la estera y ata á la bandera dos pedazos de seda blanca*).

T. (*Cantando*).—Si hago un voto solemne, en apariencia extraño, es porque quiero probar mi inocencia. Sin algunos prodigios que deben herir vuestra imaginación, no haré resplandecer la justicia del cielo.

V.—¿Tenéis algo más que pedir al Procurador?

T.—Sí. Estamos en la estación del año en que más insoportable es el calor. Pues bien; si mi inocencia ha de ser probada, el cielo hará caer copos de nieve en cuanto haya dejado de vivir, y blanco y helado lienzo cubrirá mi cadáver.

P.—Ofendéis al cielo, Teungo, con vuestras palabras. La estación es calurosa. ¿Cómo podéis creer que caiga de lo alto un copo de nieve?

T.—Si ha de probarse mi inocencia, habrá en este fértil país de Tsu-cheu una extremada carestía, que durará tres años.

P. (*A Teungo*).—¡Basta! (*Al verdugo*). ¡Herid! (*El verdugo corta la cabeza á Teungo, que cae hacia atrás; inmediatamente se desencadena el huracán y empieza á caer nieve; la sangre no cae en tierra, y los trozos de seda blanca se tiñen de rojo*).

En este punto cambia la escena y los espectadores son transportados al palacio de justicia de Tsu-Cheu. Los personajes son el juez Teu-Tien, padre de Teungo, y la sombra de la desgraciada injusticiada.

TEU-TIEN (*moviendo unos papeles*).—Examinemos estos procesos..... Esta muchacha culpable, ya ejecutada, tiene mi mismo nombre, Teungo. Había envenenado á su suegro. Este delito está entre los diez que son imperdonables. ¡Ea! Pongamos este proceso bajo los demás, como asunto terminado (*vacilando*). Pero ¿qué es esto? A pesar de mis esfuerzos, me siento desfallecer. Bueno; apoyaré la cabeza en esta mesa, y descansaré (*se queda dormido*).

LA SOMBRA DE TEUNGO (*en el dintel*).—Espíritus tutelares, genios benéficos que vigilais las puertas de las casas, dejadme entrar. Soy la hija del que duerme, del supremo juez Teu-tien-chang. Mi padre ignora que su hija ha sido ajusticiada inocente. Dejad que le advierta (*se le acerca llorosa*).

TEU.—Hija mía, ¿eres tú? (*Mientras la sombra se desvanece, se despierta*). ¡Caso extraordinario! ¿No me parecía ver á mi hija?..... ¡Dejemos estos pensamientos! Prosigamos el examen de las sentencias dictadas. (*La sombra reaparece y gira silenciosa en torno de la llama de la lámpara*). ¡Extraño! ¿Qué pasa que tan pronto la lámpara despide vivos destellos como parece que se apaga? (*Mientras va á despabilar la lámpara la sombra da la vuelta á los papeles*). Ahora volvamos al estudio de los procesos (*lee*). «Entre los culpables figura la muchacha Teungo, que envenenaba á su suegro.....» Pero, ¿cómo? ¿Ha vuelto esta causa á ponerse encima de los papeles cuando yo la había colocado debajo? Volvámosla á su sitio y pasemos á otra. (*La sombra continúa dando vueltas en torno de la lámpara, y Teu se levanta para despabilarla*). ¡Otra vez con la luz viva y muerta!..... ¡Vamos la luz está ya bien, y puedo seguir mi trabajo. (*Vuelve á coger los papeles y lee*). «Entre los culpables figura la muchacha Teungo.....» ¡Pero esta es la misma cosa de antes! ¿Qué pasa aquí?..... ¿Hay demonios á mi alrededor? Este es un hecho extraño. ¿Que la imputación ha sido calumbiosa? ¡Y la lámpara se vuelve á apagar! Aquí debe haber algún espíritu maligno... Pero ¿no sabes tú, miserable, que yo cumplo aquí la misión de justicia que me ha

confiado el Emperador, y que tengo al mismo tiempo la insignia dorada y la espada, que es el símbolo del poder? (*La sombra se le aparece y salta en torno suyo; Teu desenvaina la espada y trata en vano de hierirla; luego grita*): ¡Oficiales de justicia, despertaos! Aquí hay demonios. ¡Oh, cielos! Me muero de terror (*se apoya en la mesa*).

SOMBRA (*cantando*).—Veo que tu corazón, lleno de desconfianza, es presa de la sospecha y del odio. Si eres verdaderamente Teu-tien-chang, investido de gran poder y majestad, recibe los saludos de tu hija Teungo.

T.—¡Oh sombra! ¿Por qué mientes? Mi hija se llama Tuan-yun, y hace muchos años que la dejé en casa de Tsai, después de haberla desposado. Si tú eres Teungo, ¿cómo has de ser mi hija?

S.—Padre mío, desde que me desposásteis con la familia Tsai cambié mi nombre por el de Teungo.

T.—Y bien; si eres realmente mi hija, contesta con verdad á mi pregunta: ¿envenenaste á tu suegro?

S. (*alejándose*).—¡Soy tu hija!

T.—Al introducirte, la primera vez, en casa de Tsai, te recomendé que observases los tres deberes de la sumisión y la práctica de las cuatro virtudes especiales y te dije precisamente así: La mujer tiene tres especies de dependencia: cuando es hija, debe obedecer al padre; cuando es esposa, debe obedecer al marido; cuando es viuda debe obedecer á su primogénito. La esposa, añadí, tiene cuatro virtudes especiales que ejercitar: honrar y servir á la suegra, respetar al marido, vivir en paz con las cuñadas y ser misericordiosa con los pobres. ¿Respetaste tú todos estos santos mandamientos? No; cometiste, por el contrario, uno de los diez horribles delitos que son castigados con la muerte. Has obscurecido las virtudes hereditarias de tus antepasados, has manchado mi nombre, tan puro como el agua que cae del cielo. Confiesa la verdad y ¡ay de tí, si mientes! Sufrirás las más horribles penas, y no podrás transmigrar á ningún cuerpo humano.

S.—Padre mío, dejad de ultrajarme, dulcificad vuestro rostro. Dignaos escuchar la terrible historia de mis desventuras. (*La sombra le cuenta todo con tal acento de verdad, que el juez se siente conmovido hasta llorar*).

T.—Si eres el espectro de mi hija, me harás morir de dolor. Yo no te pregunto más que esto: ¿eres tú la causa de la sequía que hace tres años empobrece y estraga el país de Tsu-cheu?

S.—Sí; esta sequía es la prueba de mi inocencia.

T.—Pues bien, ya que así están las cosas, juro que te haré justicia.

## POLÍTICA PEDAGÓGICA

EL CLERICALISMO EN LAS UNIVERSIDADES ITALIANAS. — La adaptación de la Iglesia—dice en la *Rivista politica e letteraria*, Gustavo Pittaluga—á todas las innovaciones del modernismo, constituye la mayor fuerza de tan poderosa institución, que disimula su carácter político bajo las ideas morales ó sociales; esta adaptación de la Iglesia á los nuevos métodos *ad majorem Dei gloriam*, es al mismo tiempo el peligro mayor para los Estados laicos y para la libertad del pensamiento.

La Iglesia ha tenido en la educación de la juventud un monopolio seguro, tan poderoso, tan indiscutido, que maravilla que la sociedad haya podido llegar tan rápidamente á un cambio tan radical. Hasta 1848, hasta 1859, en muchas partes de Italia, los únicos educadores de la juventud han sido aquellos jesuitas, aquellos barnabitas y aquellos escolapios, de donde salieron—nuevo milagro—los hombres que con Mazzini y Garibaldi riñeron mil batallas por la libertad. Y es que se había extraviado el camino: no eran las formas eclesiásticas las que convenía conservar, sino el contenido del pensamiento eclesiástico en las formas civiles. Para ello se evocaron todos



los grandes nombres del pasado y se pregonó todo lo que habían hecho de bueno, en las ciencias, en las artes, en la literatura, bajo el dominio solo y absoluto de la idea católica, pretendiéndose hasta probar que Volta fue un férvido creyente y que Leopardi sólo estuvo separado de la Iglesia únicamente durante un breve período de su vida.

Dos direcciones contradictorias ha tomado el clericalismo respecto á los hombres de valer, cuya pérdida era dolorosa, y cuya conservación en el seno de la Iglesia era difícil: mientras tuvo la fuerza y el poder, los rechazó y condenó; después ha procurado apropiárselos y hacerlos servir á su gloria por el gran interés de demostrar que la ciencia y la Iglesia no son incompatibles. De ahí que al prevalecer esta orientación se haya desistido con buen sentido político, de la idea de fundar la Universidad católica de Italia. Es preferible introducir el espíritu clerical en los centros universitarios laicos, sacar de la vida común todo lo que tiene de bueno y útil, y permanecer íntegros con la propia fe y la propia conducta, y con los propósitos políticos que de aquella fe derivan; ese es el papel de los jóvenes en la Universidad. Como decía Mons. Spalding en Washington, al inaugurar el colegio de Santa Cruz, «nuestra vida está dirigida más por lo que *sentimos* que por lo que *pensamos*; y el poder de sentir y de querer puede educarse como se educa la inteligencia».

La juventud católica de las Universidades italianas no ha llegado todavía á comprender, ni menos á realizar, el papel que se le asigna. Sólo los jesuitas de la *Civiltá Cattolica*, ven, como siempre, claro, y mientras aplaudieron la creación de la «Sociedad científica general entre los católicos italianos», combatieron con empeño el socialismo cristiano que ha echado raíces en algunas Universidades.

Una ciudad, sobre todo Génova, tiene su Ateneo sometido como institución urbana al clericalismo imperante; esta condición de la Universidad genovesa debe atribuirse el estado general de la ciudad; pero no es menos cierto que la juventud

secunda y aplaude esta dirección de los estudios, y el ambiente que allí se respira es completamente clerical.

Bolonia tiene fama de ser uno de los más firmes baluartes del Catolicismo; pero aunque en su Universidad estén suficientemente representados los clericales, está muy distante de ofrecer el aspecto de la genovesa, porque, aunque los directores de la cosa pública tuvieran contraria opinión, la protesta inmediata y solemne de los muchos jóvenes de firme fe liberal impediría el retorno á las restricciones é hipocresías que se practican en otras ciudades. Los católicos tienen allí el círculo de Benedicto XIV, del que forman parte unos 80 socios; fuera de este grupo, hay otros católicos que aceptan las actuales instituciones y que constituyen el elemento más peligroso para los clericales que quieren conquistar la Universidad para el dogmatismo.

En cuanto al socialismo cristiano, la Universidad donde más vivamente se manifiesta es la de Pavía. Lo mismo aquí que en Milán, los jóvenes católicos se presentan con carácter batallador, y aunque son pocos—en Milán no pasan de diez—hacen el ruido de las nueces en el saco, siendo de notar dos hechos interesantes: el primero es el espíritu democrático y socialista en que se inspira el grupo más activo de la juventud católica; y el segundo, que los jefes de este grupo proceden del liberalismo garibaldino. Y en lo que toca á Milán, no debe dejarse de consignar que la propaganda socialista es, no sólo permitida, sino alentada por el Arzobispo, Cardenal Ferrán, en cuyo palacio se inicia á los seminaristas en los problemas de economía social y en el programa de la democracia cristiana.

En Turín, donde la Universidad tiene un carácter severo y especial, los católicos carecen de vigor, y su círculo, antes muy numeroso, va languideciendo; la juventud universitaria se limita á una acción pasiva y condescendiente, como la de Don Bosco con sus salesianos. En Padua, en cambio, donde hay un círculo Giordano Bruno, el círculo católico es vivo y

numeroso, habiendo una minoría del mismo inclinada al socialismo cristiano.

En Venecia, de cien estudiantes de la Escuela de Comercio, unos ochenta se adhirieron al Congreso anticlerical, y sólo dos se declararon contrarios, lo que da la medida del espíritu que allí reina. En Pisa dominan de tal modo los clericales en el Profesorado, que parece que la juventud debiera ser ferviente vaticanista; lejos de ser así, el círculo católico está poco concurrido, y la mayor parte de los inscritos se inclinan al socialismo, sucediendo otro tanto en Florencia, donde se ha fundado un círculo católico de estudios sociales. En Siena, la Universidad es harto ingrata con sus antiguos protectores, no habiéndose podido fundar un círculo católico por falta de adhesiones, mientras que éstas aflúan al Congreso anticlerical. Cosa semejante ocurre en Perugia, Macerata, Camerino y Urbino, á pesar del ambiente abiertamente clerical que en estas ciudades se respira.

En Nápoles, el clericalismo tiene un carácter especial feudal y borbónico, que parece encerrarse desdeñosamente en la roca de su fe, y que se halla justificado por la corrupción del Gobierno, la inmoralidad de la Administración y los vergonzosos ejemplos de los llamados liberales. Entra templado en la Universidad, cubierto con el mismo velo con que consuela al pueblo napolitano, con una especie de paganismo supersticioso, dejando casi de ser clericalismo para quedarse en simple catolicismo, apartado con empeño de todo movimiento socialista por el gran peligro que habría en tomar esa dirección dado el atraso del pueblo.

En Sicilia las cosas van de otro modo, y aunque un profesor de la Universidad declaró, con motivo de los trabajos de propaganda que se hacían para el Congreso anticlerical, que allí «se sembraba en mal terreno, porque las nueve décimas partes de los estudiantes palermitanos iban todos los días á misa antes de ir á cátedra, y el décimo restante iba también los domingos», lo cierto es que la Universidad de Palermo

tuvo bastantes representantes en el Congreso anticlerical, y que el Círculo universitario católico se limita á sostener con trabajo alguna partida de billar entre sus socios. En Messina y Catania tienen mayor vida los Círculos católicos; pero el estado de los ánimos lo muestra el hecho de que cuando diez estudiantes protestaron por telégrafo contra el Congreso anticlerical, los demás contraprotestaron al día siguiente, instituyendo una asociación anticlerical universitaria.

En Roma reviste la mayor importancia el examen de las dos tendencias, clerical reaccionaria y democrático-cristiana, que se disputan el dominio de la juventud universitaria. Los demócratas han realizado su evolución recogiendo el contenido económico del socialismo; pero su concepto de la democracia cristiana encuentra gran oposición en la parte intransigente del Vaticano, especialmente entre los jesuitas; de aquí la lucha entre las dos tendencias, sostenida en la prensa, en las discusiones, en las votaciones del Círculo y en las elecciones.

Resulta de todo lo expuesto, que el clericalismo en las Universidades de Pavía y Milán, Padua, Pisa y Roma, va dando señales de vigorosa innovación, y que el nuevo fervor viene, sobre todo, del lado del socialismo cristiano, pues el viejo clericalismo, conservador y reaccionario, ligado en el Piemonte á las tradiciones absolutistas de la casa de Saboya; en Bolonia, Umbría, las Marcas y Roma, al poder temporal del Papa; en Nápoles á los Borbones, y en Sicilia al feudalismo y al autonomismo separatista, no ha sabido suscitar en la Universidad luz alguna para ninguna fecunda labor, y ni siquiera ha sabido seguir los consejos de los jesuitas, que tendían á limitar el campo de acción de los jóvenes en la misma Universidad para apoderarse del espíritu de la enseñanza. Todo esto depende de que la juventud vaticanista es tan inculta, tan lejos de todo sentido modernista, que está incapacitada para la lucha activa.

¿Qué relaciones mantienen con los liberales, y especial-

mente con los socialistas los demócratas cristianos? Así como los monárquicos se han unido á veces con los católicos, y otras con los anticlericales para combatir el republicanismo ó el vaticanismo, así los socialistas han admitido unas veces, y rechazado otras, á los demócratas cristianos. Los socialistas, sobre todo los universitarios, parten en sus concepciones de principios materialistas, y están muy lejos del sentido de religiosidad que hoy va tomando el socialismo ruso, y en parte el germánico. Y sin embargo, se ha visto á los socialistas de Bologna ceder á las protestas de los demócratas cristianos y admitirlos en sus filas, afirmando la compatibilidad entre el socialismo y el catolicismo.

Pero no hay que hacerse ilusiones: los demócratas cristianos, en todos sus grados, no renuncian al restablecimiento del poder temporal del Papa, sin el cual, y en esto son lógicos, ni el Papa ni la Iglesia pueden implantar en las leyes el socialismo católico. El fin que se persigue así, con ó sin conciencia, es englobar el socialismo, cada vez más potente, dentro del catolicismo para imponer las soluciones de éste, táctica rechazada, sin embargo, por los jesuítas, que no ven en todo lo que significa nueva civilización más que anfibologías engañosas y estudiados eufemismos para engañar á los incautos, infiltrándoles el veneno del sistema anticristiano.

## ESTETICA

TAINÉ Y EL REALISMO.—Taine—dice Barzelloti en la *Revue Politique*—no está con los *realistas*, con los *veristas* vulgares, ni con los *impresionistas*, que le proclaman sin razón su maestro. Para todas estas escuelas, todo aspecto, todo rasgo de la realidad que es posible reproducir tiene el mismo valor; para Taine el valor estético de la obra genial no se mide por el grado de fidelidad imitativa y reproductora, sino por el grado de idealidad y de expresión á que llega, representando las cosas

reales mediante la elección intuitiva y reflexiva de los rasgos que más valor ó significación tienen para nosotros.

El único fin del arte para ciertos escritores realistas, es dar la impresión más exacta de la realidad, sirviéndose al efecto de los menores detalles en su reproducción; para Taine, lo que en nuestro espíritu es idea responde á un hecho, pero á un hecho generador, que supone una jerarquía de los elementos de la realidad; de aquí que en *El Ideal en el Arte* Taine gradúe el mérito de las obras según una escala de valores estéticos correspondientes á los valores reales de las cosas; nada más diametralmente opuesto á esta concepción del arte que el procedimiento de esos escritores y artistas que se imaginan que cada línea de las cosas puede ser bella sólo por ser real y natural, fotografiada de lo vivo.

Pero hay otro punto de vista, por el que la filosofía de Taine podía prestarse á servir de bandera á los veristas contemporáneos. Todos los adeptos á esa dirección estética que no quiere ver en el arte más que una información y una exposición de documentos humanos, han pretendido encontrar en Taine la impresión y casi el programa filosófico de sus obras en el procedimiento analítico de su crítica y de sus trabajos históricos, reducido á la busca de los hechos menudos de que está compuesto el *yo* humano. Balzac y Stendhal habían sido los primeros en seguir este camino, cuya dirección señaló Taine.

El naturalismo, que nació al final del segundo Imperio, no fue al principio más que un movimiento contra los románticos, paralelo al del positivismo contra la metafísica idealista. Hartas las clases pensadoras de idealismos, en el naufragio de todas las grandes y generosas aspiraciones de la primera mitad del siglo, aceptaron la extraña teoría, según la cual, una novela debía aplicar á los hechos imaginarios el mismo procedimiento de disección que practica el fisiólogo en los cuerpos vivos. Esta teoría creyó encontrar su apóstol en el filósofo positivista, que había afirmado la necesidad de aplicar á las cien-

cias morales y á la crítica el método de las ciencias naturales, coincidiendo nuestro mecanismo moral y nuestros actos como una resultante necesaria del conjunto de causas y de motivos, fuerzas y presiones que sobre nosotros actúan por nuestras pasiones y necesidades, educación y apetitos y por el medio en que vivimos.

El tipo ideal en que el romanticismo se inspiraba era el del héroe solitario, en lucha con la sociedad y consigo mismo, idea de sublime personificación de la voluntad individual, que dió vida en la ficción á los Prometeos y Manfredos, Werther y Obermann, Renatos y Adolfos, y en la realidad á los Byron, Fóscolo, Senancourt, Chateaubriand y Benjamín Constant. Esta segunda mitad de nuestro siglo—rico y vasto, pero pesado, y tendiendo á la fatalidad, como dice Michelet—parece no poder ya imaginar otro tipo humano que el del vencido en la lucha por la existencia, el del esclavo de sus pasiones y de sus instintos, el del impotente para soportar el peso de la vida.

La abdicación de la voluntad individual, incapaz de iniciativas ante la fatalidad de la raza y del temperamento dentro del influjo del medio ambiente y del contagio social; el agotamiento de todas las fuerzas íntimas de la acción personal y libre en el hombre actual, enfermo de la voluntad, ha llegado á ser el tema habitual de la escuela naturalista, desde los Goncourt y Zola hasta Alfonso Daudet, Huysmans, Pablo Alexis y Gui de Maupassant. Esta literatura es como una gran clínica de las enfermedades del siglo. No puede afirmarse que se haya inspirado únicamente en el determinismo de la ciencia positiva; pero ha coincidido con ella por la misma vía en varios puntos, y la ha tenido por cómplice en su acción sobre los espíritus. Hasta aquí llegan, pero no pueden llevarse más allá, las relaciones de las doctrinas de Taine con el realismo, verismo é impresionismo contemporáneos.

## FILOLOGIA

LOS REGIONALISMOS AMERICANOS Y EL IDIOMA NACIONAL. — Tal es el título de uno de los más interesantes capítulos de «El problema de la lengua en la América española», discretísimo y concienzudo trabajo publicado en la *Revista Nacional* de Buenos Aires por Ernesto Quesada.

¿En qué medida—se pregunta el ilustre escritor argentino—deben contribuir las voces americanas al enriquecimiento de la lengua castellana? ¿En qué forma debe realizarse esa compenetración? La Academia Española ha intentado resolver el problema creando centros correspondientes en América, encargados de formar los léxicos regionales y las citas de autoridades que les sirvieran de garantía; pero las Academias regionales no han arraigado con el vigor necesario para tamaña labor, que ha tenido que ser acometida por escritores sueltos, guerrilleros de la lexicografía, que no siempre aciertan en la elección y que, reducidos á su personal iniciativa, no ofrecen garantía bastante para que la Academia suscriba sus indicaciones.

Tal ha sucedido, por ejemplo, con las 544 voces propuestas por Palma; en ese catálogo había voces aceptables y otras que no lo eran, habiendo pecado Palma por carta de más, como la Academia ha pecado por carta de menos. Palma proponía, por ejemplo, las palabras *amolar*, con el sentido que tiene en expresiones como «¡No amolar! ¡Me amoló!»; *bagre*, como calificativo aplicado á la «mujer fea y despreciable»; *bragueta*, con el valor que tiene en la frase «hablar por la bragueta», que á Quesada se le antoja ser un peruanismo; *cogotudo*, en equivalencia de «personaje ricacho»; *confianzudo*, como «atrevido»; *dragonear*, empleado por «desempeñar accidentalmente un cargo»; *fregar*, por «fastidiar»; *fachenda*, por «fatuidad»; *majade-rear*, por «porfiar»; *palangana*, por «pedante»; *pechuga*, por



«exceso de confianza»; *monís*, por «dinero»; *platudo*, por «ricachón»; *bachicha*, por «extranjero»; *ñeque*, por «coraje», *liso*, por «tonto»; *molienda*, por «jarana», etc., todas las cuales fueron rechazadas por la Academia.

La Academia se excedió quizá en sus repugnancias; pero si hubiera de prevalecer el criterio de Palma, mañana cualquier chileno podría decir que «mejor es *rascarse* que curarse, evitando á todo trance *orearse*, porque en ese caso es imposible *estar futre*, y sin esa condición ¿quién *hace la pata?*» Un limeño, á su vez, diría que «un *bachicha* padece de *arranquitis crónica*, pero no sería capaz de hablar *como el gigante por la bragueta* sin verse obligado á liar sus *cacharpas*, sopena de hacer *chichirimico* de la honra, lo que le convertiría en un *disparatero* por más *empaque* que tuviera». Y si tal oyera un gaucho argentino, «se consideraría *pitado* y *rumbearía* al primer *fachinal*, creyendo sencillamente que le han querido *chantar una fresca*». Todo esto es pura germanía, *slang* yanqui, *argot* francés ó *caló* castellano, que puede caber en un Vocabulario de provincialismos, pero no en un Diccionario de la lengua nacional.

«¿Cómo no han de resistirse á admitir estos vocablos los académicos peninsulares—dice con razón Quesada,—si á las veces nosotros los americanos no los entendemos, pues un mejicanismo ó un peruanismo es para los habitantes del Río de la Plata cosa tan desconocida como pueda serlo para los peninsulares?» «Mucha parte de la anarquía que reina en el idioma castellano—ha observado el uruguayo Muñoz—es debida á la excesiva tolerancia con que la Academia ha acogido en su *Diccionario* provincialismos, regionalismos, aldeanismos y hasta voces de origen evidentemente extranjero, como *devantal* por *delantal*, *clochel* por *campanario*, etc.»; y como dice el académico Mora, «nosotros, que cedíamos á las impresiones de lo admirable y lo grandioso, nos hemos prendado de lo *imponente*; hemos convertido las medias tintas en *matices*, como si la voz *matiz* no significara precisamente lo contrario de la

voz *nuance*, á que se ha querido dar aquella extraña interpretación; hemos convertido el progreso y el curso en *marcha*, el encargo en *misión*, el acompañamiento en *cortejo* (¿en *séquito*?), la tertulia en *soirée*, la jerarquía en *rango*, la reputación distinguida en *notabilidad*; ya nadie se estrena y todos *debutan*; los soldados no pelean, sino que *se baten*; y los empleados no sirven pero *funcionan*, y en la disputa no se tocan puntos delicados, pero *se abordan cuestiones palpitantes*.»

No hay duda que la Academia hace bien en no admitir todo género de vocablos convirtiendo su Diccionario en un asilo de expósitos; lo cual no quiere decir que en ocasiones no se resista por puro capricho, como al empeñarse en que debe decirse *costarricense* cuando los mismos habitantes de Costa Rica se llaman *costarricenses*. Es más: en reunión tan fraterna como lo fue el Congreso literario hispanoamericano de 1892, se resolvió encomendar varias laudables iniciativas «á los *casinos* fundados en América,» cosa que no dejó de hacer reír en el Río de la Plata, donde los *casinos* son casas alegres á que no suele ir la gente que se respeta. Precisamente lo que sin duda perjudicó á Palma fue haber admitido en su lista no solo peruanismos de legítimo cuño, sino limeñismos sospechosos, sin reparar á veces que rozaba los límites, aún no bien definidos, del *Diccionario de términos vergonzantes*, á que se refiere el ecuatoriano Flores, y que es menester tener siempre presente en América, pues de uno á otro país vocablos inocentes suelen convertirse en fórmulas de porquerizo. «Para no exponerse á horripilar á las damas—decía en efecto Antonio Flores,—el viajero que de Colombia pase al Sur, debe consultar sobre todo la nomenclatura vergonzante; de lo contrario las frases más honestas y castizas, como *la he cogido á usted descuidada*, pueden hacerle cerrar para siempre las puertas de la buena sociedad.» En pleno Congreso literario hispanoamericano dijo un orador, refiriéndose á estas anfibiologías: «Las palabras *coger*, *concha*, son palabras de contrabando, inmorales; y sin embargo la Academia las admite;

pues si se les diese el significado que en América tienen, buena andaría la moralidad de la Academia.» (1) Lo mismo podría decirse—añade Quesada,—de ciertos galicismos como el de un suramericano, de regreso de París, donde casi había olvidado el castellano, y que hablando en un baile con una hermosa señorita, apurada por los compromisos que tenía para bailar, le dijo con la mayor naturalidad: *¿Está usted embarazada, señorita?*

En América es cada día más sentida la necesidad de emplear neologismos, y lo que importa es crearlos bien. De ahí que se resolviera con razón en el Congreso literario hispanoamericano de 1892, que deben incluirse en el Diccionario los provincialismos americanos que por su etimología, por la legitimidad ó persistencia del uso, ó por referirse á productos, necesidades y costumbres peculiares de las regiones en que se emplean, ostentan títulos bastantes para su admisión. Las condiciones que se fijaron para su inclusión en el Diccionario fueron las siguientes: que la voz nueva sea necesaria, es decir, que represente una cosa, idea ó relación que no tenga ya representación idéntica en la lengua castellana; y que tome una forma española, es decir, que se sujete en sus terminaciones á las leyes morfológicas de las voces castellanas. Con estos requisitos, fuerza es reconocer que—como decía Bello—«Chile y

---

(1) No hay que sorprenderse de que tal ocurra entre países tan distantes, cuando en España mismo existen voces que siendo perfectamente inocentes en Salamanca ó Avila, son ilícitas en Toledo. Cuando nosotros trasladamos nuestra residencia de Salamanca á Toledo, la criada que teníamos, procedente también de Salamanca, á una pregunta que se la hizo, delante de una distinguida familia toledana, contestó que había estado «limpiando la bola de la escalera» (una bola de cristal que tenía la escalera de la casa en que vivíamos). Las risas y rubores con que fue acogida la respuesta nos indicaron, como pudimos luego comprobar, que allí la palabra *bola*, *bolo*, tiene una significación especial. En Canarias, por ejemplo, se dice «tóquese usted» en lugar de «cúbrase usted», originando un arcaísmo que en la Península parecería de mal gusto y haría desde luego soltar la risa á quien tal cosa escuchara.

Venezuela tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus accidentales divergencias, cuando las patrocina la costumbre uniforme y auténtica de la gente educada; en ellas se peca mucho menos contra la pureza y corrección del lenguaje, que en las locuciones afrancesadas de que no dejan de estar salpicadas hoy día las obras más estimables de los escritores peninsulares.»

### IMPRESIONES Y NOTAS

LA ÍNDOLE MATEMÁTICA.—La índole matemática—dice el *Archivo de Psichiatria*, de Turín, resumiendo una conferencia de Moebins en el Congreso de neurólogos y psiquiatras alemanes de 1899—consiste en la facultad de dominar los estudios matemáticos. Probablemente, la dote principal de esta especial aptitud es la concepción fácil de las relaciones aritméticas, pues la noción de las relaciones estereométricas y planimétricas no se desarrolla en todos los ingenios matemáticos, mientras que el sentido aritmético pertenece á todos.

El talento matemático, según Moebins, tiene cuatro grados: 1.º, los *incapaces*, á cuyo número pertenecen la mayor parte de las mujeres y no pocos hombres; 2.º, los *normales*, que pueden comprender todo cuanto se exige en los Institutos de segunda enseñanza; 3.º, los *bien dotados*, que llegan más arriba, como los ingenieros, náuticos y físicos; 4.º, los verdaderos *matemáticos*, que abarcan toda la ciencia matemática, cuya cima ocupan los genios matemáticos, creadores.

El talento matemático nace con el hombre, no se adquiere; Gauss refiere que sabía hacer cuentas antes de saber hablar; cuando una vez su padre estaba arreglando la cuenta de la semana á los criados, el niño, de tres años de edad, se levantó de su camita, gritando: «¡Padre, la cuenta no va bien; es tanto y cuanto!» Y tenía razón. El tipo antropológico del matemático se caracteriza por el gran desarrollo del ángulo

frontal, especialmente en el lado izquierdo. La causa de esta característica especial, confirmada por el escaso desarrollo del ángulo frontal en las mujeres, existe en el «desarrollo excesivo de la terminación anterior de la tercera circunvolución frontal.»

\*  
\* \*

CUIDADOS CON LOS RELOJES.—De un interesante folleto publicado por D. Carlos Coppel y reproducido por *Madrid Científico*, extractamos las notas que siguen, acerca de los cuidados que deben tenerse con los relojes para conservarlos en buenas condiciones de marcha.

El reloj no debe nunca dejarse parar por falta de cuerda: para formarse una idea del trabajo que desempeña la maquineta del reloj, baste saber que las vueltas de su volante equivalen á un recorrido diario de 36 kilómetros; como la fuerza principal para realizar este trabajo reside en el muelle real ó cuerda, y es más intensa cuanto más cuerda tiene el reloj, su disminución, á medida que la cuerda va gastándose, es causa de una irregularidad, insignificante si se tiene cuidado de dar cuerda al reloj *todos los días á la misma hora*, pero que puede ser de importancia si se descuida este precepto, y mucho más si se le deja parado algún tiempo, pues el aceite se seca, produciendo entorpecimientos de consideración. Es, pues, errónea la creencia de que un reloj se conserva mejor cuanto más tiempo esté parado.

Conviene mucho también que la temperatura á que el reloj esté sometido sea uniforme en lo posible, por lo cual importa no dejarlo, al acostarse ó cambiarlo de bolsillo, en sitios fríos, como en una mesa de mármol ó en contacto con una pared, pues estos descuidos exponen al reloj á irregularidades de marcha y aun á roturas del muelle real; para ello debe colocársele en *aisladores del frío*, como las relojas corrientes, cuidando en todo caso de mantenerle siempre en *posición vertical*.

Para evitar el polvo conviene limpiar con frecuencia de pelusa el bolsillo destinado al reloj y no destapar la máquina sin motivo justificado. Es un error creer que los relojes de tapas (sabonetas) están más resguardados del polvo, pues sucede todo lo contrario. Cumpliendo bien estos cuatro preceptos esenciales (darle cuerda todos los días á la misma hora, procurar que no sufra grandes cambios de temperatura, mantenerle en posición vertical y tener limpio el bolsillo en que se halle) el reloj marchará bien. Tales son las recomendaciones positivas, lo que *debe hacerse*; en cuanto á las recomendaciones negativas, he aquí las más importantes, lo que *no debe hacerse*:

De ningún modo debe soplar dentro de la máquina, como hacen muchos, pues la humedad del aliento oxida las piezas de acero y produce daños graves. Tampoco debe lavarse la máquina con petróleo, como hacen algunos; ni este medio ni ningún otro que no sea el de desmontar la máquina y limpiarla pieza por pieza, debe emplearse nunca para la limpieza; echar en la máquina á guisa de lavativa una cantidad de petróleo es exponerse, aunque por de pronto parezca que el reloj queda limpio, á que se forme una pasta de polvo y grasa en los rozamientos que perjudique al reloj, aparte del daño que desde luego produce el petróleo en el metal, desgastándolo.

Nunca debe usarse para el engrase de las piezas el aceite de cocina, sino el especialmente preparado para los relojes y cuya procedencia inspire plena confianza; este aceite sólo debe echarse donde el mecanismo lo requiera y en la cantidad precisa para que no se corra á otras partes donde pueda con el polvo formar barro.

No debe andarse jamás en la máquina con alfileres, agujas, etc., que pueden ocasionar fácilmente roturas graves. También debe procurarse no acercarse á los aparatos eléctricos, dinamos, etc., á menos de que el reloj sea antimagnético, pues el contacto con las corrientes produce irregularidades en la marcha. De ninguna manera se debe tampoco, para contrarrestar los efectos del frío, calentar los relojes en chimeneas ó

braseros. Por último, debe evitarse en lo posible abrir las tapas del reloj, para evitar que el polvo se introduzca en el interior.

\*  
\* \*

LA LEYENDA DE JONÁS.—Con este título ha publicado en Londres William Simpson un curioso estudio sobre el relato bíblico de la desaparición de Jonás, por haberse negado á obedecer á Dios, en el vientre de una ballena, de donde salió arrepentido y obediente al cabo de tres días.

El máximum de fe—dice con motivo de esta publicación Elías Reclus en *L'Humanité nouvelle*—coincide generalmente con un mínimum de inteligencia. Hasta tal punto, que no pocos cristianos ilustrados, inclinándose devotamente ante otros relatos de milagros de las Sagradas Escrituras, hacen respecto al de Jonás todo linaje de reservas.

William Simpson viene á decir en resumen: la historia de Jonás no es un hecho real, sino una comparación que no debe tomarse al pie de la letra, y hay que espiritualizarla como Jesús se lo recomendaba á Nicodemus. Los mitos proceden del ritual, y no el ritual del mito. Las religiones necesitan símbolos que tienden á dramatizarse, y que luego se concretan en leyendas. Todo pueblo primitivo ha instituído ceremonias para la iniciación en la virilidad; varios han imaginado una bajada á las regiones subterráneas, y una nueva subida al país de los vivos. La historia de Jonás es uno de esos cuentos: la muerte se compara en él á un monstruo marino y los infiernos á las profundidades oceánicas; el monstruo vomita su presa y el iniciado vuelve á la vida, después de haber conocido los misterios de ultratumba.

Uno de estos cuentos, con Jonás por héroe, se propagó entre los israelitas, y María, ó su madre Ana, lo contaron al niño Jesús; y Jesús aplicaría esta leyenda á la profecía de su muerte y resurrección, describiendo luego San Pablo las ana-

logías de las inmersiones de Jonás con la muerte y las aguas del bautismo cristiano. Es más: el nombre *Jonás* significa *paloma*, y es de notar que en los jeroglíficos egipcios la paloma representa el alma, como entre los cristianos constituye el símbolo del Espíritu Santo, cuyo Espíritu se movía sobre las aguas primordiales según el Génesis. «Así, acompañada de estas consideraciones científicas y filosóficas, la historia de Jonás—dice Simpson—se hace razonable.»

\*  
\* \*

LOS ALIMENTOS EN PÍLDORAS.—La química persigue con tenacidad la labor admirable de concentrar, por la eliminación del agua y jugos inútiles, las sustancias alimenticias, y es de prever que el siglo XX verá maravillas en este orden de cosas, que amenaza cambiar radicalmente las condiciones de la alimentación.

La comida futura—según *Le Mois littéraire et pittoresque*—se compondrá principalmente de píldoras y pastillas. Un huevo se reducirá á una pastillita, y la substancia de una jícara de chocolate no tendrá más tamaño de una cabeza de alfiler; el tocino se comprimirá en forma de pequeños cubos, y la sopa de caldo concentrado se convertirá en globulitos homeopáticos. Toda la carne de una vaca de 300 kilos se reducirá á una masa de 15 libras, y para calmar la sed durante todo un día, bastará con una pastillita de zumo de limón recubierta de chocolate; un vaso de aguardiente se trocará en una píldora, y en un paquete fácilmente trasportable á la mano podrá llevar cualquier explorador ó viajero todas las provisiones de boca que puede necesitar para su uso.

\*  
\* \*

UN OBISPO HIGIENISTA.—Notabilísima es la circular publicada por el Obispo italiano de Reggio, en contestación á la



demanda de ayuda que el Consejo de higiene local le pedía en su vigorosa campaña contra la tuberculosis, rogándole se dignara tomar medidas eficaces para la limpieza y desinfección de las iglesias. El Obispo, según en la *Revue d'Hygiène* refiere el Sr. Remlinger, se dirigió á todos los párrocos de su diócesis, recordándoles que la Iglesia, aunque se ocupe principalmente de la salvación de las almas, no por eso debe desatender la salud de los cuerpos. «El más grande de los bienes materiales de que el hombre puede gozar en la tierra es la salud física y la conservación de la vida.»

Después de recordar que Jesucristo pasó por la tierra *benefaciendo et sanando omnes*, el sabio prelado formula las reglas siguientes de higiene para las iglesias: 1.<sup>a</sup> Después de toda fiesta ó aglomeración extraordinaria, se procederá en todas las iglesias á la desinfección del pavimento por medio de serrín empapado en una disolución de sublimado corrosivo al tres por mil: en los demás casos no se hará el barrido de costumbre sino después de regar bien el suelo para que no se levante polvo. 2.<sup>a</sup> Todas las semanas, y si es preciso con mayor frecuencia, se quitará el polvo de los bancos y confesonarios con una esponja ó un paño humedecido. 3.<sup>a</sup> Las rejillas de los confesonarios se lavarán todas las semanas, ó más frecuentemente si fuese preciso, con lejía hirviente y clarificada. 4.<sup>a</sup> Las pilas de agua bendita se vaciarán todas las semanas una vez por lo menos, y se lavarán con lejía hirviente, enjuagándolas con agua ó mejor con una solución de sublimado al uno por mil.

Si en todas las iglesias, y hasta en todas las casas, se aplicaran tan cuerdas disposiciones, mucho se habría adelantado para ganar la batalla á los terribles enemigos de la salud pública.

FERNANDO ARAUJO.

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**Apuntes de Anatomía Social**, por D. Federico Rubio y Gali. Trabajo publicado en la *Revista Iberoamericana de Ciencias Médicas*, correspondiente al mes de Septiembre de 1900.—Madrid, 1900.—Un opúsculo de 27 páginas, sin indicación de precio.

Se dice que Cuvier, con sólo un hueso ó un fragmento óseo, sabía reconstruir el esqueleto entero del animal á que tal hueso pertenecía, animal de que no había visto ejemplar alguno. Yo recuerdo haber leído también en algún libro de Víctor Hugo (creo que en *Nuestra Señora de París*), que con la vista de un simple picaporte tiene bastante el verdadero arqueólogo para rehacer en su mente toda una civilización ya desaparecida.

Es verdad esto. Pero semejantes reconstrucciones no las saben hacer todos; para hacerlas, se necesita ser un Cuvier ó un arqueólogo de verdad; y no todos lo son. Los Cuvier, ó lo que es lo mismo, las almas dotadas de un cierto temple, que yo llamaría «orgánico», saben ver un inmenso mundo de cosas en lo que para la generalidad de las gentes no es sino un simple detalle; el común de las personas miran el detalle como algo desgajado y sustantivo, con vida propia, mientras que esos otros hombres privilegiados lo consideran como un fragmento muerto de un conjunto del cual ha formado parte cuando el conjunto vivía, y no se satisfacen hasta no contemplarlo colocado en su sitio, que es decir, hasta no representarse total-

mente el gran organismo á que en su día perteneciera. De la madera de estos individuos es de la que se forman y se han formado siempre los filósofos y los historiadores, y no creo que pueda haber historiador ni filósofo que merezca la pena sino á tal precio.

Del palo este de donde se forman los historiadores y los filósofos, ó los historiadores filósofos, me parece que es la astilla de la mentalidad de D. Federico Rubio. Los pocos escritos suyos que he leído me inducen á pensar que nuestro eminente cirujano es de los que no se satisfacen sino enlazando todas las cosas y sorprendiendo conexiones causales y orgánicas donde la casi totalidad de los restantes individuos menos sospecha.

Esto mismo explica que, siendo él médico, acometa el estudio de cuestiones que, en apariencia, es poco lo que tienen que ver con la medicina, y que diserte sobre ellas en una Revista médica. Habrá quienes vean en ello una intromisión perjudicial al mismo que la verifica y estén ardiendo en deseos de aplicar el «zapatero, á tus zapatos», que suelen repetir muchos miopes; por mi parte, juzgo—sin poder razonar ahora esta creencia—que es muy preferible, y denuncia un espíritu muy superior, el someterse al *nihil humanum a me alienum puto*, como parece hacerlo D. Federico, el cual probablemente no podría ser lo que es ni habría llegado á ocupar el alto puesto que ocupa si fuese meramente zapatero, quiero decir, cirujano, sin ser al propio tiempo buen sociólogo y buen filósofo; pues es difícil que quien no sabe observar y tratar una parte de los fenómenos reales, pueda y sepa observar y tratar como se merecen otras partes estrechamente relacionadas con aquélla. Todo hombre lleva su espíritu entero á todas las cosas y en todas ellas le proyecta; y el que lo tiene grande hace una gran sombra. Quien goza de buena vista ve siempre mucho, y ve de todo, sin padecer daltonismo para ciertas cosas. No es extraño que un médico escriba de anatomía, pero solamente un médico sociólogo será apto para escribir debidamente sobre anatomía *social*, como nuestro autor lo hace.

Según el señor Rubio, no habrá ciencia social propiamente dicha, mientras no se constituyan la Anatomía y la Fisiología sociales, mientras la Sociología no entre en el cuadro de las ciencias biológicas que aún se hallan en estado de embrión; como el medio influye en el individuo, influye también, y más acentuadamente todavía que en éste, en la especie y en las colectividades. Y el estudio del medio social corresponde á la Anatomía social. Conociendo ésta, se percata uno de los cambios grandísimos que produce en la índole de la población el medio en que vive la misma y de la compenetración íntima que se establece entre ambos factores luego de vivir unidos algún tiempo, de tal suerte, que no cabe decir que el sujeto de la vida y de la acción social sea exclusivamente la población, sino la población de un territorio y de un medio físico determinados, siendo, por lo tanto, tan varia la índole y el modo de obrar de cada grupo social, como lo es (á la vez que el factor étnico) el conjunto de condiciones cosmológicas y telúricas que constituyen el ambiente en que cada uno de aquellos desarrolla su actividad. Tal es, me parece, la idea fundamental de nuestro autor, idea que él explica extensamente sirviéndose de datos y ejemplos tomados de nuestra historia y aplicables especialmente á nuestra península.

El trabajo del Dr. Rubio está, además, escrito con la santa y dulce unción y con el noble entusiasmo del apóstol. El tono general del escrito denuncia que está hecho con el alma entera, y no sólo con la cabeza. Por eso se lee con mayor encanto. Desde este punto de vista, hay párrafos muy hermosos. Tal ocurre, v. gr., con los que consagra al trabajo *libre* y sus ventajas, al trabajo libré, al que puede decirse que entona un verdadero himno.

P. DORADO.

## OBRAS NUEVAS

---

- Abentofail.—El filósofo autodidacto; novela psicológica. En 8.º, LVI-250 págs.: 3 pesetas.
- Abú-Zacarías.—Cultivo de árboles frutales. En 8.º mayor, XI-201 páginas: 2 pesetas.
- Alamán (L.) — Disertaciones sobre la Historia de México. En 8.º, 482 páginas, con láminas: 6 pesetas.  
Biblioteca de Autores Mexicanos, tomo 28.
- Albrecht (L.)—¿En qué época estamos? En 8.º, 45 págs.: 50 cts.
- Alvarez Madurga (C.)—Enciclopedia del Guardia Civil. En 4.º, 286 págs.: 5 pesetas.
- Antoine (P. P. Ch.)—Curso de economía social por el R. P. Ch. Antoine, de la Compañía de Jesús, Profesor de la Universidad católica de Angers. En 4.º, 2 tomos, 496 y 464 págs.: 16 pesetas.
- Baranda (J.)—Obras del Lic. don Joaquín Baranda.—Discursos.—Artículos literarios.—Biografía del Dr. D. Manuel Campos.—La cuestión de Belice. México. Imprenta de V. Agüeros. 1900. En 8.º, xxxi-415 págs., con retrato: 6 pesetas.  
Biblioteca de Autores Mexicanos, tomo 29.
- Blasco (E.)—¡Pobres hijos! comedia en tres actos, en prosa. En 4.º, 54 págs.: 2 pesetas.
- Blasco Ibáñez (V.)—La cencerrada (novela). En 12.º, 95 págs.: 75 céntimos.
- Bonafoux (L.)—París al día. En 8.º, 301 págs.: 3 pesetas.
- Butrón (E. J.)—La gente de mar; obra póstuma. *Tomo primero*. En 4.º, 345 págs.: 5 pesetas.
- Caamaño (A.)—Tiempo revuelto; casi revista en un acto. En 4.º, 45 págs.: 1 peseta.
- Carmena y Millán (L.)—Lances de capa; artículos y versos taurinos. En 8.º, 379 págs.: 4 pesetas.
- Castillejo (C. de).—Diálogo sobre las mujeres; sermón de amores. En 12.º, 166 págs.: 50 céntimos.  
Biblioteca Universal, tomo 39.
- Cazabán (A.)—Los tristes; versos. En 8.º, 95 págs.: 2 pesetas.
- Columela.—Ganadería. En 8.º, VII-160 págs.: 2 pesetas.
- Coya (B.)—Adiós á Cuba. (Recuerdos de un cubano). En 8.º, 271 páginas: 2 pesetas.
- Cruz (L. de la).—Nuevo descubrimiento del río Marañón, llamado

- de las Amazonas. En 8.º, 132 páginas: 2 pesetas.
- Chust del Rey (E.)—Tiempo ocioso; colección de cuadros y bocetos. En 8.º, 65 págs.: 75 céntimos.
- Delgado (S.)—El galope de los siglos; humorada satírico-fantástica en un acto. En 4.º, 49 páginas: 1 peseta.
- Domínguez Berrueta (J.)—Música nueva; ensayo de regeneración de la escala de los sonidos. En 8.º, 47 págs.: 1 peseta.
- Dumas (A.)—Un lance de amor. En 8.º, 135 págs.: 50 céntimos.
- Echávarri (Dr.)—Estudios sobre los efectos morales del tabaco. En 8.º, 55 págs.: 1 peseta.
- Fernández de Landa y Asurmendi (A.)—El tesoro de la juventud; libro de lectura de educación moral. En 8.º, 125 págs.: 1 peseta.
- García de la Cruz (V.)—Discurso leído en la Universidad Central. En 4.º mayor, 63 páginas.
- No se ha puesto á la venta.
- Tema: Estructura y morfología interna de las nubes atmosféricas.
- Granés, Alvarez y Paso.—Los presupuestos de Villapierde. En 4.º, 44 págs.: 1 peseta.
- Hartzenbusch (L.)—Bibliografía de Hartzenbusch, formada por su hijo. En 4.º, XII-452 págs., con láminas: 10 pesetas.
- Tirada de 500 ejemplares.
- Heiberg (J. L.), Drachmann (H.), Tavastsjerna (Karl A.), Hamson (Knut) y Ola Hansson.—Novelas Danesas y Escandinovas. En 4.º, 139 págs.: 3 pesetas.
- Hernández (P. A.)—Oración fúnebre. En 4.º mayor, 26 págs.
- Jiménez (J. R.)—Almas de violeta. En 8.º mayor, 53 págs.: 2,50 pesetas.
- Ninfeas. En 8.º mayor, 116 páginas: 5 pesetas.
- Jordi Arránz (P.)—Flores y amor; poesías. En 8.º, x-78 págs.: 1,50 pesetas.
- Juegos florales. Estudio histórico filosófico del arte lírico dramático. En 12.º, 10 págs.: 50 céntimos.
- Larbaletrier (A.)—Manual del jardinero. Las flores, caracteres, variedades, cultivo práctico, enemigos y enfermedades, usos y propiedades. En 8.º, 144 págs., con grabados: 1,50 pesetas.
- Plantas de monte, plantas arbustivas y herbáceas, plantas arbóreas, árboles maderables, fructíferos y otros. En 8.º, 160 páginas con grabados: 1,50 pesetas.
- Manual práctico de la cría del ganado. En 8.º, 164 págs.: 1,50 pesetas.
- López (V. F.)—Homenaje á Toledo con motivo de la traslación de los restos de Garcilaso de la Vega. En 8.º, 14 págs.: 1 peseta.
- López Monís (A.) y Sánchez Girona (J.)—El sombrero hongo; juguete cómico en un acto. En 4.º, 30 págs.: 1 peseta.
- Lulio (R.)—Las virtudes, máximas. En 12.º, 176 págs.: 1 peseta.
- Marinas y Sanchís (L.) y Arrate y Gosálbez (V. de).—Catecismo del soldado. En 8.º, 98 págs.: 1 peseta.
- Márquez Sterling (M.)—Esbozos. En 12.º, 95 págs.: 2 pesetas.
- Martínez Sierra (G.)—Flores de escarcha, versos. En 8.º, 69 páginas: 1 peseta.
- Mendizábal y Martínez (I.)—Manual del practicante. En 4.º, 288 páginas con grabados: 4 pesetas.
- Navarro y Ledesma (F.)—Lecciones de literatura explicadas en

el Instituto de San Isidro de esta corte. *Primera parte: Preceptiva general.* En 4.º, 199 págs.: 6 pesetas.

Peña (R. A. de la).—Obras de don Rafael Angel de la Peña, Secretario perpetuo de la Academia Mejicana y miembro correspondiente de la Española. Discursos.—Artículos literarios.—Ensayos de crítica, etc. México, Impr. de V. Agüeros. 1900. En 8.º, xviii-478 págs. y retrato: 6 pesetas.

Biblioteca de Autores Mexicanos; tomo 30.

Pereyra (A.) y Fernández Gómez (F.)—Guía ilustrada de Buenos Aires para el viajero en la República Argentina. En 8.º, vii-351 páginas, mapas, grabados y anuncios: 5 pesetas.

Pérez García (J.)—Historia natural, militar, civil y sagrada del Reino de Chile en su descubrimiento, conquista, gobierno, población, predicación evangélica, erección de catedrales y pacificación. En 4.º mayor, 2 tomos, xxii-511 y 496 págs.: 30 pesetas.

Pérez R. Mínguez (F.)—El catalanismo. En 4.º, 44 págs.: 1 peseta.

Puyol y Alonso (J.)—Ley de 30 de Enero de 1900 acerca de los accidentes del trabajo, y Reglamento para su aplicación de 28 de Julio de 1900, anotados y concordados. En 8.º, 45 págs.: 1 peseta.

Rodríguez García (L.)—Conferencias populares. El tiro nacional

como elemento indispensable de educación del ciudadano. En 4.º, 40 págs.: 50 céntimos.

Rubín é Isern (L.)—Apéndice al diccionario de la Guardia civil. En 4.º, 88 págs.: 1,25 pesetas.

Sanz (E.)—Estudio del nuevo Reglamento para instrucción de la caballería. En 4.º, 64 págs.: 1 peseta.

Soldevilla (F.)—Juez y reo; drama en tres actos y en prosa. En 4.º, 69 págs.: 2 pesetas.

Torras Lanzas (P.)—Relación descriptiva de los mapas, planos, etcétera, de México y Floridas, existentes en el Archivo general de Indias. *Tomo primero.* En 8.º, 223 págs.: 5 pesetas.

Urbano (R. A.)—Girones; poesías. En 12.º, xxii-158 págs.: 2 pesetas.

Ureña y Smenjaud (R. de)—Las ediciones de los Fueros y observancias del Reino de Aragón anteriores á la compilación de 1547. En 4.º, 40 págs. y un facsímile: 2 pesetas.

Vila y de la Vega (E. D.)—Manual para maquinistas. En 12.º, 80 páginas: 1,50 pesetas.

Villafáfila Hernández (E.)—Vibraciones; poesías. En 12.º, 87 páginas: 1 peseta.

Vives (J. L.)—La verdadera sabiduría. En 12.º, 160 págs.: 1 pta.

Waliszeuski (K.)—Historia de la literatura rusa. En 4.º, 444 páginas: 9 pesetas.

## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Los placeres en China</i> , por el General Tcheng-Ki-Tong.....	5
<i>Discursos á la Nación alemana</i> , por Juan T. Fichte.....	35
<i>Dominación y guerras de España en los Países Bajos</i> , por Francisco Barado.....	67
<i>Poetas americanos: A María Guerrero, comedianta española</i> , por Enrique Fernández Granados.— <i>A España</i> , por Numa Pompilio Llona.— <i>Brindis aúreo</i> , por J. Manuel Díaz Mirón.— <i>¿Qué es poesía?</i> , por Salvador Díaz Mirón.....	96
<i>Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos</i> , por Rafael Mitjana.....	100
<i>El Discurso de apertura de ios Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo</i> , por P. Dorado.....	128
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	149
<i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....	158
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	175
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	202
<i>Obras nuevas</i> .....	205